71665 593

SISTEMA

DE LA NATURALEZA.

—

TOMO IV.

IMPRIMERIE STÉRÉOTYPE DE COSSON.

SISTEMA
DE LA NATURALEZA
ó
DE LAS LEYES
DEL MUNDO FÍSICO
Y
DEL MUNDO MORAL,

Por el Baron de Holbach;

CON NOTAS Y CORRECCIONES
POR DIDEROT;

*Traducido por F. A. F***.*

TOMO IV.

Fondo bibliográfico
Diputación Aldruejo
Biblioteca Pública de Soria

PARIS 10217

MASSON Y HIJO, CALLE DE ERFURTH, Nº 3.

1822.

SISTEMA
DE
LA NATURALEZA.

CAPÍTULO VIII.

EXAMEN DE LAS VENTAJAS QUE RESULTAN PARA LOS HOMBRES DE SUS NOCIONES SOBRE LA DIVINIDAD, O SU INFLUENCIA SOBRE LA MORAL, LA POLITICA, LAS CIENCIAS Y LA FELICIDAD DE LAS NACIONES Y DE LOS INDIVIDUOS.

Me parece que hemos considerado bastante el poco fundamento de las ideas que los hombres se han hecho de la divinidad; la poca solidez de las pruebas sobre que fundan su existencia, y la poca concordia que reyna en las opiniones que se hacen de este ser imposible de ser conocido, por ninguno de los habitantes de la tierra. Hemos tambien reconocido lo incompatibles que son los atributos que le

dá la teologia; hemos probado que este ser, cuyo nombre solo es capaz de inspirar terror á todos, no es mas que una produccion disforme de la ignorancia, la imaginacion acalorada, el entusiasmo y la melancolía; hemos demostrado que las nociones que nos hemos hecho de él, provienen unicamente de las preocupaciones de nuestra infancia, transmitidas por la educacion, fortificadas por la costumbre, y mantenidas por la autoridad. Enfin, todo debe habernos convencido que la idea del dios reconocido en toda la tierra, no es mas que el error universal del género humano. De modo que lo que nos queda que hacer, es indagar si este error es util ó no.

Ningun error puede ser ventajoso para el hombre, porque no se funda mas que sobre la ignorancia y la ceguedad de su entendimiento: cuanto mas adictos están los hombres á sus errores, tanto mas infelices son; de modo que *Bacon* ha tenido muchisima razon en decir, que no hay peor cosa que la del error deificado. Efectivamente los inconvenientes que resultan de estos errores, han sido y serán siempre los mas funestos. Cuanto mas respetamos estos errores, mas se turba nuestro entendimiento, y mas influyen sobre toda la conducta de la vida. Es muy poco probable que el que renuncia á su razon, en lo que es mas interesante

para su felicidad, la escuche en ninguna otra circunstancia de su vida.

Para conocer la triste verdad de lo que acabamos de decir, no necesitamos mucha reflexion; mas adelante veremos que las nociones funestas que los hombres se han hecho de la divinidad, son la causa de las preocupaciones y males de que son las víctimas. No obstante, como ya llevamos dicho, la utilidad sola debe regular nuestra decision sobre las opiniones de los hombres; segun la felicidad que nos procuran las cosas, las debemos apreciar: si son inútiles, debemos despreciarlas; si son dañosas, debemos desecharlas; la razon prescribe el detestarlas, á proporcion de los males que nos causan.

Despues de haber establecido estos principios, que serán incontestables para los que tengan algun sentido, exáminemos á sangre fria los efectos que la idea de la divinidad produce. Ya hemos dicho varias veces que la moral, que no tiene por objeto mas que el hombre queriendo conservarse y vivir en sociedad, no tiene nada de comun con los sistemas imaginarios que puede hacerse sobre un ser distinguido de la naturaleza. Se ha probado que bastaba el meditar sobre la esencia de un ser sensible, para moderar nuestras pasiones, resistir á nuestras inclinaciones viciosas, y tratar

de hacerse útil, y querido de nuestros semejantes. Estos motivos son sin duda mas verdaderos, mas reales, y mas poderosos que los que sacamos de un ser imaginario, que no puede menos de dejarse ver de un modo distinto á cada hombre. Ya hemos dicho que la educacion, haciéndonos contractar desde nuestra niñez unas costumbres honradas, disposiciones favorables, fortificadas por las leyes, por el respeto de la opinion pública, las ideas de decencia, el deseo de merecer la estima de los demas, y el miedo de perder la buena opinion que tenemos de nosotros mismos, basta para acostumbrarnos á tener una buena conducta, y hacernos evitar hasta los crímenes mas ócultos. La experiencia prueba que el primer crimen, es el único que nos cuesta; que un hombre que cree estar seguro de ocultar su primer crimen, inventa una infinidad de otros, sin acordarse que él mismo se ha de castigar y que no sabe donde irá á parar. Ya hemos probado tambien que los castigos que por su interes, la sociedad tiene derecho de dar á los que turban su tranquilidad, son mucho mas eficaces para los hombres perversos, que la ira de un dios imaginario, cuya idea se desvanece así que creemos poder obrar con impunidad en este mundo. Enfin, es facil conocer, que una política fundada sobre

la naturaleza del hombre y de la sociedad, siempre pronta á recompensar la virtud y castigar el crimen, seria mas capaz de hacer respetar la moral, que la autoridad de un dios que todos adoran, pero que no puede contener las pasiones mas de aquellos que lo están bastante por su temperamento y sus principios virtuosos.

Por otra parte, hemos probado tambien que no hay cosa mas absurda, ni mas peligrosa, que la de atribuir á la divinidad unas calidades morales que no pueden menos de desmentirse; estas calidades son la bondad y la sabiduría, que á cada instante vemos desmentidas por la maldad, los desórdenes, y un despotismo injusto, como el que los teólogos, de todos tiempos y de todas las naciones, la han atribuido. Es pues facil el inferir que semejante dios, no puede servir de modelo á la conducta de los hombres, y que su caracter moral no puede ser un ejemplo para los seres que viven en sociedad, y que no parecen virtuosos, mas que cuando no se apartan de la bondad y justicia que deben á sus semejantes. Un dios superior á todo, que no debe nada á sus vasallos, y que no necesita de nadie, no puede ser un modelo para sus criaturas, que están llenas de necesidades, y que por consiguiente se lo deben todo unos á otros.

Platon ha dicho que *la virtud consiste en parecerse á Dios:* ¿pero donde encontrarle? ¿En la naturaleza? El que nos dicen ser su motor derrama indiferentemente sobre sus criaturas los mayores bienes como los mayores males; es muchas veces injusto para los mas virtuosos, y otras llena de bienes los mas perversos; y si es verdad lo que dicen, que algun dia ha de ser mas equitativo, tendremos que esperar á que llegue este dia, para regular nuestra conducta sobre la suya.

¿Pueden las religiones reveladas darnos la idea de la virtud? Nos enseñan, al contrario, que Dios es despotico, celoso, vengativo, interesado, que no conoce regla alguna, que no sigue mas que su capricho, que ama ó aborece, que escoge ó repele segun su idea; que obra como un insensato, y no gusta mas que de sangre, rapiña, y atrocidades; que se burla de sus debiles criaturas, y no quiere sobre todo que consulten su razon. ¡Que moral tendriamos si nos propusiesemos por modelo semejante dios!

No obstante tal es la divinidad que todas las naciones adoran; asi es, que vemos que en todas partes estos principios, lejos de favorecer la moral no hacen mas que pervertirla, dividir á los hombres, en igual de reunirlos; y hacer que, en igual de amarse y de prestarse mutua-

mente socorro, se combatan, persigan y deguellen por las mas insensatas opiniones; la menor diferencia, en punto á sus opiniones, basta para hacerles eternamente enemigos; una simple conjectura teológica, basta para poner dos naciones en guerra, armar los soberanos contra sus vasallos, los ciudadanos unos contra otros, los padres aborrecer á sus hijos, y estos envaynar el cuchillo en los pechos de sus padres; los esposos aborrecerse; todos los lazos morales que nos unen se rompen, y la sociedad se despedaza con sus mismas manos, mientras que en medio de todos estos desórdenes cada cual cree seguir los decretos del dios que adora.

El mismo frenesí se halla en los ritos y las ceremonias, que todos los cultos del mundo dan por muy superiores á las virtudes sociales y naturales. En algunos paises, las madres entregan sus propios hijos para satisfacer á sus dioses; en otros, el pueblo reunido les ofrece víctimas humanas para apaciguar su colera, ó bien un frenético se despedaza voluntariamente, y se condena por toda su vida á los mayores tormentos. La *divinidad* de los Judíos, es un tirano que no respira mas que sangre, asesinatos, y que quiere que le alimenten con el humo de los animales; el *Jupiter* de los paganos es un monstruo de lujuria; el

Moloch de los Fenicios, es un antropofago; el espíritu puro de los christianos, requiere que le sacrificamos nuestros propios hijos; el dios barbaro de los Mexicanos, no se contenta con menos de millares de víctimas para satisfacer su hambre.

Tales son los modelos que la religion presenta á los hombres. ¿Luego, que tiene de extraordinario el que el nombre solo de este dios sea un objeto del mayor terror para todo el mundo? Este caracter abominable que dan á la divinidad, es el que destierra la bondad del corazon de los hombres, la moral de su conducta, y la felicidad de sus albergues; lo que es causado porque nos le pintan como estando en una inquietud continua del modo de pensar de sus infelices criaturas, queriendo que ahoguen el grito de la naturaleza, lo que les hace algunas veces barbaros para sí mismos, y atroces para sus semejantes. En una palabra, se hacen insensatos y furiosos siempre que quieren imitarle y servirle.

Es pues evidente que el olympo, no es el lugar donde debemos buscar ni los modelos de virtud, ni las reglas de conducta que necesitamos para vivir en sociedad. Los hombres necesitan una moral humana, fundada sobre la naturaleza, la experiencia y la razon: la moral de los dioses será siempre dañosa so-

bre la tierra, porque una divinidad cruel no puede querer mas que unas criaturas que se le parezcan. Si esto es así, ¿á donde estan las ventajas que nos dicen resultar de las nociones de la divinidad? Vemos que todas las naciones adoran un dios infinitamente malo, lo que hace que desprecien los deberes mas sagrados de la humanidad; parece que solo los crimenes y frenesís son capaces de grangearles la buena voluntad de la inteligencia soberana de que tanto les ponderan la bondad. Cuando se trata de la religion, es decir, de una ilusion que solo su obscuridad ha hecho superior á la razon y la virtud, los hombres creen que su deber es de dar pleno curso á sus pasiones. Todos los preceptos mas claros de la moral son olvidados de ellos, así que sus sacerdotes les indican que la divinidad requiere el crimen, y les promete su perdon en pago de las mayores atrocidades.

En efecto, estos hombres reverados que corren la tierra para anunciarnos los oráculos del cielo son los que poseen menos virtudes. Estos iluminados que se dicen los enviados del todo, poderoso, no enseñan mas que la discordia, la rabia y el furor: la divinidad, lejos de influir de un modo util sobre sus propias costumbres, no hace en general mas que hacerlos muy ambiciosos, avaros, y vanos. Ve-

mos que no se ocupan mas que en encender las mayores animosidades con sus ininteligibles quimeras. Vemos que se revuelven contra la autoridad soberana, que dicen ser inferior á la suya. Vemos que arman los soberanos contra sus vasallos, y estos contra sus legitimos príncipes. Los vemos distribuir al pueblo cuchillos para degollarse en las disputas causadas por la vanidad de los sacerdotes, que hacen pasar por muy importantes. Estos hombres tan persuadidos de la existencia de Dios, y que amenazan los pueblos con sus venganzas eternas, ¿porque no se sirven de sus conocimientos para moderar su orgullo, su avaricia, y su caracter turbulento? ¿Vemos que en ninguna parte sean los enemigos de la intemperancia y de los excesos que un dios severo prohibe á sus adoradores? Al contrario, los vemos dar un libre curso á sus desarreglos, su venganza, su rabia y su crueldad. En una palabra, podemos decir con verdad que los mismos que anuncian un dios terrible y vengativo, los que mas le meditan, prueban su existencia á los demas, y se dan por sus interpretes, son justamente los menos virtuosos, humanos, indulgentes y sociables. A juzgarlos por su conducta, creeriamos que son los mas desimpresionados de los asuntos que tratan. La divinidad, en las manos de los curas de todas las naciones, se

parece á la cabeza de Medusa, que hacia daño á todos, menos al que la tenia; los frayles son por lo regularmente los hombres mas corrompidos; se puede aun decir que los mejores de entre ellos son malos de buena fé.

¿Tiene la idea de un dios vengativo alguna fuerza sobre los príncipes y tiranos de la tierra, que fundan su poder sobre esta misma divinidad; que se sirven de su nombre terrible para intimidar, tener en respeto á los pueblos que gimen bajo el peso de su opresion? Todo al contrario, las ideas teológicas y sobrenaturales, adoptadas por el orgullo de los soberanos, no han hecho mas que corromper la política y cambiarla en tiranía. Los ministros mismos del todo-poderoso, no cesan de repetir á los tiranos que son la imagen de la divinidad sobre la tierra; no cesan de repetir á los pueblos que el cielo quiere que giman bajo las mayores injusticias; que su hado es el de sufrir, y que los príncipes, como el todo-poderoso, tienen un derecho incontestable de disponer de las haciendas, las vidas, y las personas de sus vasallos. Los gefes de las naciones, creyendose verdaderamente los emulos, representantes y rivales del poder celeste, ejercen sin misericordia el despótismo y la arbitriaridad; y

enfin, alucinados por las lisonjas de los sacerdotes, se figuran que no tienen cuenta alguna que dar de sus acciones á los hombres, que no consideran mas que como unos viles esclavos.

Es pues evidente que las nociones teológicas, y las lisonjas de los ministros de la divinidad, han dado maigen á la tiranía, la corrupcion y el despotismo de los príncipes, como tambien á la ceguedad de los pueblos, á quien es prohibido, en nombre del cielo, el amar su libertad, el oponerse á la violencia y usar de sus derechos naturales. Estos príncipes, á pesar que adoran el mismo dios que el que hacen adorar á los demas, no dejan por eso de ofenderle á cada momento. ¿Que moral es efectivamente la de los hombres que se dicen los representantes de la divinidad? ¿Que mayores ateos que los monarcas injustos y sin remordimiento, que arrebatan el pan de la boca del humilde labrador, para satisfacer la avaricia desmesurada de los mas viles cortesanos? ¿Que mayores ateos que los conquistadores ambiciosos que, no contentos con tiranizar sus pueblos, le ocupan sin relaja en destruir las demas naciones? ¿Que vemos en estos potentados, mas que unos ambiciosos, insensibles á los males del género humano, unas almas

sin virtudes ni energía, que abandonan sus mas evidentes deberes, de que no quieren ni aun instruirse, unos picaros que pretenden hacerse superiores á las reglas de la equidad (1)? ¿Hay ni aun la apariencia de la sinceridad en las alianzas que forman estos soberanos entre sí? ¿Toda virtud no está desterrada del corazon de estos príncipes, por mas supersticiosos que sean? En efecto, todo cuanto vemos en ellos nos les hace ver orgullosos, violentos y traidores, furiosos, que estan continuamente en guerra, arruinando los pueblos por las cosas mas tenuas, y repartiendo friamente sus sangrientos despojos. Al verles se creeria que se disputan el gusto de hacer á cual mas desgraciados sobre la tierra. Enfin, cansados con sus mismos furores, ú obligados por la necesidad á hacer la paz, atestan en sus tratados insidiosos el nombre de Dios, que no les importaria nada

(1) El emperador Carlos-Quinto decia que *como soldado, no tenia ni conciencia ni religion*. Su general, el marques de Pescaire, decia que no habia cosa mas dificil que la de servir al mismo tiempo á *Jesu-Cristo* y *al dios Marte*. En general, no hay cosa mas opuesta al cristianismo que la profesion de las armas, y no obstante todos los príncipes la sostienen; hasta el mismo clero necesita soldados para sostener sus derechos; lo que nos prueba cuan util es su religion para el hombre.

el violar, si su interes ó su capricho lo exígiese. (1)

Esto es todo lo que hace la idea de Dios en los que se dicen su imagen sobre la tierra. Entre tantos millares de representantes de la divinidad, apenas ha habido unos pocos que hayan tenido la equidad, la sensibilidad, el talento y la virtud mas ordinaria. Los pueblos, embrutecidos con la supersticion, sufren que unos muchachos, atolondrados por las lisonjas, les gobiernen con cetro de yerro, con que no conocen que se hieren ellos mismos: estos insensatos, cambiados en dioses, son los dueños de la ley, y tienen el poder de crear á su fantasía lo justo y lo injusto. Se exêntan de las reglas que su capricho ha impuesto á los demas; no conocen ni relaciones, ni deberes; no han sentido nunca el menor remordimiento; su licencia no conoce límites, porque no teme un castigo. Por consiguiente desdeñan la opinion pública, la decencia, y el modo de pensar de los hombres que están bajo su poder. Les vemos comunmente entregados á los vicios mas extravagan-

---

(1) *Nihil est quod credere de se*
Non possit, cùm laudatur diis æqua potestas.
Juvenal. Sat. IV, v. 70.

tes, porque el cansancio y los disgustos que siguen la saciedad de las pasiones satisfechas, hacen que tengan recurso á los placeres mas bizarros, y las locuras mas costosas, para despertar la actividad de sus almas adormecidas. Enfin, acostumbrados á no temer mas que á Dios, se comportan como si no tuviesen nada que temer.

La historia no nos hace ver en todos los payses, mas que una infinidad de potentados malhechores, y no nos habla de ningun ateo. Los anales de las naciones nos ofrecen al contrario un gran numero de príncipes supersticiosos, que pasaron su vida en la holgazanería, extrangeros á toda virtud, unicamente buenos para sus cortesanos afeminados, insensibles á los males de sus vasallos, dominados por sus concubinas ó sus indignos favóritos, y enfin unos perseguidores que, por agradar á su dios, ó por expiar sus desarreglos, añadieron á sus crueldades la de tiranizar el pensamiento, y de degollar sus vasallos por opiniones. En los príncipes, la supersticion se alia con los crímenes mas abominables; casi todos se dicen religiosos; pero pocos ó ninguno conocen la moral ó pratican la virtud. Las nociones religiosas no sirven mas que para hacerles mas ciegos y mas malos, porque se creen seguros de la ayuda del cielo, y de que

sus dioses quedarán completamente satisfechos, con tal que sigan unos cuantos deberes ridículos, que la supersticion les impone. Neron, el cruel Neron, con las manos cubiertas de la sangre de su propia madre, se presentó para ser iniciado en los misterios de Eleusis. El odioso Constantino halló en los curas cristianos que le servian, unos complices, prontos á expiar sus propias culpas. El infame Felipe, que su cruel ambicion hizo llamar el *demonio del medio dia*, daba órdenes para que degollasen los infelices Batavios por sus opiniones religiosas, mientras que él mismo asesinaba su muger y su hijo. ¡Así es que la ceguedad supersticiosa persuade á los soberanos que pueden expiar sus atrocidades, cometiendo otras mayores!

De modo que es evidente que la conducte de tantos príncipes, tan religiosos y tan poco virtuosos, dimana de las nociones que tienen de la divinidad, que, lejos de ser útiles, no sirven mas que para corromperlos y hacerlos mas malos que lo son por su naturaleza. De aquí debemos inferir que el temor de un dios vengativo no puede tener ninguna fuerza para con unos tiranos deificados, bastante poderosos é insensibles para no temer los reproches ó el aborrecimiento de los hombres, y bastante endurecidos para no enternecerse con los

males de la especie humana, de que se creen muy distintos. Un ser tan pervertido no teme ni el cielo ni la tierra; no hay freno capaz de contener sus pasiones, que la misma religion no hace mas que aumentar. Siempre que creemos poder expiar el crimen con facilidad, lo cometemos sin el menor temor. Los hombres mas corrompidos son los que regularmente siguen mas su religion; lo que no es extraño, pues que les dá un medio que creen capaz de expiar los desarreglos de sus costumbres. Es mucho mas facil el conformarse á ciertas ceremonías, y el adoptar algunos dogmas, que el renunciar á sus costumbres, ó resistir á sus pasiones.

Bajo unos gefes depravados por la religion misma, las naciones debieron necesariamente corromperse; los grandes se conformaron con los vicios de sus soberanos; el ejemplo de estos hombres distinguidos que el vulgo cree dichosos, es seguido por los pueblos; las cortes fueron continuamente el manantial de la contagion y del vicio. La ley, caprichosa y arbitraria, decidió sola de la hombria de bien; la jurisprudencia fué siempre inicua y parcial; la justicia no tuvo los ojos cubiertos mas que para los pobres; las verdaderas ideas de equidad se perdieron enteramente; la educacion, mal dirigida, no sirvió mas que para hacer

ignorantes, insensatos y devotos; la religion, sostenida por la tiranía, se apoderó de todo, y cerró los ojos del pueblo, que el gobierno se propone el despojar. (1)

De modo que no hay nada de extraño en que las naciones, privadas de una buena administracion, de unas leyes equitativas, de unas instituciones útiles, de una buena educacion, y retenidas en la ignorancia por los soberanos y los curas, se hayan hecho religiosas y viciosas. Luego que la naturaleza del hombre, los verdaderos intereses de la sociedad, las ventajas reales del soberano y del pueblo, son olvidados, la moral de la naturaleza, fundada sobre la esencia del hombre que vive en sociedad, se olvida tambien. La desgracia es que se ha olvidado que el hombre tiene necesidades, que la sociedad no sirve mas que para darle los medios de satisfacerlas, que el gobierno no debe tener otro objeto mas que el de la felicidad y el sustento de la sociedad, y que por consiguiente, debe valerse de los

---

(1) Machiavel, en sus capítulos XI, XII y XIII de sus Discursos políticos sobre Tito Livio, trata de hacer ver lo útil que la supersticion fué para la república romana; pero, por desgracia, todas las pruebas que dá de ello, prueban unicamente que fué ventajosa para el senado, pero no para el pueblo.

medios capaces de influir sobre los seres sensibles. Ninguno se apercibió que las recompensas y las penas son los solos medios que tiene el gobierno para determinar los ciudadanos á trabajar en su interes, al mismo tiempo que en el de los demas. Las virtudes sociables no fueron conocidas; el amor de la patria se hizo una mera ilusion; los hombres asociados no tubieron otro interes mas que el de dañarse unos á otros, cuidando solo de agradar á su soberano, que él mismo se creia interesado en dañar á todos.

Hé aquí el modo con que el corazon humano se corrompió; esta es la margen del mal moral y de la depravacion inveterada, hereditaria y epidémica que vemos reynar sobre la tierra. Para remediar á tantos males, se inventó la religion, que era la misma que los habia inventado; se imaginó locamente que las amenazas del cielo reprimirian las pasiones que todo conspiraba á hacer nacer en los corazones; se persuadió tontamente que un dique ideal y metafísico, que unas fábulas horribles, que unas fantasmas lejanas, bastarian para contener los deseos naturales é inclinaciones impetuosas; se creyó que un poder invisible seria mas poderoso que el visible. Enfin, se creyó haber obtenido todo con ocupar los entendimientos de las ilusiones mas tenebro-

sas, de unos terrores vagos, de una divinidad vengativa; finalmente la política se persuadió inconsideradamente, que era su interes el someter el pueblo á los ministros de la religion.

¿Que resultó de todo esto? Las naciones no tuvieron mas que una moral sacerdotal y teológica, conforme á las miras y á los intereses variables de los sacerdotes, que substituyeron sus opiniones á la verdad, sus ritos á la virtud, su ceguedad á la razon, y el fanátismo á la sociabilidad. La consecuencia necesaria de la confianza que los pueblos tienen en los ministros de la divinidad, es que en cada nacion se establecen dos potencias que están continuamente en guerra una con otra: los curas pelean el soberano con el arma terrible de la opinion, que comunmente es bastante poderosa para hacer temblar los tronos. (1) Ningun soberano se pudo creer tranquilo, á menos que

(1) Es de reparar que los curas, que están continuamente predicando al pueblo el ser sumiso al soberano, alegando que su autoridad viene del cielo, son los primeros que mudan de lenguage, cuando este no les está enteramente sometido. El clero sostiene el trono solo cuando tiene necesidad de él; pero le derriba cuando le es contrario. Los ministros del poder invisible no mandan obedecer al visible, mas que cuando este les está enteramente sujetado.

se sometiese ciegamente á sus lecciones y frenesís. Los curas, siempre ambiciosos é intolerantes, los excitaron á destruir sus mismos estados. Así es que la moral perdió infinito, cuando el poder soberano y el del clero se reunieron: los pueblos no fueron ni mas virtuosos ni mas dichosos; sus costumbres, su bien estar y su libertad no pudieron sostenerse contra el dios del cielo y de la tierra reunidos. Los príncipes, interesados en sostener las opiniones teológicas, tan lisongeras para su orgullo, y tan favorables para su poder usurpado, hicieron en general causa comun con sus curas; creyeron que el sistema religioso que adoptaban ellos mismos, era el mas util para sus intereses, y trataron de enemigos los que se atrevian á pensar de un modo distinto. El soberano mas religioso, ya sea por política ó por devocion, se hizo el verdugo de sus vasallos, figurándose que de este modo satisfacia á los intereses del cielo y los suyos propios; y no conoció que con sacrificar estas víctimas á los ministros de la religion, no hacia mas que fortificar los enemigos de su poder, sus rivales, y los mas rebeldes de sus vasallos. Efectivamente, por estas nociones falsas, que han llenado la imaginacion de los soberanos y de los pueblos supersticiosos, vemos que la sociedad no hace mas que satisfacer el orgullo, la ava-

ricia y la venganza del sacerdocio. Siempre vemos que los hombres mas dañosos é inútiles son los que mejor se recompensan. Es extraordinario el ver los enemigos naturales del poder soberano amados y sostenidos por él, los ciudadanos menos laboriosos ricamente recompensados de su ociosidad, de sus mal dirigidas especulaciones, y de sus expiaciones, tan peligrosas para los costumbres, y tan capaces de proteger el crimen.

Hace ya millares de años que, tanto las naciones enteras como sus soberanos, se han despojado de todo por enriquecer los curas, y hacer nadar en la abundancia los mas malos de todos los ciudadanos. ¿Cual es el fruto que unos y otros han sacado de su liberalidad religiosa ? Los príncipes están lejos de haber adquirido mayor poder, ni los pueblos mayor felicidad; todo al contrario, todo lo que han hecho ha sido contribuir con sus riquezas á mantener los curas en la ociosidad, el lujo y esplendor.

Ahora sepamos si las costumbres de los pueblos se mejoraron bajo el yugo de estos guias tan bien pagados. Todo al contrario, los supersticiosos no se dejaron jamas guiar de nadie; la religion les pareció suficiente; sus ministros, no contentos con mantenerse en sus dogmas y usos, útiles para sus propios intereses,

se ocuparon tambien en inventar unos crímenes ficticios, y en multiplicar los ritos mas ridículos, sin otro intento mas que el de aprovecharse de las transgresiones que sus mismos esclavos cometen. Estos hipócritas se sirvieron del mundo entero para hacer un tráfico vergonzoso de los favores del cielo: fijaron una tarifa para cada delito; dando por mas graves los mas contrarios á sus intereses. Las palabras vagas y sin sentido, como *impiedad*, *sacrilegio*, *heregía*, *y blasfemia*, alarmaron los entendimientos aun mucho mas, que las atrocidades verdaderamente dañosas para la sociedad. De este modo las ideas sanas de los pueblos fueron muy en breve olvidadas y reemplazadas por unos crímenes imaginarios que produjeron en breve otros tantos verdaderos. El hombre cuyas opiniones, no coincidian con las de los curas, fué peor considerado que un asesino, un tirano, un opresor, un ladron, un seductor ó un corruptor. El mayor de todos los atentados, fué el de despreciar lo que los sacrificadores querian que fuese considerado como sagrado (1). Las leyes civiles contribuyeron tambien á la formacion de estas ideas; ellas fueron las primeras en castigar con atrocidad estos crímenes desconocidos que la ima-

(1) El célebre Gordon dice que la mayor heregía es la de tener otro dios mas que el clero.

ginacion habia exagerado. Todo herético, todo blasfemador fué quemado vivo ; pero ninguna pena fué impuesta al corruptor de la inocencia, á los adulteros, los pícaros, y los calumniadores.

¿Que podiá hacer la juventud con semejantes instituciones ? Tuvo que sacrificarse á la supersticion. El hombre desde su infancia no oyó mas que principios de egoismo y de hipocresía ; el tiempo mas precioso de su vida fué empleado en ritos y ceremonías.(1)Le llenaron la cabeza de sofismas y de errores; le embriagaron con el fanátismo ; le indispusieron para siempre contra la razon y la verdad. La energía de su alma fué apocada ; por consiguiente le fué imposible el ser util para sus semejantes, y enfin, la importancia que han atribuido á la ciencia divina, ó por mejor decir, á la ignorancia sistemática que sirve de base á la religion, hizo que el suelo mas fertil no produjese mas que espinas.

---

(1) La supersticion ha fascinado talmente los entendimientos, que hay muchos paises en que el pueblo no entiende la lengua que habla á su dios ; vemos en ellos mugeres que pasan su vida en cantar el latin, del que no entienden una palabra. El pueblo, que no entiende nada á su religion, no cesa de practicarla, creyendo que le basta el presentarse á su dios para agradarle.

¿Vemos que la educacion sacerdotal haya formado algunos buenos ciudadanos, padres de familia, fieles esposos, amos justos, criados fieles, vasallos sometidos, ó asociados pacificos? No, todo al contrario, todo lo que ha hecho ha sido hacer unos devotos, incómodos para ellos mismos y para los demas, ó bien unos hombres sin principios, que se olvidaron en breve de los que habian embebido, y que no conocieron jamas la moral. La religion fué considerada como superior á todo; y los hombres se acostumbraron á creer, *que valia mas el obedecer á Dios ó á sus representantes que á los hombres.* Por consiguiente las múgeres, los padres, los hijos, los parientes y los amigos fueron considerados como muy inferiores á esta fantasma. En una palabra, la educacion religiosa no hizo mas que volver el hombre loco, fanático, perverso, indolente, y hacerle olvidar lo que se debe á sí mismo y á la sociedad.

¡Cuantas ventajas hubiera el hombre sacado para su educacion, si hubiese empleado en adquirirla, la mitad de las riquezas que ha empleado en agradar á los ministros de la impostura! ¡Cuanto las ciencias útiles, las artes, la moral y la verdad, se hubieran perfecinado, si hubieran tenido los mismos socoros que la mentira, el entusiasmo y la inutilidad!

Es pues evidente que las nociones teológicas fueron y serán perpetuamente contrarias á la sana política y moral, porque no hacen mas que cambiar los soberanos en unas divinidades malhechoras y celosas, y los vasallos en unos esclavos envidiosos y malvados, que creen que con seguir los ritos de la iglesia, expian los males que se hacen unos á otros. Los que no han exáminado nunca la existencia de Dios, que castiga y recompensa; los que creen que sus deberes se fundan sobre la voluntad divina, y enfin los mismos que dicen que Dios quiere que los hombres sean buenos, compasivos y honrados, se olvidan facilmente de estas especulaciones estériles, así que sus intereses, sus pasiones, sus costumbres, y sus fantasías importunas lo requieren. ¿ Donde encontramos la equidad, la union, la paz y la concordia, que estas nociones sublimes ofrecen á los payses que las siguen ? Bajo la influencia de unas cortes corrompidas y de curas impostores, los hombres no pueden menos de ser viciosos, ignorantes, criminales, ni pensar en nada menos que en su dios. Todas las ideas teológicas no son capaces de impedir el que el cortesano trame sus intrigas, y trabaje continuamente en satisfacer su ambicion, su avaricia, su rabia, su venganza, y todas las pasiones hereditarias á

la perversidad de su ser. A pesar de los horrores del infierno, que tanto miedo dan a las mugeres, no por eso abandonan sus intrigas, sus engaños y sus adulterios. La mayor parte de los hombres disolutos que infestan las ciudades, temblarian al oir alguno dudar de la existencia de Dios. ¿Que bien resulta de estas nociones, que lejos de influir sobre el bien de los hombres, no hacen mas que inflamar sus pasiones? Al salir del templo, á que la supersticion les conduce, el ministro vuelve á oprimir el pueblo, el cortesano á sus intrigas, la muger galante á sus prostituciones, y el mercader á sus fraudes y á sus embustes.

¿Me querrán tambien decir que los asesinos, los ladrones y los desgraciados que la injusticia ó la negligencia de los gobiernos multiplica, y á quien las leyes regularmente crueles quitan la vida; me querrán decir, digo, que estos hombres son unos ateos? No; estos miserables creen regularmente en Dios; este nombre les ha sido continuamente repetido en su infancia; han oido hablar de los castigos que destina á los que le ofenden. Pero esto no ha impedido el que ultrajen la sociedad; sus pasiones, que no pudieron ser detenidas por los motivos mas visibles, lo fueron mucho menos por los invisibles; un dios óculto y sus castigos lejanos no podrán nunca impedir los

excesos que los suplicios presentes y seguros no pueden impedir.

En una palabra, ¿no vemos todos los dias que los hombres mas persuadidos de la existencia de Dios, y de que los vé continuamente, se olvidan facilmente de todo esto, cuando se trata de contentar sus pasiones? Un hombre que temeria las miradas de uno de sus semejantes, cuando trata de cometer un crimen, lo comete cuando cree no ser visto mas que por su dios. ¿De que sirve pues la conviccion que tenemos de la existencia de esta divinidad, y de su presencia en todas partes, pues que no nos impide el cometer cualquiera crimen para contentar nuestras pasiones? Aquel que temeria el cometer una accion delante de un niño, la cometeria cuando no tenga otro testigo mas que Dios. Todos los hechos verdaderos de que acabamos de hablar, pueden servir de respuesta á los que dicen que el temor de Dios es solo capaz de contenernos.

Las personas mas persuadidas de las nociones religiosas y de su eficacidad, no se sirven de ellas cuando quieren influir sobre los que les son subordinados. Los consejos que un padre dá á un hijo libertino, están mucho mas apoyados sobre el escándalo temporal, que sobre la colera y el temor del cielo. Así es que el deicolo mismo, en las ocasiones mas impor-

tantes de la vida, cuenta mucho mas sobre la fuerza de los motivos naturales, que sobre los que nos dá la religion. El hombre que desprecia los motivos que un ateo puede tener para hacer bien y abstenerse del mal, los emplea algunas veces, porque está convencido de ellos. Casí todos los hombres creen en un dios vengativo y remunerador, lo que no impide que el número de los malos exceda el de los hombres de bien. Si queremos buscar la margen de esta corrupcion general, la encontraremos en las nociones teólogicas, y no en las margenes imaginarias que las religiones han inventado para dar cuenta de la depravacion humana. Los hombres se han corrompido por haber sido mal gobernados, y el haber sido mal gobernados proviene de que los soberanos fueron divinizados. Estos, seguros de no tener nada que temer, no han tenido ningun reparo en hacer infélices á sus pueblos: cegados por unos curas impostores, la razon les es inutil. Los tiranos y los curas se han combinado para impedir el que los pueblos abriesen los ojos, buscasen su libertad, y fuesen mas félices.

La sola verdad es capaz de hacer los hombres felices y mejores solo enseñando á los pueblos y sus soberanos sus deberes y sus verdaderas relaciones, se les podrá hacer entender que el arte de gobernar no es el de tiranizar.

Consultemos pues la razon, llamemos la experiencia á nuestro socorro, estudiemos la naturaleza, y veremos lo que debemos hacer para trabajar eficazmente en la felicidad del género humano. Veremos que el error es la margen de todas las desgracias, que nos acontecen, y que solo cortando radicalmente la supersticion, podremos buscar la verdad, y encontrar el guia que nos puede conducir á la felicidad. Estudiemos la naturaleza, ataquemos las preocupaciones de los hombres, y les conduciremos facilmente á la virtud; les haremos conocer que sin ella no pueden de ningun modo ser dichosos en el mundo que habitan.

Desengañemos pues los hombres en punto á este dios, que no hace mas que desgraciados. Substituyamos la naturaleza visible, á la potencia desconocida que no ha sido servida mas que por unos miseros esclavos, ó entusiastas delirantes, y digámosles que para ser dichosos, es preciso que no teman nada.

Las ideas de la divinidad, que hemos visto tan inútiles y tan contrarias á la moral, no procuran evidentemente la menor ventaja ni á la sociedad ni á los particulares. La supersticion es un enemigo domestico que no abandona nunca al hombre; los que se ocupen seriamente de estas fantasmas horribles, no

cesarán de vivir en las mayores inquietudes; despreciarán los objetos mas dignos de interesarlos, por no ocuparse mas que de unas meras ilusiones, y pasarán su vida entera en gemir, rogar, sacrificar, y expiar las faltas reales ó imaginarias que creen haber podido ofender á su dios. Muchas veces, para apartar los castigos de este dios, se castigarán ellos mismos con la mayor crueldad, creyendo de este modo agradar el Dios que sirven, que imaginan se complace en que ellos mismos sean sus propios verdugos. La sociedad no saca fruto alguno de las lugubres nociones de estos insensatos piadosos; su entendimiento se ocupa continuamente en estas ilusiones, y su tiempo se pasa en la ejecucion de los ritos mas extravagantes. Los hombres mas religiosos son regularmente unos misántropos á lo menos inútiles para la sociedad. Todos los paises están llenos de penitentes, que se figuran agradar al todo-poderoso con los suicidios y atrocidades que cometan contra sí mismos, á pesar de que llaman esta divinidad el dios de la bondad. La idea de un dios terrible ha dado nacimiento en todos los payses á las mas crueles extravagancias.

Si estos devotos insensatos se hacen daño á sí mismos, y privan la sociedad de los socorros que la deben, á lo menos son menos culpa-

bles que los fanáticos zelosos y turbulentos que, llenos de sus ideas religiosas, se creen en la obligacion de turbar la tranquilidad del mundo, y de cometer los crímenes mas atroces para sostener la causa de su fantasma celeste. El fanático hace consistir la perfeccion en atormentarse á sí mismo, ó en romper, por sus nociones extravagantes, los lazos mas sagrados que la naturaleza ha dado á los mortales.

Reconozcamos pues que las ideas de la divinidad no son capaces de procurar ninguna felicidad ni á los individuos, ni á las sociedades. Para unos cuantos entusiastas que, por su temperamento pacífico y suave, encuentran alguna felicidad en las ideas de la divinidad, hay millones que son miserables todo el tiempo de su vida por ella. Si hay un hombre que sea capaz de vivir tranquilamente en la creencia de Dios, es porque no se ha dado nunca el trabajo de reflexionar.

En una palabra, todo nos prueba que las ideas religiosas tienen la influencia mas poderosa sobre los hombres para atormentarlos, dividirlos, y hacerlos desgraciados; lo que es causado porque, lejos de tranquilizarlos, no hacen mas que envenenar sus pasiones, sin poderlas jamas retener, á menos que estas no sean demasiado débiles.

CAPITULO IX.

LAS NOCIONES TEOLOGICAS NO PUEDEN SERVIR DE BASE A LA MORAL. PARALELO DE LA MORAL TEOLOGICA Y DE LA MORAL NATURAL. LA TEOLOGICA ES ENTERAMENTE CONTRARIA A LOS PROGRESOS DEL ENTENDIMIENTO HUMANO.

Para que una suposicion fuese util por los hombres, era preciso que pudiese hacerlos dichosos : ¿luego como nos hemos de persuadir que una hipótesis que no hace mas que desgraciados, pueda algun dia darnos la felicidad? Si Dios no ha criado los hombres mas que para temblar y gemir en este mundo, ¿como podemos creer que consentirá algun dia en tratarlos con mas dulzura? ¿cuando vemos un hombre que comete las mayores injusticias, no se nos hace sospechoso para siempre?

Por otra parte, una suposicion que aclarase y que diese una solucion facil á todas las cues-

tiones, seria probablemente verdadera. Pero una que no hiciese mas que obscurecer las nociones mas claras, y hacer mas insolubles todos los problemas, podria con razon ser considerada como falsa, inutil y dañosa. Para convencerse de este principio, no tenemos mas que exáminar si el sistema de la existencia del dios teológico puede resolver algun problema; si los conocimientos humanos han adelantado algo con esta idea; si no ha hecho dudosos y problemáticos los deberes mas esenciales de nuestra naturaleza; si no ha confundido indignamente las nociones de lo justo y de lo injusto, del vicio y de la virtud. Y enfin, ¿que virtud hallamos en las ideas teológicas? Esto, me dirán, es segun la voluntad expresa del ser incomprehensible que gobierna la tierra. Pero,¿quien es este ser, de quien todos hablan sin que nadie entienda, y como podemos conocer sus voluntades? Entonces nos responderán que este ser es, lo que no es, porque no pueden decir lo que es; y si quieren darnos alguna idea de él, no harán mas que amontonar una infinidad de atributos contradictorios,incompatibles,porque no pueden hacer de él mas que un ser fántastico, é incapaz de ser conocido; ó bien tendrán que recurrir á las revelaciones sobrenaturales, de que esta divinidad se ha servido para dar á conocer sus

intenciones. Pero, ¿quien nos podrá probar la autenticidad de estas revelaciones? Para esto sirven los milagros. Pero, ¿como hemos de creer en estos milagros, que la teologia misma contradice en un dios eterno, justo é inmutable? Por último recurso, nos dirán que debemos fiarnos en la buena fé de los ministros y embajadores de esta divinidad. Pero, ¿quien nos puede asegurar que hayan verdaderamente recibido esta mision? ¿No son ellos mismos los que se han anunciado por los enviados de este dios, que confiesan no conocer? Siendo esto así, los curas, es decir unos hombres continuamente en guerra consigo mismos, son los que tienen el derecho de dictar las reglas que se deben seguir, y de formar la moral; el entusiasmo ó el interes serán las solas medidas de sus decisiones. Por consiguiente, su moral cambiará á medida de sus caprichos; los que les escuchen no sabrán jamas lo que deben creer. Todos sus libros inspirados no tratarán mas que de una divinidad que tan pronto encargar á la virtud, como enseñará el crimen y la absurdidad; que tan pronto es amiga como enemiga del género humano; que tan pronto será bienhechora, razonable y justa, como insensata, caprichosa, injusta y despótica. ¿Que puede resultar de todas estas reflexiones para un

hombre sensato? Un hombre semejante se convencerá que ni los sacerdotes, ni sus opiniones tan variables, pueden ser los modelos ó los arbitros de una moral que deberia siempre ser tan constante como las leyes invariables de la naturaleza.

No, unas opiniones arbitrarias, inconsecuentes, contradictorias, abstractas é ininteligibles no pueden servir de base á la ciencia de las costumbres. Solo unos principios evidentes, sacados de la naturaleza del hombre fundada sobre la necesidad, inspirados por la educacion, familiares por la costumbre y sagrados por la ley, pueden convencer nuestros entendimientos, hacer nuestra virtud util, y llenar las naciones de hombres de bien. Un dios necesariamente incomprehensible no presenta á la imaginacion mas que una idea vaga; un dios que cambia á cada momento nos impide el saber el camino que debemos seguir. Las amenazas que se nos hacen de la parte de un ser tan extravagante, no pueden servir mas que para hacernos la virtud desagradable. Entonces el temor solo nos hará hacer lo que la razon y nuestro propio interes deberia hacernos desear. Un Dios terrible y malo (que es lo mismo) no hará mas que inquietar los hombres de bien, sin retener los culpables; cuando los hombres quieren entregarse á sus

pasiones, cesan de creer en un Dios terrible, y no se acuerdan mas que del clemente. El hombre no considera las cosas mas que del modo mas conforme á su deseo.

La bondad de Dios consuela al pícaro, y su rigor turba al hombre de bien. Así es que las calidades que la teologia atribuye á su dios no hacen mas que pervertir la moral. La bondad que le atribuyen, es la que hace que los hombres mas corrompidos cometan los mayores crímenes sin temor alguno. Si se les habla entonces de Dios, responden que Dios es justo é infinitamente misericordioso. La superstición, complice de las iniquidades de los mortales, les repite sin cesar que, por medio de ciertas ceremonias, se puede apaciguar este dios terrible, y ser recibidos á brazos abiertos por él. Los curas de todas las naciones, segun dicen, poseen unos secretos infalibles para reconciliar los hombres mas perversos con la divinidad.

De todo esto debemos inferir que, de cualquier modo qne consideremos la divinidad, nunca podrá servir de base á la moral, hecha para ser invariable. Un dios irreconciliable no es util, mas que para aquellos que tienen un interes particular en engañar á los hombres, para recoger el fruto de su ignorancia. Los grandes de la tierra, que son en general los

que poseen menos virtudes y costumbres, se olvidarán de este dios cuando se trate de ceder á sus pasiones; solo se servirán de él para asustar á los demas, al fin de subyugarlos, mientras que ellos mismos no le consideran mas que bajo su aspeto bondadoso; ademas que la religion les enseñará los medios de apaciguar facilmente su colera. Esta religion no parece haber sido inventada mas que para dar á los ministros de la divinidad la ocasion de expiar los crímenes cometidos sobre la tierra.

La moral no ha sido hecha para seguir los caprichos de la imaginacion, las pasiones y los intereses del hombre, y debe al contrario ser estable, y la misma para todos los individuos de la raza humana. La religion no tiene derecho alguno para hacer plegar sus leyes inmutables bajo las de sus falsos dioses. Un medio solo es capaz de dar á la moral esta solidez inalterable; ya le hemos indicado en varios pasages de esta obra (1): todo lo que se necesita es fundarla, como tambien nuestros deberes, sobre la naturaleza del hombre, y las relaciones existentes entre los seres inteligentes, que estan todos llenos de amor propio y del deseo de su conservacion. En una palabra, la moral

(1) Véase parte primera, capítulo VIII de esta obra, como tambien el capítulo VII, y el fin del XIV de la misma parte.

no puede tener otra base, mas que la de la necesidad de las cosas.

Estudiando estos principios, sacados de la naturaleza, evidentes por sí mismos, confirmados por las experiencias mas constantes, aprobados por la razon, tendremos una moral cierta, y un sistema de conducta que no se desmentirá jamas. Ninguna necesidad se tendrá de recurrir á las ilusiones teológicas para regular su conducta en el mundo visible. Si reflexîonamos sobre la larga sucesion de errores provenidos de las nociones obscuras que se tienen de la divinidad, y de las ideas siniestras que toda religion inspira, valdrá mucho mas el decir que toda moral verdadera, toda moral util para el género humano, toda moral ventojosa para la sociedad, es totalmente incompatible con un ser que no ha sido nunca presentado á los hombres mas que como un monarca absoluto, cuyas buenas calidades son continuamente eclipsadas por los caprichos mas peligrosos. Por consiguiente tendremos que reconocer que, para establecer la moral sobre los fundamentos mas sólidos, es absolutamente necesario empezar por derribar los sistemas quiméricos sobre los que, hasta aquí, ha sido fundado el edificio ruinoso de la moral sobrenatural que, hace tantos siglos, se ha

predicado inutilmente á los habitantes de la tierra.

Sea cual fuese la causa que colocó al hombre en la esfera que habita, ya sea que consideremos la especie humana como la obra de la naturaleza, ó bien que supongamos que debe su existencia á un ser inteligente distinguido de ella, la existencia del hombre es un hecho; vemos en él un ser que siente, que piensa, que goza de inteligencia, que se ama á sí mismo, que trata siempre de conservarse, que en todos los instantes de su duracion se esfuerza en hacer su existencia agradable; que para satisfacer con mas facilidad sus necesidades, y procurarse mas placeres, vive en sociedad con unos seres sus semejantes, que su conducta puede hacerle favorables ó no. Es pues sobre estos sentimientos universales, hereditarios á nuestra naturaleza, y que subsistirán tanto como la raza de los mortales, que la moral debe de fundarse, porque esta es la ciencia de los deberes del hombre que vive en sociedad.

Estos son los verdaderos fundamentos de nuestros deberes: estos deberes son necesarios, pues que dimanan de nuestra propia naturaleza, y que no podemos obtener la felicidad que deseamos sin ellos. De modo que para

ser solidamente dichosos, es preciso que merezcamos la afeccion y el socorro de los seres con quien nos hemos asociado ; estos no pueden estimarnos, ayudarnos en nuestros proyectos, ni trabajar en nuestra felicidad, mas que mientras que trabajemos en hacer la suya. Esta es la necesidad que se llama *obligacion moral*, que está fundada sobre la consideracion de los motivos capaces de determinar los seres sensibles é inteligentes, á seguir la conducta necesaria para obtener este fin. Estos motivos no pueden ser en nosotros mas que el deseo siempre renaciente de procurarnos los bienes y evitar los males. El placer y el dolor, la esperanza de la felicidad, ó el temor de la desgracia, son los solos motivos capaces de influir eficazmente sobre las voluntades de los seres sensibles. Para conocerlos basta el que consideremos nuestra constitucion, segun la cual no podemos ni amar ni aprobar en los demas, ni estos pueden aprobar en nosotros, mas que las acciones de que resulta una utilidad real y reciproca, que constituye la virtud. Por consiguiente, para conservarnos, es preciso que sigamos la conducta que nos puede hacer obtener este fin ; estos son los verdaderos fundamentos de la *obligacion moral*.

Siempre que se quiera dar á la moral otra base mas que la de la naturaleza del hombre,

nos engañaremos, porque no la puede haber ni mas sólida ni mas segura. Algunos autores simples han asegurado que, para hacer mas respetables los deberes de la naturaleza, era preciso revestirlos de la autoridad de un ser, que han hecho superior á ella y á la necesidad. Por consiguiente la teología se ha apoderado de la moral, que ha ligado al sistema religioso. Se ha creido que esta union hacía la virtud mas sagrada; que el temor de los potentados invisibles que gobiernan la naturaleza, daria mas peso y eficacidad á sus leyes; enfin se ha imaginado que los hombres persuadidos de la necesidad de la moral, y viendola unida á la religion, la considerarian como necesaria para su felicidad. Esto es lo que ha hecho creer que sin un dios, el hombre no podria ni conocer ni praticar lo que se debe á sí mismo y á los demas. Con estas preocupaciones se cree que las ideas siempre vagas de un Dios metafísico, están unidas á la moral y al bien de la sociedad, y que no se puede atacar la divinidad sin derribar los deberes de la naturaleza. Lo que ha hecho pensar que la necesidad, que el deseo de la felicidad, y que el interes evidente de las sociedades y de los individuos, no serian unos motivos bastante poderosos sin la ayuda de un ser imaginario, de quien han hecho el arbitro de todas las cosas.

Pero siempre es peligroso el aliar la ficcion á la verdad, lo desconocido á lo conocido, el delirio al entusiasmo y á la razon; lo que nos es evidentemente probado por la alianza confusa que la Teología ha hecho de las ilusiones con las realidades: la religion, con la ayuda de esta fantasma, quiso dirigir la naturaleza, y someter el hombre á sus propios caprichos, y muy á menudo, en nombre de la divinidad, le obligó á olvidarse de la naturaleza, y de los deberes mas evidentes de la moral. Lo que hizo que, cuando quiso contener los mortales despues de haberlés hecho ciegos y desrazonables, no pudo ponerles ningun freno. Esta revolucion de todo principio, hizo que la moral no tuviese ninguno seguro; la naturaleza, la razon y la evidencia dependieron de un dios indefinido que no habló nunca con claridad, y que no se explicó mas que por la boca de unos fanáticos ó impostores, que no predicaron mas que una moral arbitraria, conforme á sus propias pasiones, que muchas veces son extremadamente dañosas para el género humano.

De modo que la moral de Dios no provino verdaderamente mas que de las pasiones de los hombres. Con derivarla de un ser imaginario, del que cada cual se formó una idea distinta, y cuyos oráculos obscuros fueron in-

terpretados por unos hombres delirantes ó hipócritas; con dar por modelo al género humano un ser que cambia continuamente, los teólogos, lejos de dar á la moral una base solida, no han hecho mas que perder enteramente la que la naturaleza nos habia dado. Este dios, por las calidades que se le han dado, es un enigma inexplicable, que cada cual adivina á su modo, que cada religion explica segun la acomoda, en la que todos los teologos del mundo descubren todo lo que mejor les conviene, y por la que cada hombre se hace una moral conforme á su caracter. Si Dios dice al hombre dulce, inteligente y equitativo, que sea bueno, compasivo y bienhechor, tambien dice al malo é insensible, que sea inhumano, intolerante y sin piedad. Luego la moral varía segun los hombres. Algunos pueblos se estremecen de horror al ver las acciones que otros consideran como santas y meritorias. Los unos consideran esta divinidad como llena de clemencia y de dulzura, mientras que otros la creen cruel, y se imaginan que no se la puede agradar mas que con crueldades.

La moral de la naturaleza es evidente aun para los mismos que la ultrajan; la moral religiosa no es así; al contrario, es tan obscura como la bondad que la prescribe, ó por

mejor decir, tan mudable como las pasiones y los temperamentos de los que la adoran. Si hubiesemos de creer á los teólogos, consideraríamos la moral como la ciencia mas problemática, la mas incierta, y la mas dificil de fijar. Se necesitaria el entendimiento mas penetrante y mas ejercitado para descubrir los principios de los deberes del hombre para consigo mismo y los demas. ¿Luego las márgenes de la moral no pueden ser conocidas mas que por un corto numero de hombres reflexivos, y de metafísicos? El hacerla derivar de un dios, que nadie considera mas que por sí mismo, y que cada hombre forma á su modo, es someterla al capricho de cada cual; haciéndola derivar de un ser que ningun hombre sobre la tierra conoce, es dar á entender que no se sabe de donde dimana. Sea quien fuese el agente de quien han hecho depender la naturaleza y todos los demas seres que en sí encierra, por mas poder que tenga, todo lo que podrá hacer, será que el hombre exista ó no; pero una vez que le haya hecho lo que es, que le haya hecho sensible, y que viva en sociedad, no podrá cambiarle, á menos que le haga perecer, para darle una nueva existencia; por la misma esencia, calidades y modificaciones que le constituyen un ser de la especie hu-

mana, le es necesario una moral; y el deseo de conservarse le hará preferir la virtud al vicio, por la misma necesidad que le hace preferir el placer al dolor. (1)

El decir que sin la idea de Dios, el hombre no puede tener ningun sentimiento moral, es decir que no se puede distinguir el vicio de la virtud, ó que sin dios el hombre no sentiria la necesidad de comer para vivir, ó que no podria escoger entre los alimentos que mejor le saben; es tambien decir que sin conocer el nombre, el caracter y las calidades del que nos prepara un manjar, no podemos saber si es bueno ó malo. Un hombre puede dudar de la existencia y de los atributos morales de un dios, y aun negarlos formalmente, pero á lo menos no puede dudar de la suya propia, ni de su modo de estar y de sentir; tampoco puede dudar de

---

(1) La teología hace que el hombre tenga necesidad de *gracias sobrenaturales* para hacer bien; esta doctrina es y ha sido siempre muy contraria á la moral. Los hombres esperan siempre las *gracias divinas* para hacer bien, y los que les gobiernan no emplean nunca las gracias de este mundo, que son mucho mas capaces de hacerlos buenos. Tertuliano dice: *¿Porque hemos de buscar la ley de Dios, cuando tenemos la de la naturaleza, que es comun a todos?* Tertul. *de Coronâ militis.*

la existencia de los demas seres organizados como él, en quien todo le demuestra unas calidades análogas á las suyas. Este conocimiento es suficiente para distinguir el bien ó el mal moral. En una palabra, todo hombre que goze de una organizacion bien constituida, no tendrá mas que considerarse á sí mismo para descubrir lo que debe á los demas; su misma naturaleza le enseñará su deber mucho mejor que los dioses, que no puede consultar mas que en su propia imaginacion, en sus mismas pasiones, ó en las de algunos entusiastas ó impostores. Conocerá tambien que para conservarse y procurarse un bien estar durable no tiene mas que resistir á la impulsion de sus propios deseos; que para conciliarse la buena voluntad de los otros, debe de obrar de un modo conforme al suyo; cuando raciocine así, sabrá que cosa es la virtud. (1) Si se sirve de esta espe-

(1) La teología, hasta ahora, no ha podido dar la menor definicion de la virtud: segun ella, esta no es mas que un efecto de la gracia que nos la hace hacer agradable á la divinidad. Pero, ¿que cosa es la divinidad, que es la gracia? ¿Como obra así sobre el hombre? ¿Que es agradable á Dios? ¿Porque este no dá á todos los hombres los medios de agradarle? *Adhuc sub judice lis est.* Siempre se ha dicho á los hombres que *hagan el bien para agradar á Dios*: pero nunca les han hecho conocer lo que era.

culacion será virtuoso, y será recompensado de su conducta, por la dichosa armonía de su máquina, y por la estima legítima de sí mismo, confirmada por la ternura de los demas. Si obrase de otro modo, el desorden de su máquina le advertiria prontamente que la naturaleza no aprueba su conducta, que la contradice, que se daña á sí mismo, y se verá obligado á suscribir á la condenacion de los demas, que le aborrecerán, y desaprobarán su conducta. Si el desarreglo de su entendimiento le impide el ver las consecuencias mas inmediatas de sus desvaríos, tampoco verá las recompensas y los castigos lejanos del monarca invisible. Este dios no le hallará nunca con tanta claridad como su misma conciencia, que le recompensará ó castigará inmediatamente.

Todo lo que acabamos de decir prueba evidentemente que la moral religiosa perderia infinito en entrar en comparacion con la moral natural, que contradice á cada instante. La naturaleza dice al hombre que se ame a sí mismo, y que trate de aumentar su felicidad: la religion le manda que no ame mas que un dios terrible y digno de nuestro aborrecimiento, que se deteste á sí mismo, y que sacrifique los placeres mas naturales de su corazon. La naturaleza le dicta el consultar su razon, y tomarla por guia: la religion al con-

trario le dice que esta, no es mas que un guia infiel, dado por Dios para engañar á sus criaturas. La naturaleza le dice que se ilustre, que busque la verdad, y que se instruya en sus deberes: la religion le manda que no exâmine nada, que se quede en la ignorancia, y tema la bondad; y trata de persuadirle que las únicas relaciones que debe considerar, son las que subsisten, segun ella, entre los hombres y el ser que no pueden conocer. La naturaleza le dice que modere sus pasiones, y que resista á las que le son nocivas, por medio de la experiencia: la religion dice al ser sensible que no tenga pasiones, que sea una masa insensible, y que pelee sus inclinaciones con unos motivos derivados de la imaginacion, y variables como ella misma. La naturaleza aconseja al hombre el ser sociable, el amar sus semejantes, y el gozar ó dejarles gozar: la religion el huir de la sociedad, el aborrecer sus criaturas, el romper los lazos mas sagrados, el atormentar, afligir y perseguir los que no quieren delirar como ellos. La naturaleza le dice, vive en sociedad, ama la gloria, trata de hacerte estimable, activo, valiente, industrioso: la religion le dice, que sea humilde, pusilánime, que se ocupe de ruegos, de meditaciones, etc. y que sea inutil para sí

mismo y para los demas.(1)La naturaleza propone por modelo á los ciudadanos unos hombres dotados de las almas mas honestas, nobles y enérgicas, y que han servido utilmente sus conciudadanos : la religion les pone por ejemplo las almas bajas, los entusiastas, y los penitentes frenéticos. La naturaleza dice al esposo que sea tierno, y que ame la compañera que su hado le ha dado : la religion le hace un crimen de su ternura. La naturaleza dice al padre de familia, que ame á sus hijos, y que les haga buenos ciudadanos: la religion, que les tenga en la ignorancia, y les haga supersticiosos,capaces solo de turbarla. La naturaleza dice á los hijos que honren sus parientes y sean los baculos de su vejez : la religion les dice que prefieran los oráculos de su dios, y que no hagan caso de sus padres ni madres. La naturaleza dice al sabio : ocupate de objetos útiles, consagra tus veladas á tu patria, y haz por ella, los descubrimientos mas útiles : la religion le dice que se ocupe en disputas

(1) Es facil el conocer que el culto religioso hace un daño muy real á las sociedades políticas, por la pérdida del tiempo, la ociosidad y la inanicion que causa, y de que hace un deber. Efectivamente, la religion suspende los trabajos mas útiles durante la mayor parte del año.

interminables, capaces de sembrar la discordia y hacer cometer las mayores atrocidades. La naturaleza dice á los perversos que se averguenzen de sus vicios, de sus inclinaciones vergonzosas y de sus atentados; les enseña que sus desarreglos, por ócultos que sean, no pueden menos de influir sobre su felicidad: la religion dice al hombre mas corrompido: — No irrites al dios que no conoces; pero si te das al crimen, á pesar de sus leyes, acuerdate que su colera se apacigua facilmente; freqüenta su templo, humillate delante de sus ministros, y ofreceles lo mejor que tengas. Estas ceremonías importantes calmaran tu conciencia, y te lavaran de tus culpas. —

El ciudadano, ó el hombre en sociedad, no es menos depravado por la religion, que está siempre en contradicion con la sana moral. La naturaleza dice al hombre que es libre y que no hay poder sobre la tierra que tenga el derecho de privarle de su libertad: la religion le dice que es un esclavo condenado por su dios á gemir toda su vida. La naturaleza le dice que ame á su patria, que la sirva fielmente, y la defienda hasta con su vida: la religion le manda obedecer á los tiranos que oprimen esta patria, y que encadenan sus conciudanos bajo sus caprichos. No obstante, si el soberano no se hace ver bastante

obediente para con sus sacerdotes, la religion muda inmediatamente de lenguage; al instante manda á los vasallos que se rebelen, diciéndoles que vale mas obedecer á Dios que á los hombres. La naturaleza dice á los príncipes que no son mas que hombres, y que la voluntad publica es sola capaz de formar la ley : la religion les dice tan pronto que son unos semidioses, sagrados, como unos tiranos que el cielo irritado pide que se inmolen á su colera.

La religion corrompe los príncipes, y estos la ley, que por consiguiente es injusta ; todas las instituciones se corrompen, y la educacion no forma mas que hombres viles y preocupados. La naturaleza se pierde de vista, la virtud se hace una mera ilusion que se sacrifica facilmente á los menores intereses; y la religion, lejos de remediar á estos males, no hace mas que agravarlos. He aquí, como esta, y la política, no hacen mas que reunir sus esfuerzos, para corromper y envenenar el corazon del hombre. No nos extrañemos pues si la moral no consiste mas que en una especulacion esteril, que todo hombre, que no quiere ser desgraciado, tiene que abandonar : todas las instituciones humanas no parecen tener otro objeto mas que el de hacerlos viles y malvados. Los hombres no tienen buenas costumbres

mas que cuando renuncian á sus preocupaciones, y consultan la naturaleza. Pero los impulsos que sus almas reciben á cada instante de los móviles mas poderosos les obligan siempre á olvidar las reglas que la naturaleza les impone. Si sienten alguna vez el precio de una buena conducta, la experiencia no tarda en convencerles que esta puede ser un obstáculo invencible para la felicidad que su corazon no puede cesar de desear. En una sociedad corrompida, es preciso ser corrompido para ser dichoso.

Los ciudadanos engañados por sus guias espirituales y temporales, no conocieron ni la razon ni la virtud; esclavos de los dioses y de los hombres, tuvieron todos los vicios anejos á la servidumbre: los que predicaron las ventajas de la virtud, no conociéndola ellos mismos, no pudieron desengañarles de lo que creian falsamente que constituia su felicidad. En vano se les dijo que apagasen sus pasiones, que todo conspiraba en desencadenar; en vano tronaba el rayo de los dioses; los hombres no podian oir nada en medio del tumulto en que se hallaban. En breve se apercibieron que los dioses del olympo eran mucho menos terribles que los de la tierra; que los favores de estos procuraban mayor felicidad que las promesas de los otros; que las riquezas

de este mundo eran preferibles á las recompensas prometidas en el otro.

En una palabra, la sociedad corrompida por sus gefes, y guiada por sus caprichos, no pudo crear mas que unas criaturas corrompidas; por decontado no hizo mas que hacer ciudadanos avaros, ambiciosos, zelosos, disolutos, que no conocieron mas que el crimen vergonzoso, la bajeza recompensada, la incapacidad honrada, la fortuna adorada, y la rapiña favorecida; y que encontraron en todas partes el talentò mal recompensado, la virtud detestada, la verdad proscripta, la justicia olvidada, la moderacion y la miseria sufriendo bajo el peso de la injusticia.

En medio de este desorden, los preceptos de la moral no pudieron ser mas que unas declamaciones vagas, incapaces de convencer á nadie. Cuando la religion habla, nadie la escucha; sus dioses no son bastante fuertes para resistir al torrente; sus amenazas no pudieron detener unos corazones que todo inclinaba al mal; sus promesas, siempre prontas á lavar los mortales de sus iniquidades, les hacen perseverar en ellas; enfin, su zelo y sus disputas no hizieron mas que multiplicar y envenenar los males que afligen la sociedad. Todas las naciones estuvieron llenas de devotos y de muy pocos hombres de bien. Los gran-

des y pequeños escucharon la religion cuando pareció favorable á sus pasiones; pero, cuando las contradijo, no la quisieron oir. Siempre que fué opuesta á la moral, fué bien recibida; pero fué abandonada de que se le acercó. El despota la halla maravillosa cuando le asegura que es un dios sobre la tierra, y que sus vasallos no han nacido mas que para adorarle y servir sus caprichos; ademas que cree estar seguro que su dios le perdonará todo, así que consienta en recurrir á sus curas, que están siempre prontos á reconciliarlos. Los vasallos mas perversos se reposaron igualmente sobre los socorros divinos. Así la religion, lejos de contenerlos, no hace mas que animarlos; sus amenazas no pudieron destruir los malos efectos, que sus indignas lisonjas habian producido en los príncipes; estas amenazas no pudieron destruir los que estas expiaciones dieron á todos. Los soberanos, estando seguros del perdon, no temen á estos dioses; y creyéndose dioses ellos mismos, les parece que les es permitido el hacer cuanto quieran de los miseros mortales que viven bajo su yugo.

Si la naturaleza del hombre fuese consultada sobre la política, que las ideas sobrenaturales han depravado, rectificaria completamente las nociones falsas que se han formado de ella los soberanos y sus vasallos. Esta natu-

raleza les enseñaria que los mortales viven en sociedad para aumentar su felicidad; que el objeto de toda sociedad debe de ser el de su dicha y conservacion; que sin equidad no puede contener mas que enemigos; que el mayor enemigo del hombre es el que le pone en cadenas; que el mayor de todos los males es causado por los curas, que corrompen sus gefes y les aseguran el perdon de sus perversidades; y enfin, les probaria que la asociacion es una desgracia, bajo un gobierno injusto y destructor.

Si los príncipes estudiasen esta naturaleza, aprenderian á conocer que no son mas que unos meros hombres y no dioses, como lo creen; que su poder no depende mas que de la voluntad de los hombres; que no son mas que unos ciudadanos encargados de cuidar de la seguridad de todos; que las leyes no deben ser mas que las expresiones de la voluntad pública, y que no les es nunca permitido el contradecir la naturaleza, ó alterar el objeto invariable de la sociedad. Esta naturaleza, haria sentir á estos monarcas que, para ser verdaderamente grandes y poderosos, deben mandar á unas almas nobles y virtuosas, y no á hombres degradados por el despótismo y la supersticion. He aquí, como esta naturaleza soberana de todos los seres, y para quien todos

son iguales, podria hablar á unos de estos monarcas soberbios que la lisonja ha divinizado.

—Pigmeo que tan glorioso estas de mandar á otros pigmeos, ¿quien te ha asegurado que eras un dios? ¿Te han dicho que eras sobrenatural? pero sabe que no hay nada que me sea superior. Considera tu pequeñez, y la poca fuerza que puedes oponer al menor de mis golpes. Yo puedo romper tu cetro, quitarte la vida, reducir tu trono en polvo, disolver tu pueblo, y aun destruir la tierra que habitas; ¡y te crees un dios! Vuelve en tí mismo; confiesa que eres un hombre como el menor de tus vasallos. Sabe, y no olvides jamas, que eres el ministro de tu pueblo, y el conciudadano de aquellos á quien no mandas, mas que porque consienten en obedecerte con tal que hagas su felicidad. Reyna pues bajo estas condiciones; sé bienhechor y equitativo. Si quieres que tu poder esté seguro, no abuses jamas de él; sé el padre de tus pueblos, y te amaran como si fuesen tus hijos. Pero, si separas tus intereses de los suyos, si rehusas la felicidad que les debes, seras, como todos los tiranos, esclavo del temor y de las sospechas mas terribles; seras la víctima de tu misma locura, y tus pueblos, desesperados, cesaran de reconocer tu *poder divino*. En vano entonces re-

clamaras los socorros de la religion que te ha deificado: el cielo te abandonará al furor de los enemigos que tu frenesi te ha hecho. Los dioses no tienen poder alguno sobre mí, ni sobre mis decretos, que quieren que el hombre se irrite contra la causa de sus males. —

En una palabra, todo convencerá á los príncipes razonables que no necesitan del cielo para ser fielmente obedecidos sobre la tierra, que todas las fuerzas del olympo no podrán sostenerlos si son tiranos; que sus verdaderos amigos son los que ilustran los pueblos; que sus verdaderos enemigos son los que les adulan, que les allanan el camino del cielo, y les apartan de los sentimientos que deben á las naciones.

Vuelvo pues á repetir que, solo volviendo los hombres á la naturaleza, se les pueden dar algunas nociones evidentes y verdaderos conocimientos de las relaciones que les unen. El entendimiento humano, cegado por la teología, no ha hecho ningun adelanto: los sistemas religiosos le han hecho incierto sobre las verdades mejor demostradas. La supersticion fué la que corrompió todo. La filosofia, guiada por ella, no fué mas que una ciencia imaginaria, que dejó el mundo real para echarse en el imaginario; que despreció la naturaleza para ocuparse de los dioses y los

poderes invisibles, que no sirvieron mas que para obscurecer; en todas las dificultades hicieron intervenir la divinidad, lo que no hizo mas que embrollarlo todo. Las nociones teológicas no parecen haber sido inventadas mas que para extraviar la razon del hombre, confundir su juicio, hacerle falso, perverso, y quitarle las pocas ideas que podia tener de las ciencias. La lógica en las manos de los teólogos no fué mas que una jerigonza, destinada á sostener los sófismas y la mentira, y á contradecir las cosas mas palpables. La moral, como hemos visto, no es nunca cierta, porque está fundada sobre un ser que no está nunca de acuerdo consigo mismo, de quien la bondad, la justicia y las calidades morales han sido desmentidas por la conducta mas inicua y las órdenes mas barbaras. La política, gracias á las ideas falsas que fueron dadas á los soberanos de su dignidad, fué tambien corrompida: las leyes fueron sometidas á los caprichos de la religion, que detuvo el talento, el comercio, y todas las artes mas útiles. Todo fué sacrificado á los teólogos, que en pago enseñaron una metafísica obscura, que hizo correr la sangre de los pueblos incapaces de entenderla.

Enemiga de la experiencia, la teología, esta ciencia sobrenatural, fué un obstáculo inven-

cible para las ciencias, á quien estuvo casi siempre opuesta ; ni la física, la historia natural, ni la anatomia, la pudieron considerar mas que con los ojos de la supersticion ; los hechos mas evidentes fueron desechados con desden, desde que no concordaron con las hipótesis de la religion (1). En una palabra la teología se opuso sin cesar á los progresos del entendimiento humano, y á la libertad de pensar ; detuvo el hombre en la ignorancia, é hizo que todos sus pasos no fuesen mas que errores. ¿Que modo de resolver una qüestion física, es el de decir que un efecto que nos sorprende, que un fenómeno, un volcan, un diluvio y un cometa, son los efectos de la colera divina, ó unas obras contrarias á las leyes de la naturaleza? Con persuadir como se hace, á las naciones, que todas las calamidades que sufren son el efecto de la ira divina, se impide el que busquen remedios contra ella (2).

---

(1) Virgilio, obispo de Salzbourg, fué condenado por la Iglesia, por haberse atrevido á sostener la existencia de las antipodas. Todo el mundo sabe las persecuciones que Galileo sufrió por haber dicho que el sol no daba la vuelta de la tierra. Los curas tienen razon en ser enemigos de las ciencias, porque las luces no pueden serles favorables.

(2) En el año de 1725 la ciudad de Paris tuvo una dieta que casi sublevó la poblacion; santa Genoveva

¿Cuanto mas hubiera valido el estudiar la naturaleza de las cosas, y sacar de la industria humana algunos socorros contra los males que nos afligen, que atribuirlos á una voluntad que no conocemos? El estudio de la naturaleza, y por consiguiente el de la verdad, son propios á elevar el hombre, y á hacerle activo y laborioso, en igual que las nociones teológicas le envilecen y desalientan (1). En vez de atribuir la guerra, los contagios, las hambres y esterilidades á la venganza divina, ¿cuanto mas hubiera valido que supiesen que todos estos males no eran debidos mas que á sus locuras, sus pasiones y á sus príncipes, que sacrifican las naciones enteras á sus delirios? Estos pueblos insentatos, en igual de pasar su tiempo en purgarse de sus delitos imaginarios, y en tratar de hacerse favorables los poderes celestes, hubieran buscado en una administracion mas razonable los verdaderos modos de impedir sus males de que son las

---

fué paseada por toda la ciudad para que hiciese cesar el hambre, que habia sido causada por el primer ministro, que necesitaba dinero para satisfacer los caprichos de su querida.

(1) *Non enim aliundè venit animo robur quàm à bonis artibus, quàm à contemplatione naturæ.* Sen. *Quæst. natur.* lib. VI. cap. 32.

víctimas. Los males naturales requieren unos remedios naturales; ¿como es posible que la experiencia no haya desimpresionado ya á los mortales de sus remedios sobrenaturales, sus expiaciones, sus ruegos, sus sacrificios, sus ayunos, sus procesiones, etc. en que, por tanto tiempo, han creido todos los pueblos de la tierra?

Digamos pues, que la teología y sus nociones, lejos de ser útiles al género humano, son los verdaderos manantiales de los males del universo, de los errores que le ciegan, de las preocupaciones que le entorpecen, de la ignorancia que le hace crédulo, de los vicios que le atormentan, y de los gobiernos que le oprimen; que las ideas sobrenaturales y divinas que se nos inspiran desde la infancia, son las verdaderas causas de nuestra sinrazon habitual, de nuestras disputas religiosas, de nuestras disensiones sagradas, y de nuestras persecuciones inhumanas. Reconozcamos enfin que son estas funestas ideas, las que han obscurecido la moral, corrompido la política, atrasado los progresos de las ciencias, y destruido la felicidad y la paz en el corazon del hombre. Que no se disimule mas tiempo el que todas las calamidades que le hacen dirigir sus ojos bañados de lagrimas hácia el cielo, son debidas á las vanas fantasmas que su imaginacion ha

colocado en él; que cese pues de implorarlas, y busque en la naturaleza y en su propia energía los recursos que unos dioses sordos no le procurarán nunca. Que consulte los deseos de su corazon, y sabrá lo que se debe á sí mismo y á los demas; que exâmine la esencia y el objeto de la sociedad, y no será mas esclavo; y enfin, que consulte la experiencia, y hallará la verdad, y reconocerá que el error no le puede nunca hacer dichoso.(1)

---

(1) El autor del libro de la Sabiduría ha dicho con razon: *Infandorum enim idolorum cultura omnis mali est causa, et initium, et finis.* Véase cap. XXVI, v. 27. No notaba él que su dios era un idolo mas dañoso que todos los otros. Ademas, parece que todos los peligros de la supersticion han sido sentidos por todos aquellos que han tomado verdaderamente los intereses del género humano; y hé aquí porque, sin duda, la filosofia, que es el fruto de la reflexion, estuvo casi siempre en guerra abierta con la religion, la que, como se ha hecho ver, es el fruto de la ignorancia, de la impostura, del entusiasmo y de la imaginacion.

CAPITULO X.

LOS HOMBRES NO PUEDEN SACAR NINGUN FRUTO DE LAS IDEAS QUE LES DAN DE LA DIVINIDAD; DE LA INCONSECUENCIA, INUTILIDAD DE SU CONDUCTA CON RESPETO A ELLA.

Si, como se acaba de probar, las ideas falsas que en todos tiempos se han formado de la divinidad, lejos de ser útiles, son nocivas á la moral, á la política, á la felicidad de las sociedades y de los miembros que las componen, y enfin á los progresos de los conocimientos humanos; la razon y nuestro interes deberian hacernos sentir que es menester desterrar de nuestro entendimiento unas vanas opiniones que no serán nunca propias mas que para confundirlo y para turbar nuestro corazon. En vano se lisongearán de poder llegar á rectificar las nociones teológicas, falsas en sus principios, porque no son capaces de reforma. Bajo cualquier aspecto que

se presente un error, tan luego como los hombres le den importancia, es seguro que temprano ó tarde les acarreará unas consecuencias tan grandes como peligrosas. Ademas, la inutilidad de las indagaciones que en todas epocas se han hecho sobre la divinidad, cuyas nociones no han hecho nunca mas que obscurecerse cada vez mas para aquellos mismos que las habian mas meditado; esta inutilidad, digo, ¿no debe convencernos de que estas nociones no son de nuestro alcanze, y que este ser imaginario no será conocido mejor por nosotros ni por nuestros descendientes, que lo ha sido por nuestros antepasados, los mas salvages y los mas ignorantes? El objeto sobre el cual en todos tiempos se ha delirado mas, se ha raciocinado mas, y se ha escrito mas, queda siempre el menos conocido, y al contrario, el tiempo le ha hecho mas imposible de concebir. Si Dios es tal, cual la teología moderna nos lo pinta, es necesario ser por sí mismo un dios, para formarse una idea de él. (1) Apénas conocemos al hombre; apé-

(1) Un poeta moderno ha hecho unos versos que han sido coronados por la Academia, sobre los atributos de Dios, en los que sobre todo se ha aplaudido este: *Para decir lo que él es, es necesario ser él mismo.*

nas nos conocemos á nosotros mismos, ¡ y ¡queremos raciocinar sobre un ser inaccesible á nuestros sentidos! Marchemos en paz por el camino que la naturaleza nos ha trazado, y no nos separemos de él para correr tras de quimeras; ocupémonos de nuestra felicidad real; aprovechémonos de los bienes que nos han sido concedidos; trabajemos para multiplicarlos, desminuyendo el número de nuestros errores; sometámonos á los males que no podemos evitar, y no vayamos á aumentarlos, llenando nuestro entendimiento de preocupaciones capaces de descarriarlo. Cuando querramos reflexionarlo, todo nos probará que la pretendida ciencia de Dios no es á la verdad mas que una ignorancia presuntuosa, disfrazada bajo unas palabras pomposas é ininteligibles. Finalmente, acabemos de hacer indagaciones infructuosas, y reconozcamos á lo menos nuestra ignorancia invencible, que nos será mas provechosa que una ciencia arrogante, que hasta ahora no ha hecho otra cosa mas que sembrar la discordia sobre la tierra y la afliccion en todos los corazones.

Si suponemos que hay una inteligencia soberana que gobierna el mundo, y que hay un dios que exige de sus criaturas el que le conozcan, que esten convencidas de su existen-

cia, de su sabiduría, de su poder, y que quiere que le rindan homenage, será preciso convenir que no hay ningun hombre sobre la tierra que llene estas miras de la providencia. En efecto, nada hay mas demostrado que la imposibilidad en que se hallan los mismos teólogos para hacerse cualquiera idea de su divinidad. (1) La debilidad y la obscuridad de las pruebas que dan de su existencia, las contradicciones en que caen, y los sofismas y peticiones de los principios que emplean, nos prueban evidentemente que están muy á menudo en las mayores incertidumbres sobre la naturaleza del ser de quien es de su profesion el ocuparse. Pero, concediéndoles que le conocen, que su existencia, su esencia y sus atributos les son plenamente demostrados hasta el punto de no quedarles la menor duda en su entendimiento, ¿ disfruta el resto de los humanos de esta misma ventaja? y de buena fé, ¿cuantas personas se encuentran en el mundo

---

(1) Procope, el primer obispo de los Godos, dice muy formalmente : *Creo que es una temeridad bien loca la de querer penetrar en el conocimiento de la naturaleza de Dios.* Y mas allá reconoce *que no tiene otra cosa que decir de él, sino que es perfectamente bueno : el que sepa mas, bien sea eclesiastico ó bien secular, no tiene mas que decirlo.*

que tengan el tiempo, la capacidad y la penetracion necesaria para entender lo que se les quiere designar bajo el nombre de un ser inmaterial, de un espíritu puro que mueve la materia sin ser él mismo materia, y que es el motor de la naturaleza sin estar en ella y sin poderla tocar? ¿Hay muchas personas en las sociedades mas religiosas que esten en estado de seguir sus guias espirituales, en las pruebas sútiles que les dan de la existencia del dios que le hacen adorar?

Pocos hombres sin duda son capaces de una meditacion profunda y continua; y el ejercicio del pensamiento es para la mayor parte de ellos un trabajo tan oneroso como inusitado. El pueblo, forzado á trabajar para subsistir, es comunmente incapaz de reflexionar. Los grandes, la gente del mundo, las mugeres, y los jóvenes ocupados de sus negocios, del cuidado de satisfacer sus pasiones, y de procurarse los placeres, piensan tambien tan raramente como el vulgo. No hay, puede ser, dos hombres entre cien mil, que no se hayan preguntado á sí mismos muy seriamente, lo que entienden por la palabra *Dios*, mientras que es muy raro el hallar una persona para quien su existencia es un problema; sin embargo, como ya se lleva dicho, la conviccion supone la existencia, la que sola

puede procurar la certeza al entendimiento. ¿A donde están pues los hombres convencidos de la existencia de su Dios? ¿Quienes son aquellos en quienes hallaremos una certeza completa de esta pretendida verdad, tan importante para todos? ¿Cuales son los personages que se han tomado cuenta de las ideas que se forman de la divinidad, de sus atributos y de su esencia? Yo no veo por todas partes mas que algunos especuladores, que, á fuerza de ocuparse de ella, han creido locamente aclarar alguna cosa con las ideas confusas y escapadas de su imaginacion; han procurado formar de ellas un conjunto al cual, aunque quimérico, se han acostumbrado, como realmente existente; y á fuerza de prevaricar, se han persuadido algunas veces que habian visto clara y distintamente, y han logrado el hacerlo creer á otros que no habian delirado tanto como ellos.

La palabra sola basta para que los pueblos enteros adoren el dios de sus padres y de sus sacerdotes; la autoridad, la confianza, la sumision y la costumbre les sirve de conviccion y de pruebas; se prosternan y ruegan, porque sus padres les han enseñado á prosternarse y á rogar; pero, ¿porque se han puesto estos de rodillas? ¿Porque, en unos tiempos muy lejanos, sus legisladores y sus guias les han hecho

un deber de ello? — Adorad y creed, les han dicho, unos dioses que no podeis comprehender; fiaos á nuestra profunda sabiduría; nosotros sabemos mas que vosotros lo que es la divinidad.—Pero, ¿porque debo fiarme en vos y creeros?—Es porque Dios lo quiere así, y que os castigará si osais resistirnos.—Pero este dios ¿no es la cosa de que se trata? Sin embargo los hombres se pagaron siempre de este lenguage vicioso, y la pereza de su entendimiento les hizo hallar que era mas corto el conformarse al juício de los demas. Todas las nociones religiosas son fundadas unicamente sobre la autoridad; todas las religiones del mundo prohiben el exámen de ellas, y no quieren que se raciocine: la autoridad es la que quiere que se crea en Dios, y este dios no está fundado mas que sobre la autoridad de algunos hombres que pretenden conocerle, y venir de su parte á anunciarle sobre la tierra. Un dios, hecho por los hombres, tiene sin duda necesidad de ellos, para darse á conocer el en mundo. (1)

---

(1) Los hombres son siempre crédulos como unos niños sobre los objetos relativos á la religion; como no comprehenden nada de ella, y no obstante se les ha dicho que era preciso el creer, se imaginan que no aventuran nada en unir sus sentimientos á los de

¿Porque la conviccion de la existencia de un dios seria solamente reservada para los sacerdotes, los inspirados y los metafísicos-siendo así que es tan necesaria, segun se dice, para todo el género humano? ¿Pero encontramos acaso alguna armonía entre las opi-

---

sus sacerdotes, quienes suponen haber podido adivinar lo que ellos mismos no entienden. Las personas mas sensatas se dicen entre si : *¿que se sabe? ¿ que interes tendria tanta gente en enganarnos?* Yo les diré : Os engañan, ó bien porque ellos vivan engañados, ó bien porque es de su mayor interes el engañarnos.

Confesado por los mismos teólogos, los hombres no tienen *religion;* no tienen mas que *supersticion*. Esta, segun ellos, *es un culto mal entendido y desrazonable de la divinidad*; ó bien *un culto dado á una falsa divinidad*. Pero, ¿cual es el pueblo ó el clero que convendrá que su divinidad es falsa y su culto fuera de razon? ¿Como se ha de decidir el que la tiene ó no? Es evidente que en esta materia todos están igualmente fuera de ella. En efecto, Budæus en su *Tratado del Ateismo* nos dice que « para que una religion sea verdadera, no solamente el objeto de su culto debe » serlo, sino que es menester tener tambien una idea » justa de él. Aquel pues que adora á Dios sin conocerle, lo adora de un modo perverso y corrompido, » y es culpable de supersticion. » Sentado esto, no¿podremos preguntar á todos los teólogos del mundo, si pueden alabarse de tener una idea justa ó un conocimiento real de la divinidad?

niones teológicas de diferentes inspirados y de otros que tanto piensan? Estos mismos que hacen profesion de adorar á su dios, ¿están bien de acuerdo en cuanto á él? ¿están contentos con las pruebas que sus colegas les dan sobre su existencia? Suscriben unanimemente á las ideas que presentan sobre su naturaleza, su conducta y la manera de entender sus pretendidos oráculos? ¿Hay algun parage sobre la tierra en donde la ciencia de Dios se haya perfeccionado realmente? ¿y ha tomado en alguna parte la consistencia y la uniformidad que vemos que toman los conocimientos humanos, las artes mas sútiles y los oficios mas bajos? Las palabras de *entendimiento, inmaterialidad, creacion, predestinacion* y *gracia;* esta caterva de distinciones sútiles de que la teologia está llena, y estas invenciones tan ingeniosas, imaginadas por unos cabálistas que vivian ha tantos siglos, no han hecho en algunos pueblos mas que enredar las cosas, y nunca la ciencia mas necesaria al hombre ha podido hasta ahora formarse una base. Desde millares de años unos cabálistas ociosos se han juntado alternativamente y sin interupcion, para meditar sobre la divinidad, para adivinar sus vias ócultas, y para inventar unas hipótesis propias á desenrollar este enigma importante. El poco suceso

de sus tareas no ha desanimado en nada la vanidad teológica; siempre se ha hablado de Dios; por él ha habido disputas; por él se han degollado, y siempre este ser tan sublime queda el mas ignorado y el mas discutido. (1)

Los hombres hubieran sido demasiado dichosos, si limitándose á los objetos visibles que le interesan, hubiesen empleado para perfeccionar sus ciencias reales, sus leyes, su moral y su educacion, la mitad de los esfuerzos que han hecho para hacer indagaciones sobre la divinidad. Hubieran sido aun mas sabios y venturosos, si hubiesen podido con-

---

(1) Si exâminasen las cosas con serenidad y á sangre fria, se reconoceria que la religion no es hecha de modo alguno para el mayor número de los hombres, quienes están en la imposibilidad de comprehender nada de las sutilezas aereas sobre que está apoyada. ¿Cual es el hombre que concibe alguna cosa en los principios fundamentales de su religion, en la *espiritualidad* de Dios, en la *inmaterialidad* del alma, y en los *misterios* de que todos los dias se le habla? ¿Habrá muchos que puedan alabarse de conocer el estado de la qüestion en las especulaciones teológicas, que tienen el poder, con bastante freqüencia, de turbar el reposo de los pueblos? Pues con todo, hasta las mugeres se creen obligadas de tomar parte en unas riñas excitadas por contempladores ociosos, menos útiles á la sociedad que el mas vil de los artesanos.

sentir en dejar á sus guias desocupados disputarse entre ellos mismos, y sondar unas profundidades capaces de aturdirlos, sin mezclarse de sus disputas insensatas. Pero es de la esencia de la ignorancia el dar siempre importancia á todo lo que no se comprehende; la vanidad humana hace endurecer el entendimiento contra las dificultades, y cuanto mas un objeto se oculta de nosotros, mayores son nuestros esfuerzos para cogerle, porque desde entonces aguijona nuestro orgullo, irrita nuestra curiosidad, y nos parece interesante. Por otra parte, cuanto mas largas y laboriosas han sido nuestras pesquisas, mas importancia damos á nuestros descubrimientos, verdaderos ó falsos; nunca queremos haber perdido el tiempo, y estamos siempre prontos para defender con calor la verdad del juicio que hemos formado. No nos sorprehendamos pues del interes que los pueblos ignorantes han tomado siempre en las disputas de sus sacerdotes, ni de la terquedad que estos han manifestado en ellas; pues que, combatiendo por su dios, cada uno en efecto no combate sino por el interes de su propia vanidad, la que, entre todas las pasiones humanas, es la que mas pronto se alarma, y la mas propia á producir locuras.

Si, desviando por un momento las ideas tristes que la teología nos dá de un dios capri-

choso, cuyos decretos parciales y despóticos deciden de la suerte de los humanos, no queremos fijar nuestros ojos mas que sobre la bondad pretendida que todos los hombres, aun temblando en su presencia, se empeñan en darle; si le suponemos el proyecto que se le dá, de no haber trabajado mas que para su propia gloria, de exigir homenages de los seres inteligentes, y de no buscar en sus obras mas que el bien estar del género humano, ¿como se conciliarán estas miras y estas disposiciones, con la ignorancia verdaderamente invencible en la que este dios, tan glorioso y tan bueno, deja á la mayor parte de los hombres en cuanto á él? Si Dios quiere ser conocido, querido, y que se le den gracias, ¿porque no se muestra bajo un aspecto favorable á todos los seres inteligentes de quienes quiere ser amado y adorado? ¿Porque no se manifiesta á toda la tierra de un modo nada equívoco, mucho mas capaz de convencernos, que todas estas revelaciones particulares, que parecen acusar á la divinidad de una cruel parcialidad para con algunas de sus criaturas? Que! ¿No tendrá el todo-poderoso unos medios mas convincentes para darse á conocer á los hombres, que estas metamórfosis ridículas y estas encarnaciones pretendidas, atestadas solo por unos escritores que están en continua contradicion en todo cuanto

de él nos dicen? En lugar de tantos milagros inventados para probar la mision divina, de tantos legisladores reverenciados por los diferentes pueblos del mundo, ¿no podria de una vez el soberano de los espíritus, convencer al entendimiento humano de las cosas que queria hacerle conocer? En vez de suspender un sol en la bóveda del firmamento, y de derramar sin orden las estrellas y las constelaciones que llenan el espacio, ¿no hubiera sido mejor y mas conforme a las miras de un dios tan celoso de su gloria, y tan bien intencionado para el hombre, el escrivir de un modo claro y exénto de toda disputa su nombre, sus atributos y sus voluntades permanentes, con carácteres indelebiles y legibles para todos los habitantes de la tierra? (1) Nadie entonces hubiera podido dudar de la existencia de un dios, de sus voluntades, ni de sus intenciones visibles;

---

(1) Preveo de antemano que los teólogos opondrán á este pasage su *Cœli enarrant gloriam Dei*. Pero se les responderá que los cielos no pueden nada, y si la potencia de la naturaleza, la inmutabilidad de sus leyes, la fuerza de la atraccion, de la repulsion, de la gravitacion y la energía de la materia; y que los cielos no anuncian de manera alguna la existencia de una causa inmaterial, de un agente imposible, ni de un dios que se contradice, y que nunca puede hacer lo que quiere

bajo los ojos de este ser tan sensible, nadie hubiera tenido la audacia de violar sus órdenes; ningun mortal hubiera osado ponerse en el caso de atraerse su cólera; enfin ningun hombre se hubiera atrevido á valerse de la impostura, ni á interpretar sus voluntades á medida de su fantasía.

La teología es verdaderamente el *tonel de las Danaides*: á fuerza de calidades contradictorias y de aserciones cásuales, ha por decirlo así, encadenado á su dios de tal manera, que le ha puesto en la imposibilidad de obrar. En efecto, aunque se supusiese la existencia del dios teológico, y la realidad de los atributos tan discordantes que se le dan, no se puede decidir nada que autorice la conducta ó los cultos que prescribe. Si es infinitamente bueno, ¿que razon tendriamos para temerle? Si es infinitamente sabio, ¿que tenemos que hacerle presente nuestras necesidades y cansarle con plegarias? Si está en todas partes, ¿para que se le han de elevar templos? Si es el dueño de todo, ¿para que dedicarle sacrificios y ofrendas? Si es justo, ¿como se ha de creer de que castigue á unas criaturas que ha llenado de debilidades? Si su gracia hace todo en ellas, ¿que razon habria para recompensarlas? Si es todo-poderoso, ¿como se le ha de poder ofender y resistir? Si es razonable, ¿como

se pone colérico contra unos ciegos á quienes ha dejado la libertad de disparatar? Si es inmutable, ¿que derecho tenemos para hacerle cambiar sus decretos? Si es inconcebible, ¿para que ocuparnos de él? Si ha hablado, ¿porque no está convencido el universo? Y si el conocimiento de un dios es lo mas necesario, ¿porque, enfin, no es el mas evidente y mas claro?

Pero, por otra parte, el dios teológico tiene dos caras; no obstante, si es colérico, embidioso, vengativo y malo (como la teología le supone, sin querer convenir en ello), no estaremos por esto mas autorizados para dirigirle nuestros votos, ni para ocuparnos tristemente de su idea; al contrario, para nuestra felicidad presente y para nuestro descanso, deberiamos procurar el desterrarle de nuestro pensamiento, y ponerle en el rango de los males necesarios que se agravan cuanto mas se piensa en ellos. En efecto, si Dios es un tirano, ¿como es posible el amarle? ¿No son el afecto y la ternura unos sentimientos incompatibles con un temor habitual? ¿Como se puede amar á un amo que dá á sus esclavos la libertad de ofenderle, al fin de hallar luego en ellos un defecto para castigarles con la mayor barbarie? Si á este caracter odioso une Dios el *todo-poder*; si tiene en sus manos los juguetes

desgraciados de su crueldad caprichosa, ¿que se puede pensar en conclusion? Nada, porque cualquier esfuerzo que pudiesemos hacer para escaparnos de nuestro destino, seria nulo, y no podriamos nunca sustraernos á él. Si un dios cruel ó malo por su naturaleza, está armado del poder infinito, y quiere por su gusto hacernos miserables para siempre, nada podrá evitarlo; su maldad tendrá siempre su curso; su malicia le impediria sin duda, el ser sensible á nuestros gritos, y así, nada podria aplacar su corazon inhumano.

De modo que bajo cualquier aspeto que miremos el dios teológico, ningun culto tenemos que darle, ni ninguna súplica que hacerle; porque si es soberanamente bueno, inteligente, equitativo y sabio, ¿que es lo que tenemos que pedirle? Si es soberanamente malo, y gratuitamente cruel (como todos los hombres lo piensan sin atreverse á confesarlo), nuestros males son sin remedio; pues que un dios semejante se burlaria de nuestros ruegos, y temprano ó tarde seria preciso sufrir el rigor de la suerte que nos destina.

Sentado esto, aquel que puede desengañarse de las nociones aflictivas de la divinidad, tiene sobre el supersticioso, crédulo y trémulo, la ventaja de establecer en este mundo la tranquilidad en su corazon, la que hace á lo me-

nar que sea mas feliz en esta vida. Si el estudio de la naturaleza ha hecho que desaparezcan para él las quimeras de que el supersticioso está infestado, goza de una seguridad de la que este está privado. Si consulta esta naturaleza, sus temores se disipan, sus opiniones verdaderas ó falsas se fijan, y la serenidad se pone en el lugar de las tempestades que unos terrores pánicos y unas nociones flotantes excitan en el corazon de todo hombre que se ocupa de la divinidad. Si el alma tranquila del filósofo se atreve á considerar las cosas á sangre fria, no vé mas que el universo gobernado por un tirano implacable, pronto siempre á castigar; si es razonable, vé que cometiendo el mal, no pone á la naturaleza en desorden, no ultraja á su motor; se daña á sí mismo, ó á unos seres capaces de sentir los efectos de su conducta; reconoce entonces la regla de sus deberes; prefiere la virtud al vicio, y para su propio reposo, su satisfaccion y su felicidad permanente en este mundo, se siente interesado en practicar la virtud, en hacerla habitual en su corazon, en huir el vicio, y en detestar el crimen, durante su permanencia entre los seres inteligentes y sensibles de quienes espera su dicha. Fijandose sobre estas reglas, vivirá contento de sí mismo, y querido de todos aquellos que esten inmediatos y en

el caso de experimentar la influencia de sus acciones; esperará sin inquietud el término de su existencia; no tendrá motivos para temer la que remplace á la de que actualmente disfruta, ni para creer que se ha engañado en sus razonamientos guiados por la evidencia y buena fé, y comprenderá que, si inesperadamente existiese un dios bueno, no podria castigarle de sus errores involuntarios y dependientes solamente de la organizacion que habria recibido.

En efecto, si existiese un dios, y que fuese un ser lleno de razon, de equidad, de bondad, y no un genio feroz, insensato, y malhechor, tal que la religion se complace tan freqüentemente en demostrar, ¿que tendria que temer un ateo virtuoso, que, creyendo en el momento de su muerte dormirse para siempre, se hallase en la presencia de un dios á quien hubiese desconocido y descuidado todo el tiempo de su vida?

—¡O Dios, diria, padre que te has hecho invisible á tu hijo, motor inconcebible y oculto que no hé podido descubrir! perdona si mi entendimiento limitado no ha podido reconocerte en una naturaleza donde todo me ha parecido necesario; perdona si mi corazon sensible no ha podido descifrar tus rasgos augustos bajo los de el tirano feroz que el su-

persticioso adora temblando ; yo no hé podido ver mas que una verdadera fantasma en este conjunto de calidades inconciliables con que la imaginacion la habia revestido. ¿ Como era posible el que mis ojos groseros te percibiesen en una naturaleza donde todos mis sentidos no han podido conocer nunca mas que unos seres materiales y unas formas perecederas ? ¿ Podia yo, con la ayuda de mis sentidos, descubrir tu esencia espiritual, que no podian someter á la experiencia ? ¿ Como podia hallar las pruebas constantes de tu bondad en tus obras, cuando las veia tan pronto nocivas como favorables para los seres de mi especie? Mi débil cerebro,forzado á juzgar por sí mismo, ¿ podia acaso hacerlo con acierto de tu plan, de tu sabiduría y de tu inteligencia, mientras que el universo no me presentaba mas que una mezcla constante de orden y de desorden, de bienes y de males, de formaciones y destrucciones ? ¿ Hé debido ó podido rendir homenage á tu justicia, mientras veia casi siempre el crimen triunfante , y la virtud gimiendo entre sollozos y llantos ? Podia yo reconocer la voz de un ser lleno de sabiduría, en sus oráculos ambiguos, contradictorios y pueriles que unos impostores publicaban en tu nombre en los diferentes parages de la tierra que acabo de dejar ? Si hé rehusado el creer

en tu existencia, es porque no hé sabido ni lo que tu podias ser, ni donde te podian colocar, ni las calidades que podian asignarte. Mi ignorancia es perdonable, porque fué invencible; mi entendimiento no ha podido doblarse bajo la autoridad de algunos hombres que se reconocian con tan pocos conocimientos como yo sobre tu esencia, y que siempre en disputa entre sí, no se ponian de acuerdo mas que para gritar imperiosamente, al fin de que les sacrificase la razon que tu me habias dado.

Pero, ¡ó Dios! si tu quieres á tus criaturas, yo las hé querido como tu, y he procurado hacerlas dichosas en la esfera en que hé vivido. Si tu eres el autor de la razon, yo siempre la hé escuchado y seguido; si la virtud es de tu agrado, mi corazon la ha honrado siempre; nunca la hé ultrajado, y cuando mis fuerzas lo han permitido la hé practicado; fui esposo y padre tierno, amigo sincero y verdadero, ciudadano fiel y zeloso; hé alargado mi mano caritativa al desgraciado, y hé consolado al afligido. Si las debilidades de mi naturaleza han sido dañosas para mí mismo, ó incómodas para los demas, jamas hé hecho gemir al desgraciado bajo el peso de mis injusticias, devorado la substancia del pobre, visto sin piedad las lagrimas de la viuda, ni

escuchado sin enternecerme los llantos del huerfano. Si tu hiciste al hombre sociable, y quisiste que la sociedad subsistiese y fuese dichosa, yo hé sido el enemigo de todos aquellos que la oprimian ó la engañaban para aprovecharse de sus desgracias.

Si hé pensado mal de tí, es porque mi entendimiento no ha podido concebirte, y si hé hablado mal, es porque mi corazon demasiado humano, se ha rebelado contra el retrato horrendo que de tí le hacian. Mis extravios han sido los efectos del temperamento que me habias dado, de las circunstancias en las cuales sin mi consentimiento me has colocado, y de las ideas que á pesar mio han entrado en mi espíritu. Si eres bueno y justo, como lo aseguran, no puedes castigarme del enagenamiento de mi imaginacion, ni de las faltas causadas por mis pasiones, pues que son los resultados necesarios de la organizacion que habia recibido de tí. Así, yo no debo temerte, ni tampoco la suerte que me preparas; tu bondad no puede haber permitido el que yo pudiese merecer ningun castigo por unos extravios inevitables. ¿Porque no me rehusaste el ser, antes que llamarme para ser colocado en el rango de los seres inteligentes, y gozar en él de la libertad de hacerme yo mismo infeliz? Si me castigases eternamente con rigor por haber es

cuchado la razon que me habias dado ; si me castigases por mis ilusiones, y te pones colérico porque mi debilidad ha caído en las redes que tu me habias tendido en todas partes, seras el mas cruel y mas injusto de los tiranos ; no seras un dios, pero sí un demonio malhechor, á cuya ley tendré por fuerza que someterme, y de quien tendré que saciar la barbarie, pero de quien me aplaudiré de haber sacudido el yugo insuportable, á lo menos por algun tiempo. —

De este modo, es como podria hablar un discípulo de la naturaleza, que, transportado á las regiones imaginarias, hallase á un dios cuyas nociones fuesen directamente contrarias á las que la sabiduría, la bondad, y la justicia nos imbuyen aquí bajo. En efecto, la teología no parece ser inventada mas que para trastornar en nuestro espíritu todas las ideas naturales ; y parece que esta ciencia ilusoria se ha tomado expresamente el cargo de hacer de su dios el ser mas contradictorio á la razon humana, sin embargo de que es con arreglo á esta, que debemos necesariamente juzgar en este mundo ; pues que si en el otro no hay nada que se le parezca ni sea conforme, no hay nada tampoco que sea mas ma•inutil que el que pensemos y raciocinemos sobre él. Ademas, ¿como hemos de creer á unos hombres

que no pueden juzgar con mas acierto que nosotros mismos?

Sea lo que quiera, si suponemos que Dios es el autor de todo, nada hay de mas ridículo que la idea de agradarle ó de irritarle con nuestras acciones, nuestros pensamientos y nuestras palabras, ni nada de mas inconsecuente que el imaginarse que el hombre, que es obra suya, pueda merecer ó desmerecer en cuanto á él. Es evidente que no puede dañar á un ser todo-poderoso, y soberanamente dichoso por su esencia; y que no puede desagradar á aquel á quien debe lo que es; que sus pasiones, sus deseos y sus inclinaciones son las consecuencias necesarias de la organizacion que ha recibido, y que los motivos que determinan su voluntad á hacer bien ó mal, son debidos á las calidades hereditarias, y á los seres que Dios coloca al rededor de él. Si quien nos ha hecho, es un ser inteligente, que nos ha dado unos órganos, que nos ha colocado en las circunstancias en que estamos, y que ha dado las propiedades á las causas que, obrando sobre nosotros, modifican nuestras voluntades, ¿como podemos ofenderle? Si tengo el alma tierna, sensible y compatible, es porque hé recibido de Dios unos órganos fáciles de conmover, de los que

resulta una imaginacion viva, que la educacion ha cultivado; y si soy insensible y duro, es porque la naturaleza no me ha dado mas que unos órganos rebeldes, de los que resultan una imaginacion poco sensible, y un corazon dificil de enternecer. Si profeso una religion, es porque la hé recibido de unos padres, de quienes no dependia de mí el nacer, que la profesaban antes que yo, y cuya autoridad, ejemplos é instrucciones han obligado á mi espíritu á conformarse al suyo; y si soy incrédulo, es porque, poco capaz de temer ni entusiasmarme por cosas desconocidas, mis circunstancias han querido que me desengañase de las ilusiones de mi niñez.

Luego, por no reflexionar sobre estos principios, es por lo que los teólogos dicen que el hombre puede agradar ó desagradar al Dios poderoso que le ha formado. Aquellos que creen merecer ó desmerecer de su dios, se imaginan de que este ser les será agradecido de la organizacion que él mismo les ha dado, y que les castigará por aquella que les ha rehusado. En consecuencia de esta idea tan extravagante, el devoto afectuoso y tierno se lisongea de ser recompensado por la viveza de su imaginacion. El devoto zeloso no duda de que su dios le recompensará un dia por la acritud de su bilis ó el calor de su sangre.

El penitente, el frenético y el atrabilario se imaginan que su dios les tendrá presentes las locuras que su organizacion viciosa, ó su fanátismo, les ha hecho cometer, y que estará contento sobre todo de la tristeza de su humor, de la gravedad de su postura, y de su enemistad por los placeres. El devoto, el zeloso y el pendenciero obstinado, no pueden persuadirse el que su dios, que fué siempre su propio módelo, pueda ser favorable para aquel que tiene mas flema, menos bilis, y una sangre menos ardiente en su composicion. Cada mortal cree que su propia organizacion es la mejor, y la mas conforme á la de su dios.

¡Que ideas tan extrañas deben tener de su divinidad estos ciegos mortales, cuando se imaginan que el dueño de todo puede ofenderse de los movimientos que pasan en sus cuerpos y en su entendimiento! ¡Que de contradicciones no sufrirán al pensar que su felicidad inalterable puede ser turbada, ó su plan trastornado por unos movimientos violentos, aunque pasageros, que experimentan las fibras imperceptibles del cerebro de una de sus criaturas! A la verdad, la teología nos dá unas ideas bien innobles de un dios de quien, sin embargo, no cesa de exáltar el poder, la grandeza y la bondad.

Sin que haya un trastorno muy señalado

en nuestros órganos, nuestros sentimientos no varian, sino muy poco, sobre los objetos que nuestros sentidos, la experiencia y la razon nos tienen bien demostrados. En cualquiera circunstancia en que nos hallemos, nunca tenemos la menor duda sobre la blancura de la nieve, sobre la luz del dia, ni sobre la utilidad de la virtud. No sucede así con los objetos que dependen unicamente de nuestra imaginacion, y que no nos son probados, con el testimonio constante de nuestros sentidos. A estos los juzgamos diversamente, y segun las disposiciones en que nos hallamos; estas varian en razon de las impresiones involuntarias que nuestros órganos reciben á cada momento de la parte de una infinidad de causas, bien sean exteriores en nosotros, ó bien encerradas en nuestra propia máquina. Estos órganos son, sin que lo sepamos, perpetuamente modificados, relajados ó extendidos por mas ó menos densidad ó elasticidad en el aire, por el frio ó el calor, la sequedad ó la humedad, la salud ó enfermedad, el calor de la sangre, la abundancia de la bilis, el estado del sistema nervioso, etc. Estas diferentes causas influyen necesariamente sobre las ideas, los pensamientos, y las opiniones momentaneas del hombre; y por consiguiente este está obligado á ver diversamente los objetos que su

imaginacion le presenta sin que pueda de ningun modo enderezarla con la experiencia y la memoria. Este es el motivo por que el hombre está obligado á considerar continuamente á su dios y sus ilusiones religiosas bajo unos aspectos diferentes: en un momento en que sus fibras se hallen dispuestas para temblar, será cobarde y pusilánime, y no pensará en este dios mas que con temor; y en otro instante en que estas mismas fibras sean mas firmes, le contemplará con mucha sangre fria. El teólogo ó el sacerdote llamará su pusilanimidad *sentimiento interior, aviso del ser supremo, inspiracion divina;* pero aquel que conoce al hombre, dirá que no es otra cosa mas que un movimiento máquinal, producido por una causa física ó natural En efecto, un puro mecánismo físico, basta para explicar todas las revoluciones que se hacen muchas veces de un momento á otro, en los sistemas, en las opiniones, y en los juicios de los hombres; por cuya razon se les vé que tan pronto raciocinan con acierto, como disparatan.

De este modo es como, sin recurrir á las gracias, á las inspiraciones, á las visiones y á los movimientos sobrenaturales, podemos darnos cuenta de los estados inciertos en que vemos caer algunas veces varias personas muy

instruidas, sobre todo cuando se trata de la religion. En despecho de todo razonamiento, vemos que unas disposiciones momentaneas las conducen hácia las preocupaciones de la infancia, de las que, en otras ocasiones, nos parecen completamente desengañadas. Estas mudanzas se señalan mucho, sobre todo en las enfermidades, ó en la proximidad de la muerte; entonces el barómetro del entendimiento está obligado á bajar; unas quimeras que se despreciaban, ó á las que se las daba un justo valor en el estado de salud, se realizan entonces; se tiembla, porque la máquina está debilitada, y se disparata, porque el cerebro es incapaz de llenar exáctamente sus funciones. Es evidente el que la verdadera causa de estas mudanzas, de las que nuestros sacerdotes tienen la mala fé de prevalerse contra la incredulidad, y sacan las pruebas de la realidad de sus opiniones sublimes, es la que acabamos de dar. Las conversiones ó las mudanzas que se hacen en las ideas de los hombres, dependen siempre de algun trastorno físico en su máquina, causado por la pesadumbre ó por alguna causa natural y conocida.

Luego, sometidos á la influencia continua de nuestras causas físicas, nuestros sistemas siguen siempre las variaciones de nuestro cuerpo: raciocinamos bien, cuando este está

sano y bien constituido, y al contrario lo hacemos muy mal, cuando está descompuesto; entonces nuestras ideas se desatan, no somos mas capaces de asociarlas con precision, de recobrar nuestros principios, ni de sacar de ellas unas consecuencias justas; el cerebro está en agitacion, y ya no vemos nada mas, bajo su verdadero ser. Hay hombre que, en un tiempo de yelo no vé á su dios bajo la misma forma que en el sombrio y lluvioso; tampoco lo vé del mismo modo en la tristeza que en la alegria, ni en compañia como estando solo. El buen sentido nos sugiere que es cuando el cuerpo está sano, y que el espíritu no está turbado por ninguna nube, cuando podemos raciocinar con precision; este estado puede darnos una idea general, propia para regular nuestros juicios y para rectificar nuestras ideas, aunque unas causas imprevistas pudiesen fatigarlas.

Si las opiniones de un mismo individuo son flotantes y sujetas á variar sobre su dios, ¿á cuantas mudanzas no lo estarán en los seres tan diversos que componen la raza humana? Si puede ser, el que no existan dos hombres que vean un objeto fisico exáctamente del mismo modo, ¿con cuanta mas razon debe haber variedad en sus maneras de ver las cosas que no existen mas

que en su imaginacion? ¿Cuantas combinaciones de ideas de unos espíritus esencialmente diferentes deben hacerse para componer un ser ideal, del que cada instante de la vida debe cambiar el cuadro? Seria una empresa insentata la de querer prescribir á los hombres lo que deben pensar sobre Dios y la religion, que son enteramente del resorte de la imaginacion, y sobre lo cual, como muchas veces se ha repetido, nunca los mortales tendrán la menor idea. El combatir las opiniones religiosas de los hombres, es combatir su imaginacion, su organizacion y sus costumbres; las que bastan para identificar con su cerebro las ideas mas absurdas y menos fundadas. Cuanta mas imaginacion tengan, mas entusiastas serán en materia de religion, y menos fuerza tendrá la razon para desengañarles de sus errores; pues que estas habrán llegado á ser el punto necesario á su imaginacion ardiente. En una palabra, el combatir las nociones religiosas de los hombres, es combatir la pasion que tienen por lo maravilloso. En despecho de la razon, las personas dotadas de una imaginacion viva, se ven perpetuamente arrastradas hácia las quimeras que la costumbre les hace caras, aun cuando son incómodas y funestas, pues que convestirlas á su manera quedan satisfechas.

De este modo se vé que una alma tierna, necesita de un dios para amarle, el entusiasta de uno á quien pueda dar gracias, y el desgraciado de uno que tome parte en sus penas; el devoto melancólico necesita de un dios que le consuele, y mantenga en él la agitacion que se ha hecho necesaria á su organizacion enfermiza; el penitente frenético necesita de un dios cruel que le imponga el deber de ser inhumano para consigo mismo; y el fanático arrebatado se creeria desgraciado, si estuviese privado de un dios que le ordenase el hacer sentir á los demas los efectos de su humor y de sus pasiones fogosas.

Aquel que se alimenta de ilusiones agradables es, sin la menor duda, un entusiasta menos peligroso que aquel cuya alma está atormentada por unos espectros odiosos. Si una alma honrada y sensible, no causa ningun estrago en la sociedad, un espíritu agitado por unas pasiones incomodas no puede menos de ser, tarde ó temprano, incomodo para sus semejantes. El dios de un Socrates y de un Fenelon puede solo convenir á unas almas tan dóciles como las suyas; pero no puede ser impunemente el dios de una nacion entera, en la cual es y será siempre muy raro el hallar hombres de su especie. La divinidad será siempre, como se ha dicho, para el mayor nú-

mero de los mortales, una quimera espantosa, propia para turbar su cerebro, poner en accion sus pasiones, y hacerles nocivos para sus asociados. Si los hombres de bien no ven á su dios mas que como á una pura bondad; los viciosos, inflexibles, inquietos y malos, atribuirán al suyo su propio caracter, y se autorizarán con su ejemplo á dar un libre curso á sus pasiones. Ningun hombre puede ver sus ideas mas que con sus propios ojos, y el número de aquellos que se pintan la divinidad horrenda, aflictiva y cruel, será siempre el mayor, y el que hay que temer mas que el de los que la pintan con unos colores seductores; para un dichoso que esta ilusion puede hacer, hará millares de desgraciados; será tarde ó temprano un maniantal inagotable de divisiones, de extravagancias y de furores; turbará el espiritu de los ignorantes, sobre quienes los impostores y fanáticos tendrán siempre un ascendiente poderoso; asustará á los cobardes y pusilánimes, cuya debilidad dispone y conduce á la perfidia y crueldad; hará temblar á las personas mas honradas, las que, aun practicando la virtud, temerán el caer en la desgracia de un dios caprichoso, y no detendrá á los perversos, quienes la despreciarán para abandonarse al crímen, ó bien se servirán de ella, creyéndola divina, para justificar

sus atrocidades. En una palabra, entre los tiranos, este dios, tirano por si mismo, no servirá mas que para destruir la libertad de los pueblos, y violar impunemente los derechos de la equidad. En las manos de los sacerdotes, este dios será un talisman propio para alucinar, cegar, y subjugar tanto los soberanos como los vasallos; y enfin, en las manos del pueblo, este ídolo será siempre una espada de dos cortes, con la cual ellos mismos se herirán mortalmente.

Por otra parte, no siendo el dios teológico, como se ha visto, otra cosa mas que un conjunto de contradicciones, y á pesar de su inmutabilidad, tan pronto la suma bondad, como el mas cruel é injusto de todos los seres; y debiendo ser adorado por unos hombres cuyas máquinas experimentan unas continuas variaciones, este dios, digo, no puede siempre parecer el mismo á aquellos que se ocupan de él. Los que de él se forman las ideas mas favorables, se ven muy á menudo forzados, á su pesar, á reconocer que el retrato que le atribuyen y que ellos mismos se hacen, no es siempre conforme á el original. Ni el devoto mas celoso, ni el entusiasta mas prevenido, pueden menos de ver que las facciones de su divinidad se cambian; y si fuesen capaces de raciocinar, sentirian la in-

consecuencia que sin cesar observan en cuanto á ella. En efecto, ¿no verian que esta conducta parece desmentir á cada instante las perfecciones maravillosas que atribuyen á su dios? El rogar á la divinidad, ¿no es dudar de su sabiduría, de su beneficencia, de su providencia, de su omnipotencia infinita y de su inmutabilidad? ¿No es acusarla de que olvida á sus criaturas, y pedirle el que altere los decretos eternos de su justicia, y cambie las leyes invariables que ha prescrito ella misma? El rogarla, ¿no es decirle? —¡O dios mio! yo reconozco vuestra sabiduría, vuestra ciencia y vuestra bondad infinita; sin embargo me olvidais, perdeis de vista vuestra criatura, é ignorais ó fingis ignorar lo que le falta. ¿No veis que padezco con el arreglo que vuestras leyes sabias han dado al universo? La naturaleza, contra vuestras órdenes, hace actualmente que mi existencia sea penosa. Cambiad pues, os lo ruego, la esencia que vuestra voluntad ha dado á todos los seres; haced de modo que los elementos pierdan para mí en este momento sus propiedades distintivas, que los cuerpos mas graves no caigan, que el fuego no queme, y que la máquina fragil que hé recibido de vos, no sufra con los choques que experimenta á cada instante; y enfin, rectificad para mi bien estar el plan que vuestra

prudencia infinita ha trazado de toda eternidad.—Tales son, sobre poco mas ó menos, los votos que forman todos los hombres; tales las súplicas ridículas que hacen continuamente á la divinidad, de quien tanto alaban la sabiduría, la inteligencia, la providencia y la equidad, mientras que casi nunca están contentos con los efectos de estas perfecciones divinas.

Tampoco son mas consecuentes en las *acciones de gracias* que se creen obligados á darle: ¿no es justo, nos dicen, el que demos las gracias á la divinidad por sus beneficios? ¿No seria el colmo de la ingratitud el rehusarse á rendir sus homenages al autor de nuestra existencia y de todo cuanto contribuye á hacernosla mas agradable? Pero, yo les diré: ¿luego vuestro dios obra por el interes? Entonces es parecido á aquellos que, en medio de su mayor desinteres, exigen á lo menos el que se les den las pruebas de las impresiones que sus beneficios hacen en nosotros. ¿Necesita acaso vuestro dios, tan grande y poderoso, el que le probeis los sentimientos de vuestro reconocimiento? Ademas, ¿sobre que fundais vuestra gratitud? ¿Derrama acaso sus beneficios con igualdad sobre todos los hombres? ¿Está el mayor número de estos, contento con su suerte? ¿Estais vosotros mismos siempre satisfechos con vuestra existencia? Se me dirá, sin duda,

que solo esta existencia es el mayor de los beneficios. Pero, ¿como se puede mirar como una ventaja tan señalada? ¿No está esta existencia en el orden de las cosas? ¿No ha entrado necesariamente en el plan de vuestro dios? ¿Acaso debe algo la piedra al arquitecto, porque este la haya juzgado necesaria para su edificio? ¿Y conoceis vosotros mejor que esta piedra las miras ocultas de vuestro dios? Si sois un ser sensible y que piensa, ¿no hallareis á cada instante que este plan maravilloso os incomoda, y que los rezos que dedicais al arquitecto del mundo, prueban que estais descontento? Habeis nacido sin quererlo, vuestra existencia es precaria, sufris á digusto vuestro, ni vuestros placeres ni vuestras penas dependen de vosotros, no sois dueño de nada, no concebis nada en el plan del arquitecto del mundo, que no cesais de admirar, y en el cual os hallais sin vuestro consentimiento; sois el juguete continuo de la necesidad, que haceis divina y, despues de haberos llamado á la vida, vuestro dios os obliga á salir de ella: ¿á donde están pues las obligaciones tan grandes que creeis deber á la providencia? Este mismo dios, que os dió la luz, que provee á vuestras necesidades, y que os conserva, ¿no os hurta en un momento todas estas pretendidas ventajas? ¿Si mirais la existencia como

el mayor de los bienes, no es su perdida segun vosotros el mayor de los males? Si la muerte y el dolor son unos males temibles, ¿no seran suficientes para borrar el beneficio de la existencia y de los placeres que algunas veces la acompañan? Si vuestro nacimiento y vuestro fin, vuestro goce y vuestras penas, han entrado igualmente en las miras de su providencia, yo no veo nada que os autorize para darle gracias. ¿Cuales pueden ser las obligaciones que podeis deber á un amo que, á pesar vuestro, os hace venir al mundo para jugar en él un juego peligroso y desigual, y en el cual no podeis ni ganar ni perder una dicha eterna?

Se habla en efecto de otra vida, en la cual se asegura que el hombre será completamente feliz. Pero, aun suponiendo por un momento que su existencia sea verdadera (que es tan poco fundada como la del ser de quien se espera), será menester suspender su agradecimiento, á lo menos, hasta que se esté en ella. En la vida que conocemos, los hombres están mas descontentos que afortunados; si Dios no ha podido, querido ni permitido que en el mundo en que estamos, sus queridas criaturas fuesen perfectamente dichosas, ¿que seguridad hay en pensar de que querrá que lo sean mas en el otro? Para esto se citarán las revelaciones y las promesas formales de la divinidad,

en las cuales se obliga á indemnizar á sus favoritos de los males de la vida presente. Admitamos por un instante la autenticidad de estas promesas; pero, ¿no nos dicen estas mismas revelaciones que la bondad divina reserva, para la mayor parte de los hombres, un sin número de suplicios? Luego, si estas amenazas son verdaderas, ¿deben los mortales algun agradecimiento á un dios que, sin consultarles, no les dá la existencia mas que (bajo el pretexto de su pretendida libertad) para que corran el riesgo de hacerse eternamente desgraciados? ¿No hubiera sido mas util para ellos el no existir, ó el que fuesen á lo menos como las piedras y los brutos, de quienes, segun dicen, Dios no exigirá nada, que el gozar de estas facultades tan decantadas, del privilegio de merecer y desmerecer, que pueden conducir á la mas horrenda infelicidad los seres inteligentes? Si se para la atencion sobre el corto número de bien aventurados, y sobre el grande de condenados, ¿cual es el hombre de algun sentido, que si hubiese sido el dueño, habria consentido en tener que correr el riesgo de condenarse para siempre?

Por tanto, bajo cualquier aspecto que se mire la fantasma teológica, si los hombres fuesen consecuentes, aun en sus mismos errores, no la deberian ni rezos, ni homenages, ni cultos,

mi acciones de gracias; pero los mortales no raciocinan nunca en materia de religion; no siguen mas que los impulsos de sus temores, de su imaginacion, de su temperamento, de sus propias pasiones, ó de las de los guias que han adquirido el derecho de dirigir su entendimiento. El temor ha criado los dioses; el terror los acompaña siempre, y es imposible el que se raciocine cuando se tiembla. Así es que los hombres no lo harán nunca, cuando se trate de unos objetos cuya idea vaga será siempre asociada con la del terror. Si el entusiasta honrado y dócil no vé á su dios mas que como á un padre bienhechor, el mayor número de los mortales no le ven mas que como á un sultan temible, un tirano desagradable y un genio cruel y perverso. De modo que este dios será siempre para la raza humana un ingrediente pernicioso, capaz de agriarla y ponerla en una fermentacion fatal. Si al devoto pacífico, humano y moderado, se le puede dejar el dios bueno que se ha formado segun su corazon mismo, el interes del género humano exige el que se destruya un ídolo producido por el temor, y nutrido por la melancolía, cuya idea y cuyo nombre no sirven mas que para llenar el universo de estragos y locuras.

No nos lisongemos sin embargo, de que la razon pueda libertar de una vez á la raza hu-

mana, de los errores que tantas causas reunidas se esfuerzan en combatir. Seria el proyecto mas vano el esperar el curar en un instante unos errores epidémicos, hereditarios, arraigados de muchos siglos ha, y continuamente alimentados y corroborados por la ignorancia, las pasiones, las costumbres, los intereses, los temores y las calamidades siempre renacientes de las naciones. Las antiguas revoluciones de la tierra dieron á luz sus primeros dioses, y las nuevas producirian tambien otros nuevos, si fuese posible el que los antiguos se olvidasen. Los seres ignorantes, desgraciados y trémulos, se formarán siempre sus dioses á su modo, ó bien su credulidad les hará recibir aquellos que la impostura ó el fanátismo quierán anunciarles.

No nos propongamos pues otra cosa, mas que el demostrar la razon á aquellos que pueden entenderla, presentar la verdad á los que pueden sostener su brillantez, y desengañar á aquellos que no quieren oponer obstáculos á la evidencia, y que no se obstinarán en persistir en el error. Inspiremos el valor á los que no tienen la fuerza de romper con sus ilusiones: tranquilizemos al hombre de bien, á quien los temores alarman mucho mas que al perverso, que sigue siempre sus pasiones; consolemos al desgraciado que gime

bajo el peso de la preocupacion; disipemos las incertidumbres de aquel que duda, y que, buscando de buena fé la verdad, no encuentra con freqüencia, aun en la filosofia, mas que unas opiniones flotantes y poco capaces de fijar su entendimiento. Desterremos para el hombre ingenioso la ilusion que le hace perder su tiempo; arranquemos su negra fantasma al hombre intimidado, que, víctima de sus vanos temores, llega á ser inutil para la sociedad; quitemos al melancólico un dios que le aflige, que le agria, y que no hace mas que enardecer su bilis; arranquemos al fanático el dios que le pone los puñales en la mano; arranquemos á los impostores y á los tiranos un dios que les sirve para asustar, humillar y despojar al género humano. Al mismo tiempo que quitamos á la gente de bien las ideas temibles de que está poseida, no alentemos á los malos y los enemigos de la sociedad; privémosles al contrario de los recursos sobre que cuentan para expiar sus atrocidades; substituyamos á los terrores inciertos y lejanos los verdaderos y presentes; que se avergüenzen cuando se vean á sí mismos; que tiemblen al ver sus cabalas descubiertas, y que teman el ver un dia los mortales que ultrajan, vueltos en sí de los errores de que se sirven para encadenarlos.

Si no podemos curar las naciones de sus preocupaciones inveteradas, procuremos, á lo menos, el impedir que recaigan en los excesos á que la religion las ha arrastrado tantas veces; que los hombres se formen ilusiones, que piensen como quieran, mientras que sus delirios no les hagan olvidar que son hombres, y que un ser sociable no es hecho para asemejarse á los animales feroces. Contrapesemos los intereses ficticios del cielo con los intereses sensibles de la tierra. Que los soberanos y los pueblos reconozcan enfin que las ventajas resultantes de la verdad, de la justicia, de las buenas leyes, de una educacion sensata, y de una moral humana y pacífica, son mucho mas sólidas que las que esperan tan en vano de sus divinidades; y que sientan que unos bienes tan reales y tan caros, no deben ser sacrificados á unas esperanzas inciertas, tan á menudo desmentidas por la experiencia. Para convencerse de ello, que todo hombre razonable considere las inumerables atrocidades que el nombre de dios ha causado sobre la tierra; que estudie su horrorosa historia y la de sus odiosos ministros, los cuales por todas partes han derramado la discordia y el furor. Que los príncipes y los vasallos aprehendan á lo menos á resistir algunas veces á las pasiones de los pretendidos intérpretes de la divinidad,

sobre todo, cuando estos les manden de su parte el ser inhumanos, intolerantes y barbaros, el ahogar el grito de la naturaleza, la voz de la equidad, las representaciones motivadas de la razon, y el cerrar los ojos sobre los intereses de la sociedad.

¡Débiles mortales! ¡hasta cuando vuestra imaginacion, tan activa y pronta para coger lo maravilloso, irá á buscar fuera del universo, unos pretextos dañosos para vosotros mismos y para los seres con quienes vivis! ¿Porque no seguis en paz el camino simple y facil que os traza vuestra naturaleza? ¿Porque se ha de sembrar de espinas el sendero de la vida? ¿Porque multiplicar los males á que vuestra suerte os expone? ¿Que ventajas podeis esperar de una divinidad que los esfuerzos reunidos del género humano entero, no han podido aun hacer conocer? Ignorad pues lo que el entendimiento humano no puede comprehender; dejad allá vuestras quimeras; ocupaos solo de la verdad; aprehended el arte de vivir dichosos; perfeccionad vuestras costumbres, vuestros gobiernos y vuestras leyes; pensad en la educacion, en la agricultura, y en las ciencias verdaderamente útiles; trabajad con ardor; forzad con vuestra industria la naturaleza á que os sea propicia, y los dioses no podrán nada en contra de vuestra felicidad.

Abandonad á los cabálistas ociosos, á los entusiastas inútiles, el trabajo infructuoso de sondar los abismos de los cuales debeis separar vuestras miradas; gozad de los bienes conexos á vuestra existencia presente; aumentad su número, y no os lanceis jamas mas allá de los límites de vuestra esfera. Si teneis necesidad de ilusiones, permitid á vuestros semejantes el que tengan las suyas, y no degolleis á vuestros hermanos porque no puedan delirar como vosotros. Si quereis tener dioses, que vuestra imaginacion se los cree; pero no sufrais el que estos seres imaginarios os alucinen, hasta el punto de desconocer lo que debeis á los seres reales con quienes vivis.

CAPITULO XI.

APOLOGA DE LOS SENTIMIENTOS EXPRESADOS EN ESTA OBRA. DE LA IMPIEDAD. SI HAY ATEOS.

Todo cuanto se ha dicho en esta obra deberia bastar para desengañar á los hombres capaces de raciocinar, de las preocupaciones á las cuales dan tanta importancia. Pero las verdades mas claras se ven forzadas á ceder al entusiasmo, la costumbre y el temor, porque nada es mas dificil que el destruir el error cuando una larga prescripcion le ha puesto en posesion del entendimiento humano. Es inatacable cuando está apoyado por el consentimiento general, propagado por la educacion, inveterado por la costumbre, fortificado por el ejemplo, mantenido por la autoridad, y alimentado siempre por las esperanzas y temores de los pueblos, que miran sus mismos errores como el remedio mas eficaz para sus males. Tales son las fuerzas reunidas que

sostienen el imperio de los dioses en este mundo, en el que creen deber fijar la estabilidad de su trono.

No extrañemos pues el ver que el mayor número de los hombres prefiera su ceguedad, y que tema á la verdad. Por todas partes vemos los mortales afectos á unas fantasmas de quienes esperan su bien estar, mientras que son evidentemente el origen de todos sus males. El vulgo, enamorado siempre de todo lo maravilloso, desdeñoso de lo que es facil y simple de comprehender, poco instruido en las vias de la naturaleza, y poco acostumbrado á hacer uso de la razon, se prosterna todos los siglos delante de las potencias invisibles que le hacen adorar. Las dirige sus votos fervorosos, las implora en sus desgracias, se despoja para ellas del fruto de su trabajo, y se ocupa sin cesar en dar gracias á unos ídolos por los bienes que no le han concedido, ó en pedirles unos favores que no puede obtener de ellos. Ni la experiencia ni la razon pueden desimpresionarle; no nota que sus dioses han sido siempre sordos; se culpa á sí mismo, y los cree irritados; tiembla, gime y llora á sus pies; cubre sus altares de regalos, y no vé que estos seres tan poderosos están sometidos á la naturaleza, y que jamas son propicios a no ser que esta les sea favorable. Asi

es como las naciones son cómplices de aquellos que las engañan, y tan opuestas á la verdad como los que las descarrian.

En materia de religion, hay muy poca gente que no participe poco mas ó menos de las opiniones del vulgo. Todo hombre que se aparta de las ideas recibidas, es mirado generalmente como un frenetico y presuntuoso, que se cree con insolencia mucho mas sabio que los demas. Al solo nombre mágico de religion ó divinidad, un terror súbito y pánico se ampara de los espíritus, y así que se las ataca, la sociedad se alarma, y cada uno se imagina el ver ya á su monarca celeste levantar su brazo vengador contra el pays en que la naturaleza rebelde ha producido un monstruo bastante temerario para arrostrar la violencia de su enojo. Hasta las personas mas moderadas gradúan de loco y de seductor, á aquel que se atreve á contestar á este soberano imaginario, los derechos que el buen sentido no ha exáminado nunca. Por consiguiente, cualquiera que emprenda el rasgar el velo de las preocupaciones, parece un insensato y un ciudadano pernicioso; su sentencia está pronunciada casi con unanimidad de votos; la indignacion pública, atizada por el fanátismo y la impostura, hace que no se le escuche; cada cual se creeria culpable si se dignase hacerlo; y

temeria el hacerse su cómplice, si no le hiciese sentir su furor, y el zelo que tiene en favor del dios terrible, cuya cólera se supone irritada. De manera que el hombre que consulta su razon, y que es un discípulo de la naturaleza, es considerado como una peste pública; el enemigo de esta fantasma nociva como el del género humano; el que quisiese establecer una paz sólida, como un pertubador de la sociedad; y se proscribe con acuerdo y generalidad de votos, á aquel que quiere tranquilizar á los mortales asustados, rompiendo los ídolos bajo los cuales la preocupacion les obliga á temblar. Al solo nombre de un *ateo*, el supersticioso tiembla de miedo, el deista se alarma, el sacerdote se enfurece, la tiranía prepara sus hogueras, y el vulgo aplaude los castigos, que unas leyes insensatas decretan contra el verdadero amigo del género humano.

Tales son los sentimientos en favor del hombre que se atreva á presentar á sus semejantes la verdad que al parecer todos buscan, pero que temen el hallar, ó desconocen cuando se les quiere demostrar. ¿Que es en realidad un *ateo*? Es un hombre que destruye unas ilusiones dañosas para el género humano, con el fin de atraer á los hombres á la naturaleza, al verdadero camino de la virtud, de la experiencia

y de la razon. Es un ser pensativo que, despues de haber meditado la materia, su energía, sus propiedades y su modo de obrar, no necesita, para explicar los fenómenos del universo y las operaciones de la naturaleza, el imaginarse unas potencias ideales, unas inteligencias imaginarias y unos seres que, lejos de hacer conocer mejor esta naturaleza, no hacen mas que presentarla como caprichosa, inexplicable, desconocida, é inutil para la felicidad de los humanos.

De conformidad, que los únicos hombres que pueden tener unas ideas simples y verdaderas de la naturaleza, son mirados como unos especuladores absurdos ó de mala fé. Los que se forman unas nociones inteligibles de la fuerza motriz del universo, son acusados de negar la existencia de ella; los que fundan todo cuanto se opera en este mundo, sobre unas leyes constantes y seguras, son acusados de *atribuirlo todo á la casualidad;* y graduados de ceguedad y de delirio por unos entusiastas cuya imaginacion, siempre extraviada, atribuye los efectos de la naturaleza á unas causas ficticias que no existen mas que en su cerebro, á unos seres de razon, y á unas potencias quiméricas que se obstinan en preferir á las causas reales y conocidas. Ningun hombre que tenga un sentido comun, puede negar la energía de la

naturaleza, ó la existencia de una fuerza en virtud de la cual la materia obra y se pone en movimiento ; pero ninguno tampoco, a menos de renunciar á la razon, puede atribuir esta fuerza á un ser colocado fuera de la naturaleza, distinguido de la materia, y no teniendo nada de comun con ella. ¿Pues que es sino decir que esta fuerza no existe, si se pretende que reside en un ser desconocido, formado por un conjunto de calidades ininteligibles y de atributos incompatibles, de donde resulta necesariamente un todo imposible? Los *elementos* indestructibles, y los *átomos* de *Epicuro*, cuyo movimiento, concurso y combinaciones han producido todos los seres, son sin duda unas causas mas reales que el dios de la teología. De modo que para hablar exâctamente, diremos que son los partidarios de un ser imaginario, contradictorio, imposible de concebir, que el entendimiento humano no puede penetrar, que no ofrece mas que un nombre vano, y de quien se puede negar todo, sin poder afirmar nada ; son unos insensatos, digo, los que de semejante idea, hacen el criador, el motor y conservador del universo; ¿que son unos verdaderos *ateos*, sino los delirantes incapaces de dar una idea positiva de la causa de que tanto nos hablan ? Unos cabliosos que quieren que la nada sea el origen

de todos los seres; ¿que son sino unos ciegos? ¿No es el colmo de la locura el personificar unas abstracciones ó unas ideas negativas, y prosternar luego su propio entendimiento delante de la ficcion?

No obstante, unos hombres de este temple son los que reglan las opiniones del mundo, y se adquieren la mofa y vergüenza publica de los hombres mas sensatos que ellos. Si se creyese á estos profundos delirantes, nos querrian hacer ver, que no hay mas que la demencia y el frenesi que puedan hacer el que no se deseche de la naturaleza un móvil talmente incomprehensible. Segun ellos, es un delirio el preferir lo conocido á lo que no se conoce; y un crimen el consultar la experiencia, y apelar al testimonio de los sentidos en el exámen de la cosa mas importante de conocer. ¿Es acaso algun atentado horrendo el dirigirse á la razon, y preferir sus oráculos á las decisiones sublimes de algunos sófistas, quienes conceden el no comprehender nada en el dios que nos anuncian? No obstante, segun ellos, no hay atrocidad mas digna de castigo, ni empresa mas peligrosa para la sociedad, que el despojar á la fantasma que no conocen de las calidades inconcebibles y del aparato imponente con que la imaginacion, la ignorancia, el temor y la im-

postura la han adornado á porfía; nada de mas impio y mas criminal, que el tranquilizar y fortalecer á los mortales contra un espectro cuya sola idea fué la causa de todos sus males: y nada mas necesario que el exterminar los audaciosos bastante temerarios para intentar de romper el encanto invisible que tiene al género humano entorpecido en el error; y enfin, que el querer romper sus cadenas, es romper sus mas sagrados vínculos.

En consecuencia de estos clamores, sin cesar renovados por la impostura, y repetidos por la ignorancia, las naciones, á quienes en todos los siglos la razon quiso desengañar, no se atrevieron nunca á escuchar sus lecciones bienhechoras. Nunca fueron escuchados los amigos de los hombres, porque fueron enemigos de sus ilusiones. Por esta razon, los pueblos tiemblan todavia; hay pocos sabios que hayan tenido valor para aquietarlos; casi nadie se atreve á arrostrar la opinion pública infestada por la supersticion, porque se teme el poder de la impostura y las amenazas de la tiranía, que siempre trata de apoyarse por medio de vanas imaginaciones. Los gritos de la ignorancia triunfante y del fanátismo altanero anogaron en todos tiempos la debil voz de la naturaleza; esta fué obligada á callar, y sus lecciones muy pronto olvidadas; y así que se

atrevió á hablar, las mas veces no fué mas que en un lenguage enigmático é ininteligible para el mayor número de los hombres. ¡Como es posible que el vulgo, que se penetra con tanta dificultad de las verdades mas claras, y mas distintamente enunciadas, hubiese podido comprehender los misterios de la naturaleza, presentados bajo unos emblemas y palabras insignificantes!

Cuando se vé la cólera que entre los teólogos excitan las opiniones de los ateos, y los suplicios que á instancias de aquellos se les tenian destinados, ¿no se estará bastante autorizado para decir afirmativamente que estos doctores, ó no tienen la seguridad que dicen de la existencia de su dios, ó no consideran en el fondo las opiniones de sus adversarios, tan absurdas como lo pretenden? No ha habido nunca mas que la desconfianza, la debilidad y el temor que hayan hecho el que el hombre sea cruel; no se puede tener cólera contra los que se desprecian; la locura no se puede mirar como un crimen digno de castigo; y un insensato que negase la existencia del sol, solo excitaria á la risa, y no se le castigaría, á no ser que aquel que lo hiciese fuese insensato. El furor teológico no probará nunca mas que la debilidad de su causa; la inhumanidad de estos hombres in-

teresados, cuya profesion es la de sembrar los errores en las naciones, prueba el que ellos solos sacan partido de estas potencias invisibles de que se sirven para asustar á los mortales. (1) Pues, aunque parece que no, estos tiranos de los espíritus son los que, poco consecuentes en sus principios, deshacen con una mano lo que elevan con la otra; ellos son los que, despues de haber hecho una divinidad llena de bondad, de sabiduría y de equidad, la disfaman, la denigran y la destruyen totalmente, diciendo que es cruel, caprichosa, injusta, despótica y sedienta de la sangre de los infelices. Sentado esto, resulta el que los teológos son los verdaderos impios.

El que no conoce á la divinidad no puede injuriarla, ni por consiguiente ser llamado impio: *El ser impio*, dice Epicuro, *no es quitar al vulgo los dioses que tiene; no es mas que atribuir á estos dioses las opiniones de aquel.* El ser impio, es el insultar á un dios en quien se cree, y el ultrajarle con pleno conocimiento; es el admitir á un dios bueno, mientras que al mismo tiempo se predica la

(1) Lucano supone que Júpiter, disputando con Minipo, le quisó castigar; por lo que el filósofo le dijo: *Ola: tu te enfadas, tu tomas tus rayos: luego no tienes razon.*

persecucion y el estrago mas sanguinario. El ser impío, es el engañar á los hombres en el nombre de un dios que se hace servir de pretexto para dar curso á las mas indignas pasiones. El ser impío, es el decir que un dios soberanamente dichoso y todo-poderoso puede ser ofendido por sus débiles criaturas. El ser impío es el mentir de la parte de un dios á quien se supone enemigo de la mentira. El ser impío, enfin, es el servirse de la divinidad para turbar las sociedades, y someterlas con humillacion á unos tiranos; es el persuadirlas que la causa de la impostura es la causa de Dios, y es imputar á este, los crímenes que destruyen sus perfecciones divinas. El ser á la vez impío é insensato, es hacerse una pura ilusion del dios que se adora.

Por otra parte, el ser ateo, es servir la patria, es ser útil á sus semejantes, y trabajar en su bien estar; cada uno, segun sus facultades, puede pretenderlo: aquel que medita puede hacerse util cuando tenga el valor de anunciar la verdad, de combatir el error, y de atacar las preocupaciones que en todas partes se oponen á la dicha humana. Es verdaderamente util, y aun un deber, el arrancar de las manos de los mortales los cuchillos que el fanátismo les distribuye, y á la tiranía el imperio funesto de la opinion, de la cual

se sirvió en todos tiempos y en todas partes para elevarse sobre las ruinas de la libertad, de la seguridad y de la felicidad pública. El ser verdaderamente atéo, es observar religiosamente las leyes santas de la naturaleza, y seguir fielmente los deberes que esta nos prescribe; ser atéo, es ser humano, justo, y bienhechor, y es respetar los derechos del hombre; y ser atéo y sensato, es el rechazar las ideas quiméricas que podrian hacer desconocer los consejos de la razon.

Por lo tanto, á pesar de lo que puedan decir el fanátismo y la impostura, aquel que niega la existencia de un dios, viendo que no tiene mas base que la de la imaginacion alarmada; aquel que rehusa el admitir un dios perpetuamente en contradiccion consigo mismo; aquel que destierra de su corazon a un dios continuamente en lucha con la naturaleza, la razon, y el bien estar de los nombres; y aquel que se desengaña de un error tan peligroso, puede ser reputado ateo, honrado y virtuoso, no apartándose con su conducta de las reglas invariables que la naturaleza y la razon le prescriben. Porque el hombre se rehuse á admitir un dios contradictorio, igualmente que los oráculos obscuros que en su nombre se nos presentan, ¿resulta acaso el que este hombre desconozca

las leyes evidentes y demostradas de una naturaleza de quien depende, de quien experimenta el poder, y de quien los deberes necesarios le obligan á reconocerla, bajo la pena de ser castigado en este mundo? Es verdad de que, si la virtud consistiese por casualidad en una vergonzosa renuncia de la razon, en un fanátismo destructor, y en unas prácticas inútiles, el ateo no podria pasar por virtuoso; pero, si consiste en hacer todo el bien que se puede á la sociedad, debe de pasar por tal, y su alma grande, valerosa y tierna, no será criminal porque haga sentir su indignacion legítima contra las preocupaciones fatales para la dicha del género humano.

Escuchemos no obstante lo que los teólogos imputan á los ateos, y exâminemos á sangre fria y sin mal humor las injurias que vomitan contra ellos. Dicen que el atéismo es el último grado de delirio del entendimiento y del corazon; interesados en denigrar á sus adversarios, no presentan la incredulidad absoluta mas que como un efecto del crimen ó de locura: que poco se ven, dicen ellos, caer en los horrores del atéismo, aquellos hombres que tienen motivos para esperar de que un estado futuro sea para ellos una felicidad. En una palabra, segun

.es teólogos, el interes de las pasiones, es quien hace que se quiera dudar de la existencia de un ser de quien somos deudores, y a quien tenemos que dar cuenta de los abusos de esta vida ; luego es el temor de su castigo el que hace los ateos ; y repiten continuamente las palabras de un prófeta hebreo, que pretende que la locura solo puede hacer el que se niegue la existencia de la divinidad. (1) Si hemos de dar crédito á algunos otros, diremos « que no hay cosa mas negra « que el corazon de un ateo, ni mas falsa que « su espíritu. » El atéismo, segun ellos, « no « puede ser mas que el fruto de una con- « ciencia atormentada, que trata de desem- « barazarse de la causa que lo ocasiona. » « Se « tiene razon, dice Derham, en mirar á un « atéo como á un monstruo en medio de los « seres razonables, y como aluna de estas pro- « ducciones extraordinarias que se encuentran « apénas en todo el género humano, y que, « oponiéndose á todos los demas hombres,

(1) *Dixit insipiens in corde suo : Non est Deus.* Para que la proposicion sea mas verdadera, es menester cercenar la negacion. Los que quieran ver las injurias que el fiel teólogo vierte sobre los ateos, no tienen mas que leer una obra del doctor Bentley, traducida en latin, con el título de *Stultitia Atheismi*, in-8.

« se declaran no solo contra la razon y la na
« turaleza humana, sino aun contra la divi-
« nidad misma. »

Responderemos á todas estas injurias diciendo, que es al lector á quien toca el juzgar si el sistema del atéismo es tan absurdo como lo quieren hacer creer estos profundos especuladores, perpetuamente en disputa sobre las producciones informes, contradictorias y caprichosas, é hijas de su propio cerebro. (1) Es verdad de que hasta ahora el sistema del naturalismo no habia sido desenrollado en toda su extension, y que las personas sin prevencion estarán á lo menos al alcanze de reconocer si el autor ha raciocinado bien o mal, si se ha disimulado las mas importantes dificultades, si ha sido de mlaa fé, y si, como los enemigos de la razon humana, tiene recurso a los subterfugios, á los sófismas y á las distinciones sútiles, que deben hacer sospechar siempre, porque ó no se conocen, ó hacen que

---

(1) Cuando se vé á los teólogos acusar tan freqüentemente á los ateos de ser absurdos, se podria muy bien creer que no tienen ninguna idea de lo que estos podrian oponerles. Es verdad que para evitarlo han tomado muy buenas medidas, pues que los sacerdotes dicen y publican lo que quieren, mientras que sus adversarios tienen que guardar el silencio.

se tema el que sean verdaderas. Luego, a candor, á la buena fé y á la razon toca el juzgar de si los principios naturales que acaban de dar carecen de fundamento; es á estos jueces íntegros á quienes un discípulo de la naturaleza somete sus opiniones, reservándose el derecho que tiene de recusar la sentencia del entusiasmo, del fanátismo, de la ignorancia presuntuosa y de la falacia interesada. Las personas acostumbradas á pensar hallarán á lo menos unas razones para dudar de tantas nociones maravillosas, que no parecen verdades incontestables mas que para aquellos que no las han exáminado nunca con arreglo a un buen sentido.

Convendremos con Derham de que los ateos son raros; porque la supersticion ha hecho desconocer de tal modo la naturaleza y sus derechos, el entusiasmo ha alucinado el entendimiento humano, el terror encadenado el pensamiento, y enfin el error, la ignorancia y el delirio talmente enredado las ideas mas claras, que nada es menos comun que el encontrar unos hombres con bastante valor para desengañarse de las nociones que todo conspiraba á querer identificar con ellos. En efecto, varios teólogos, á pesar de las invectivas con que quieren aniquilar á los ateos, parecen muchas veces haber dudado de su existencia en

este mundo, ó de si habia personas que pudiesen negar de buena fé la existencia de un dios. (1) Es muy posible el que su duda fuese fundada sobre las ideas absurdas que atribuían á sus adversarios, á quienes han acusado siempre de achacarlo todo *á la casualidad*, á unas causas *ciegas* y á una materia *inerta* y *muerta*, incapaz de obrar por sí misma. Pienso que hemos justificado suficientemente á los partidarios de la naturaleza, de las ridículas acu-

---

(1) Las mismas personas que dicen, que el atéismo es un sistema muy extraño en el dia de hoy, confiesan que ha podido existir otras veces. ¿Pues que la naturaleza nos habria dotado de menos razon que á los hombres de otros tiempos? ¿O seria que el dios de ahora es menos absurdo que lo eran los dioses de la antiguedad? ¿Será acaso porque el género humano haya adquirido algunas luces sobre el motor oculto de la naturaleza? El dios de la mitología moderna, refutado por *Vanini*, *Hobbes*, *Espinosa* y algunos otros, ¿es acaso mas creible que los de la mitología pagana, refutados por *Epicuro*, *Straton*, *Teodoro*, *Diágoras*, etc.? Tertuliano pretendia que *el cristianismo habia disipado la ignorancia en la cual los paganos estaban sobre la esencia divina, y que no habia ningun artesano entre los cristianos que no viese y conociese á Dios*. Sin embargo, él mismo admite un dios corporal, y por lo tanto era un atéo, segun las nociones de la teología moderna. Véase la nota (1) del cap. VI, pag. 200 del tercero volumen

saciones que les hacen; hemos probado en todo, y lo volvemos á repetir, que la *casualidad* es una palabra vaga, tan agena de sentido como la de *Dios*, y que no anuncia mas que la ignorancia de las verdaderas causas. Hemos demostrado que la materia no era muerta, y que la naturaleza obrando y existente, tenia bastante energía para producir todos los seres que encierra, y todos los fenómenos que vemos. Hemos hecho sentir que esta causa era mucho mas real y facil de concebir, que la que solo es ficticia, contradictoria, inconcebible é imposible, á quien la teología hace el honor de atribuir los grandes efectos que admira. Hemos representado que la incomprehensibilidad de los efectos naturales, no era una razon para que se les considere emanados de una causa aun mucho mas incomprehensible que todas las que podemos conocer. Enfin, si la incomprehensibilidad de Dios no nos autoriza á negar su existencia, á lo menos es cierto que la incompatibilidad de los atributos que le dan, nos autoriza á negar que el ser que los reune pueda ser otra cosa mas que una composicion quimérica cuya existencia es imposible.

Probado esto, podremos fijar el sentido que se ha de dar al nombre de *ateo*, que los teólogos prodigan indistintamente á todos los

que se separan en alguna cosa de sus opiniones reverenciadas. Si por ateo se designa un hombre que niega la existencia de una fuerza natural de la materia y sin la cual no se puede concebir la naturaleza, y si es á esta fuerza motriz, á quien se dá el nombre de dios, no existe ningun ateo, y la palabra con que se les designa no anuncia mas que unos locos. Pero, si por *ateos* se entiende, unos hombres libres de entusiasmo, guiados por la experiencia y el testimonio de su buen sentido, que no ven en la naturaleza mas que aquello que se halla verdaderamente en ella, y que se puede conocer; que no notan ni pueden notar mas que la materia esencialmente activa y móvil, diversamente combinada, gozando por si misma de diferentes calidades, y capaz de producir todos los seres que vemos; si por *ateos* se entiende, unos físicos convencidos de que, sin recurrir á una causa quimérica, se puede explicar todo por las solas leyes del movimiento, por las conexiones subsistentes que hay entre los seres, por sus afinidades, sus analogias, sus atracciones y repulsiones, sus proporciones, sus composiciones y descomposiciones; (1) si por *ateos* se entiende

(1) El doctor Cudworth, en su *Sistema intelectual*, cap II, cuenta en los antiguos, cuatro clases de *ateos*,

unas gentes que no saben que cosa es un *espíritu*, y que no ven que haya necesidad de *espiritualizar* ó de hacer incomprehensibles las cosas mas corporales, sensibles y naturales, á las que unicamente ven obrar, y que no piensan que sea un medio para conocer mejor la fuerza motriz del universo, el separarla de él, para darla á un ser colocado fuera del gran todo, de una esencia totalmente inconcebible, y de quien no pueden indicar la morada; si por *ateos* se entiende unos hombres que convienen de buena fé, en que su entendimiento no puede concebir ni conciliar los atributos

---

1° los discípulos de *Anaximandro*, llamados *Hylopatianos*, los que atribuian la formacion de todo á la materia privada de sentimiento; 2° los *Atomistas*, ó discípulos de *Democrito*, quienes atribuian todo al concurso de los *atomos*; 3° los *ateos estoicos*, que admitian una naturaleza ciega, pero obrando segun unas reglas seguras; 4° los *Hylozoistas*, ó discípulos de *Straton*, que atribuian todo á la materia de la vida. Es bueno el observar que los físicos mas hábiles de la antigüedad han sido unos ateos conocidos ú ocultos; pero su doctrina fué siempre oprimida por la supersticion del vulgo, y casi totalmente eclipsada por la filosofia fanática y maravillosa de *Pitagoras*, y sobre todo de *Platon*. Tan verdad es que lo vago, lo obscuro y el entusiasmo sobrepujan comunmente lo simple, lo natural y lo inteligible. Véase *Leclerc*, *Biblioteca*, *tomo II*.

negativos y las abstracciones teológicas con las calidades humanas y morales que se atribuyen á la divinidad, ó que pretenden que de este conjunto incompatible no puede resultar mas que un ser de razon, visto que un espíritu puro está destituido de los órganos necesarios para ejercer las calidades y facultades humanas; si por *ateos* se designan unos hombres que refutan una fantasma, cuyas calidades odiosas y disparatadas no son propias mas que para turbar y sepultar el género humano en una demencia muy nociva; si digo yo, los que piensan de esta manera, son los que llaman *ateos*, no se puede dudar de su existencia; y habria un gran número de ellos, si las luces de la sana física y de la razon recta fuesen mas esparcidas: entonces no serian mirados ni como insensatos ni como furiosos, pero sí como unos hombres sin preocupaciones, cuyas opiniones, ó si se quiere la ignorancia, serian mucho mas útiles para el género humano, que las ciencias y las vanas hipótesis, que desde tiempos muy lejanos son las verdaderas causas de sus males.

Por otra parte, si por *ateos* se quiere designar unos hombres forzados de confesar ellos mismos, que no tienen ninguna idea de los errores que adoran, ó que anuncian á los demas; que no pueden decifrar nada de la na-

turaleza ni de la esencia de su fantasma divinizada ; que no pueden nunca ponerse de acuerdo entre sí, sobre las pruebas de la existencia, las calidades, y la manera de obrar de su dios, de quien á fuerza de negaciones, hacen un puro *nada* ; que se prosternan ó hacen que se prosternen los demas, delante de unas ficciones absurdas; si, digo, por *ateos*, se designa hombres de esta especie, se estará obligado á convenir que el mundo está lleno de *ateos* ; y aun entre este número se podrán colocar los teólogos mas ejercitados, que raciocinan siempre sobre lo que no entienden; que se disputan sobre un ser de quien no pueden demostrar la existencia mas que por sus contradicciones, que van contra y aniquilan con el sin número de imperfecciones que le dan, y que ponen todo hombre sensato contra él, con la atroz pintura que hacen de sus calidades. Enfin, se podrán mirar como verdaderos ateos , los pueblos crédulos que, sobre la palabra y tradicion, se arrodillan delante de un ser de quien no tienen mas ideas que las que les dan sus guias espirituales, reconociendo ellos mismos que no entienden nada de ello. Un ateo para muchos, es un hombre que no cree en la exîstencia de un dios, siendo así, que nadie puede estar seguro de la exîstencia de un ser que no

se conoce, y el que, segun dicen, reune unas calidades incompatibles.

Lo que se acaba de decir prueba que los teólogos no han conocido el sentido que podian atribuir á los ateos ; y que les han vagamente injuriado, y combatido como á unas personas cuyos sentimientos eran opuestos á los suyos. Vemos en efecto que estos sublimes doctores, obcecados siempre con sus opiniones particulares, han prodigado muchas veces las acusaciones de atéismo á todos aquellos á quienes querian dañar y denigrar, y de quienes trataban de hacer el sistema odioso, porque estaban seguros de alarmar contra ellos al vulgo imbecil por medio de una imputacion vaga, ó de una palabra que la ignorancia teme porque no conoce su verdadero sentido. De resultas de esta política los partidarios de las mismas sectas religiosas se han tratado muchas veces, como se ha visto, de ateos, aun en el calor de las disputas teológicas que los adoradores del mismo dios suscitan continuamente : luego, ateo en este sentido, es no tener las mismas opiniones que aquel con quien se disputa. El vulgo ha mirado siempre como ateos, á todos los que sobre la divinidad no piensan como los guias que se han acostumbrado á seguir : él mismo Socrates, adorador

de un solo Dios, no fué considerado como otra cosa, por el pueblo de Atenas.

Mas es, como lo hemos observado, se han acusado muchas veces de atéismo las personas que se habian tomado el mayor trabajo para establecer la existencia de un solo dios, pero que solo les faltaba el alegar pruebas satisfactorias ó convincentes; y como en semejante materia, estas son muy acreas, fue facil á sus enemigos el hacerles pasar por unos *ateos*, que habian abusado con malicia de la causa de la divinidad, defendiéndola con poca energía. No nos paremos en hacer sentir, por ahora, el poco fundamento de una verdad que debia ser tan evidente; solo diremos que se repare con cuanta freqüencia tratan de probarla, y cuan poco lo hacen al gusto de aquellos mismos que se alaban de estar intimamente convencidos de ella. Si se han exáminado los principios de aquellos que han ensayado el probar la existencia de Dios, se han hallado comunmente débiles ó falsos, porque no podian ser ni sólidos ni verdaderos; los mismos teólogos se han visto obligados á preveer que sus adversarios podian sacar unas inducciones contrarias á las nociones que tienen un interes en mantener; y por consiguiente se han elevado fuertemente contra aquellos mis-

mos en quienes creian haber hallado unas pruebas indudables de la existencia de su dios, no advirtiendo, sin duda, que era imposible el no quedar á descubierto estableciendo unos principios ó sistemas visiblemente fundados sobre un ser imaginario y contradictorio, que cada hombre vé diversamente. (1)

---

(1) ¿Que hay que pensar de los sentimientos de un hombre como Pascal, *art.* 8 de sus *Pensamientos*, en donde demuestra á lo menos una incertidumbre muy completa sobre la existencia de Dios? « Hé querido « buscar, dice, si este dios, de quien todo el mundo « habla, no habria dejado algunas señales de sí: miro « por todas partes, y no veo en ellas mas que obscuridad. « En la naturaleza no hay nada que no sea una materia « de duda y de inquietud. Si no viese nada que no de« notase que hay una divinidad, me determinaria á no « creer en ella. Si por todas partes viese señales de un « criador, reposaria tranquilo sobre la fé. Pero, no « viendo mas que demasiado para negar, y demasiado « poco para asegurar, estoy en un estado digno de las« tima, y en el que hé deseado mas de cien veces que, « si un dios sostiene á la naturaleza, que esta lo señalase « exênto de equivocacion, y que si las señales que diese « fuesen engañosas, que las suprimiese totalmente; « enfin que dijese todo ó nada, para que viese que par« tido habia de tomar. » Hé aquí el estado de un buen entendimiento; tiene que luchar contra las preocupaciones que le atan.

En una palabra, han graduado de atéismo y de irreligion á todos los que han tomado con mas empeño la causa del Dios teológico; sus partidarios mas zelosos han sido mirados como unos transfugos y traidores; y los teológos mas religiosos no han podido ponerse á cubierto para evitar este cargo, que mutuamente se han hecho, y que todos han merecido. Si se tienen por ateos á unos hombres que no poseen ningun hipocresía, que no se destruyen al momento mismo, y que quieren raciocinar sobre este dios; entonces convendremos que los hay.

CAPITULO XII.

DE SI EL ATEISMO ES INCOMPATIBLE CON LA MORAL.

Ya que hemos probado la existencia de los ateos, volvamos á las injurias que les prodigan. « Un ateo, segun Abbadie, no puede te-
« ner virtud; esta no es para él mas que una
« fantasma, la probidad un vano escrúpulo,
« y la buena fé una simplicidad... No conoce
« mas ley que la de su interes; y si este sen-
« timiento tuviese efecto, la conciencia en-
« tonces no es mas que una preocupacion, la
« ley natural una ilusion, y el derecho un er-
« ror; la beneficencia queda sin fundamento;
« los vínculos de la sociedad se desatan; la
« fidelidad se pierde; el amigo está pronto
« para engañar á su amigo, el ciudadano para
« vender su patria, y el hijo para asesinar á
« su padre, al fin de disfrutar de su sucesion,
« así que se le presente la ocasion, y que la
« autoridad ó el silencio le pongan á cubierto

« del brazo secular que solo es de temer. Los « derechos mas inviolables y las leyes mas « sagradas no deben ya ser miradas mas que « como unos sueños y unas visiones. » (1)

Tal seria puede ser la conducta, no de un ser que piensa, que siente, que reflexiona, y que es capaz de razon, pero sí de una bestia feroz, y de un insensato que no tuviese ninguna idea de las conexiones naturales que subsisten entre unos seres necesarios para su dicha recíproca. ¿Es posible el suponer que un hombre capaz de experiencia, y dotado de unas luces, por mínimas que sean, y de un poco de sentido, se pueda permitir la conducta que se atribuye al ateo, es decir á un hombre que sabe reflexionar, para desengañarse por medio de razonamientos de las preocupaciones que todo se empeña en hacerle ver como importantes y sagradas? ¿Se puede, digo, suponer que haya en ninguna sociedad bien civilizada y culta, un ciudadano bastante ciego para no conocer sus deberes mas naturales, sus mas caros intereses, y el riesgo que correria en turbar á sus semejantes, ó en no seguir otra regla mas que la de sus deseos momentaneos? Un ser que

---

(1) Véase Abbadie, *de la Verdad de la religion cristiana*, tomo I, cap. XVII.

raciocine por poco que sea, ¿no está obligado á conocer que la sociedad le es ventajosa, que necesita ser ayudado, que la estimacion de sus iguales es indispensable para su felicidad, que tiene que temer todo de la cólera de sus asociados, y que las leyes amenazan á cualquiera que se atreviese á violarlas? Todo hombre que ha recibido una buena educacion, que en su infancia ha experimentado los tiernos cuidados de un padre, que despues ha gustado la dulzura de la amistad, que ha recibido beneficios, que conoce el precio de la beneficencia y de la equidad, que siente los placeres que nos procura la afeccion de nuestros semejantes, y los inconvenientes que resultan de su aversion y de sus desprecios, tiene por fuerza que temer el perder unas ventajas tan señaladas, y exponerse por su conducta á correr los riegos mas visibles. La verguenza, el temor y el desprecio de sí mismo, turbarán su reposo cada vez que se mire y se vea como le ven los demas: los remordimientos no son solo para aquellos que creen en Dios. ¿Es acaso mas fuerte la idea de ser visto por un ser de quien solo se tienen unas vagas nociones, que por los hombres y por sí mismo, de verse forzado á temer, y de estar en la cruel necesidad de aborrecerse y avergonzarse pensando en su conducta y en los

sentimientos que infaliblemente debe atraer le esta ?

En este supuesto responderemos á este Abbadie, que un ateo es un hombre que conoce la naturaleza y sus leyes, que conoce la suya propia, y que sabe lo que esta le impone; que un ateo tiene experiencia, y que esta le prueba á cada instante, que el vicio puede dañarle, que sus faltas mas ocultas y sus disposiciones mas secretas pueden salir á luz; que esta experiencia le acredita que la sociedad es útil para su dicha, que su interes exíge que ame á su patria, que le protege y hace que disfrute con seguridad de los bienes de la naturaleza; todo le dice qûe para ser feliz debe hacerse amar; que su padre es el mejor amigo suyo; que la ingratitud alejaria de él á su bienhechor; que la justicia es necesaria para mantener toda asociacion, y que ningun hombre puede estar contento consigo mismo, cuando sabe ser el objeto del odio público.

El que haya reflexionado con madurez sobre sí mismo, sobre su naturaleza y la de sus asociados, sobre sus necesidades, y sobre los medios de procurarse lo que necesita, no podrá menos de conocer unos deberes, y de descubrir lo que se debe á sí mismo y á los demas. Luego tiene una moral y unos motivos para conformarse con ella; está obli-

gado á sentir que sus deberes son necesarios, y que si su razon no está turbada por unas pasiones ciegas ó por unas costumbres viciosas; conocerá que la virtud es para todo hombre el camino que mas seguro conduce a la felicidad. El ateo ó el fatálista fundan todos sus sistemas sobre la necesidad; asi es, que sus especulaciones morales, fundadas sobre la necesidad de las cosas, son á lo menos mucho mas fijas é invariables que aquellas que lo están sobre un dios que cambia de aspecto segun las disposiciones y las pasiones de todos los que miran. La naturaleza de las cosas y sus leyes inmutables no pueden variar; luego el ateo se vé en la precision de llamar vicio y locura lo que le daña, crimen lo que daña á los demas, y virtud á lo que les es ventajoso ó que contribuye para hacer su dicha eterna.

En esto se vé que los principios del ateo, son mucho mas firmes que los del entusiasta, que funda su moral sobre un ser imaginario y de quien varia muy á menudo la idea hasta en su propio cerebro. Si el ateo niega la existencia de un dios, no puede hacerlo de la suya propia, ni de la de sus semejantes por quienes está rodeado; no puede dudar de las conexiones que subsisten entre él y ellos, ni de la necesidad de los deberes que

dimanan de ellas; luego tampoco puede hacerlo de los principios de la moral, que no es mas que la ciencia de las conexiones que hay entre los seres vivientes en sociedad.

Si, contento con una especulacion estéril de sus deberes, el ateo no la aplica á su conducta; si, arrastrado por sus pasiones ó por sus costumbres criminales, entregado á los vicios vergonzosos, y juguete de un temperamento vicioso, parece olvidar sus principios morales, no resultará de esto el que no tenga principios ó que estos sean falsos; solo se podrá inferir, que en el delirio de sus pasiones, y en medio del acaloramiento de su razon, no pone en práctica unas especulaciones verdaderas; y que ha olvidado unos principios ciertos por seguir unas inclinaciones que le extravian.

En efecto, nada hay de mas comun en los hombres, que una discordancia muy señalada entre su entendimiento y su corazon; es decir entre el temperamento y las pasiones, las costumbres, las fantasías, la imaginacion, y el espíritu ó el juicio ayudado de la reflexion. Nada hay de mas raro, que el hallar estas cosas conformes; y entonces es cuando se vé la especulacion influir sobre la práctica. Las virtudes mas seguras son las que están fundadas sobre el temperamento de los hombres. Efectivamente, ¿no vemos todos los dias á

los mortales en contradicion consigo mismos? En una palabra, ¿no nos prueba todo el que los hombres, con la mejor teoría, tienen algunas veces la mas mala práctica, y, con la teoria mas viciosa, la conducta mas estimable?En medio de las supersticiones mas ciegas, mas atroces y mas contrarias á la razon, hallamos algunas veces unos hombres virtuosos; la docilidad de su caracter, la sensibilidad de su corazon, y la bondad de su temperamento, les atraen á la humanidad y á las leyes de su naturaleza, á pesar de sus especulaciones desenfrenadas. Entre los adoradores de un dios cruel, vengativo y envidioso, hallamos unas almas pacíficas, enemigas de la persecucion, de la violencia y de la crueldad; y entre los sectarios de un dios lleno de misericordia y de clemencia, encontramos muchos monstruos de barbarie y de inhumanidad. Sin embargo, los unos y los otros reconocen que su dios debe servirles de modelo: ¿pues porque no se conforman á él? Porque el temperamento del hombre es siempre mas fuerte que sus dioses; porque los mas malos de estos no pueden corromper á una alma honrada, y los mas débiles no pueden corregir á unos corazones guiados por el crimen. La organizacion será siempre mas poderosa que la religion; los objetos presen-

tes, los intereses momentaneos, las costumbres arraigadas, y la opinion pública, tienen mucho mas poder que unos seres imaginarios, ó unas especulaciones que dependen ellas mismas de esta organizacion.

Se trata pues de exâminar si los principios del ateo son verdaderos, y no de si su conducta es laudable. Un ateo que, teniendo una excelente teoria fundada sobre la naturaleza, la experiencia y la razon, se entrega á unos excesos peligrosos para sí mismo, y nocivos para la sociedad, es, sin duda, un hombre inconsecuente. Pero no por esto tiene que temer mas que un hombre religioso, que, creyendo en un dios bueno, equitativo y perfecto, no deja de cometer en su nombre los excesos mas horrendos. Un tirano y un ateo no son de temer mas que un tirano fanático. Un filósofo incrédulo no es tan formidable, ni pernicioso como lo es un sacerdote entusiasta, que siembra la discordia entre sus conciudadanos. ¿Un ateo revestido de poder seria acaso tan dañoso como un rey perseguidor, ó un inquisidor feroz, un devoto mal intencionado ó un supersticioso pesaroso? El numero de estos es seguramente mucho mayor que el primero, de quien las opiniones y los vicios están muy lejos de influir sobre

la socieadad, demasiado llena de preocupaciones para quererle escuchar.

Un ateo intemperante y voluptuoso, no es un hombre mas temible que un supersticioso que sabe conciliar la licencia, el libertinage y la corrupcion de costumbres, con sus nociones religiosas. ¿Hay quien pueda imaginarse de buena fé, que un hombre, porque es ateo, ó porque no teme la venganza de los dioses, se embriagará todos los dias, corromperá la muger de su amigo, forzará la puerta de su vecino, y se permitirá todos los excesos mas nocivos para sí mismo, ó los mas dignos de castigo? Luego los vicios del ateo no tienen nada de mas extraordinario que los del hombre religioso; por lo que tampoco tienen nada de que avergonzarse. Un tirano que fuese incrédulo, no seria para sus vasallos un azote mas incómodo que un tirano religioso; ¿pues que los pueblos de este, no serian mas dichosos solo porque el tigre que los gobierna cree en Dios, colma á sus sacerdotes de regalos, y porque se humilla á sus pies? A lo menos, bajo el imperio de un ateo, no hay que temer las opresiones religiosas, las persecuciones por opinion, las proscripciones, ni las violencias inauditas, para las que, aun bajo los príncipes mas humanos, los intereses del

cielo sirven con demasiada freqüencia de pretexto. Si una nacion es la víctima de las pasiones y de las locuras de un soberano infiel, á lo menos no lo será de su ciega obstinacion por unos sistemas teológicos que no entiende, ni de su zelo fanático, cuya pasion, entre todas las de los reyes, es la mas destructora y peligrosa. Un tirano ateo que persiguiese por opiniones, seria un hombre inconsecuente á sus principios, y no nos presentaria en esto mas que un nuevo ejemplo de que los mortales siguen mucho mas sus pasiones, sus intereses y sus temperamentos, que sus especulaciones; pero es evidente que el ateo tiene un pretexto de menos que el príncipe crédulo, para ejercer su maldad natural.

En efecto, si las causas se exáminan á sangre fria, se verá que el nombre de Dios no sirvió sobre la tierra, mas que como un pretexto para que los hombres se entregasen á sus pasiones. La ambicion, la impostura y la tiranía se han unido al fin de alucinar y subyugar á los pueblos. El monarca se sirve de esta union para dar un brillo divino á su persona, la sancion del cielo á sus derechos, y hacer que sus fantasías, injusticias y extravagancias, pasen como unos oráculos. El sacerdote se sirve de ellas para hacer valer sus pretensiones, al fin de contentar su avaricia, su

orgullo y su independencia. El supersticioso vengativo y colérico se sirve de la causa de su dios, para dar libre curso á su venganza, á su crueldad y á sus furores, que califica de *zelo santo*. En una palabra, la religion es peligrosa, porque justifica y hace legitimas ó laudables las pasiones y los crímenes de los cuales recoge el fruto; segun sus ministros, todo es permitido para vengar al altísimo de las injurias que le hacen los hombres; de modo que la divinidad no parece ser hecha mas que para autorizar y paliar las mayores atrocidades. Cuando el ateo comete algunos crimenes no puede al menos pretender que es su dios quien lo ordena y lo aprueba. Esta es la excusa que nos dan los superticiosos por su maldad, el tirano por sus persecuciones, el sacerdote por su crueldad y sedicion, el fanático por sus excesos, y el penitente por su inutilidad.

« No son, dice Bayle, las opiniones gene-
« rales del espíritu las que nos determinan á
« obrar, pero sí las pasiones. » El atéismo es un sistema que no hará que el hombre bueno se vuelva malo, ni que el malo se vuelva bueno. «Aquellos, dice el mismo autor,
« que abrazaron la secta de Epicuro, no se
« pervirtieron por haber abrazado su doctrina
« mal entendida, pero sí, porque cuando lo

« hicieron, ya estaban pervertidos ». (1) De la misma manera podrá tambien un hombre perverso abrazar el atéismo, lisongeado de que este sistema pondrá sus pasiones en libertad; pero se engaña, porque el atéismo bien entendido, está fundado sobre la naturaleza y la razon, quienes, como lo hace la religion, no justificarán nunca, ni tampoco expiarán los crímenes de los malos.

De haber hecho depender la moral de la existencia y voluntad de un dios, que se propuso para servir de módelo á los hombres, resultó sin duda un inconveniente muy grande. Unas almas corrompidas que llegaron á descubrir cuan falsas ó dudosas eran todas estas suposiciones, soltaron las riendas á sus vicios, y se decidieron á creer que no habia mejores motivos para hacer el bien que para hacer mal; se imaginaron que la virtud, como los dioses, no era mas que una idea puramente quiméca, y que así no habia ninguna razon en el mundo para que se practicase. Es muy evidente, no obstante, el que no es como criatu-

(1) Véase Bayle, *Pensamientos diversos*, § 177. Séneca habia dicho antes que él: *Ita non ab Epicuro impulsi luxuriantur; sed vitiis dediti, luxuriam suam in philosophiæ sinu abscondunt.*

Véase Séneca, *de Vitâ beatâ*, cap. XII.

ras de un dios que debemos llenar los deberes de la moral; sino como hombres, y como seres sensibles y vivientes en sociedad, tratando de conservar una existencia dichosa. Que exista ó no un dios, nuestros deberes serán siempre los mismos, y nuestra naturaleza consultada nos probará que el vicio es un mal, y la virtud un bien (1).

Si efectivamente se han hallado algunos ateos que hayan negado la distincion que hay entre el bien y el mal, ó que se hayan atre-

(1) Se asegura que ha habido filósofos y ateos que han negado la distincion del vicio y de la virtud, y que han predicado la prostitucion y la licencia en las costumbres, en cuyo número se pueden poner *Aristippo*, *Teodoro*, reconocido por *ateo*, *Byon* el *Borysténito*, *Pyrrhon*, etc. entre los antiguos (*V. Diogenes Laërce*); y entre los modernos el autor de la *fabula de las abejas*, quien puede que no se haya propuesto mas que el hacer sentir que por la presente constitucion de cosas, los vicios se han identificado con las naciones para quienes se han llegado á hacer necesarios, así como los licores fuertes para un paladar usado. El autor que ha publicado *el Hombre máquina* ha raciocinado sobre las costumbres como un verdadero frenético. Si estos autores hubiesen consultado tanto la moral como la religion, hubieran hallado que, muy lejos de conducir al vicio y á la disolucion, conduce hácia la virtud.

Nunquàm aliud natura, aliud sapientia dicit.

Véase Juvenal, satira 14, verso 32:

A pesar de los pretendidos riesgos que tantas per-

vido á hollar los fundamentos de toda moral, debemos concluir, que han obrado y raciocinado muy mal sobre este punto, y que no han conocido la naturaleza del hombre, ni el verdadero origen de sus deberes; que han supuesto falsamente que la moral, como la teología, no era mas que una ciencia ideal, y que una vez que los dioses quedasen destruidos, se acababan relaciones entre los mortales. La menor reflexion, no obstante, les ha probado, que la moral está fundada sobre unas conexiones inmutables, subsistentes entre unos seres sensibles, inteligentes y sociables;

---

sonas creen ver en el atéismo, la antigüedad lo juzga de un modo mucho mas favorable. Diógenes Laërce nos dice que Epicuro era de una bondad increible, que su patria hizo erigir su estatua, que tuvó un número prodigioso de amigos, y que su escuela subsistió muchísimo tiempo. *V. Diogen. Laërce*, X, 9 Ciceron, aunque enemigo de las opiniones epicureas, dá un testimonio brillante de la probidad de Epicuro y de sus discípulos, que se distinguian por la amistad que mutuamente se profesaban. *V. Cic. de Finibus*, II, 25. La filosofia de Epicuro fué por muchos siglos enseñada publicamente en Atenas, y Lactancio dice que fué la mas seguida: *Epicuri disciplina multo celebrior semper fuit quàm cæterorum. V. Instit. divin.* III, 17. Del tiempo de Marco Aurelio, habia en Atenas un profesor público de la filosofia de Epicuro, pagado por este emperador, el que era estóico.

que sin virtud ninguna sociedad puede sostenerse, y que ningun hombre puede conservarse sin poner un freno á sus deseos. Los hombres están por natureleza, obligados á amar la virtud y temer el crimen, como tambien á buscar el bien estar, y á huir del dolor; y se ven obligados por ella á hacer diferencia entre los objetos que les gustan y los que les dañan. Si á un hombre que sea bastante insensato para negar la diferencia del vicio y de la virtud, se le pregunta si le seria indiferente el que le diesen de golpes, le robasen y calumniasen, fuese pagado de ingratitud, deshonrado por su muger, insultado por sus hijos, y engañado por sus amigos; su repuesta probaría que, aun que diga lo que quiera, hará diferencia entre las acciones de los hombres, y que la distincion del bien et del mal, no depende de manera alguna de las convenciones de los hombres, de las ideas que se pueden tener sobre la divinidad, ni de las recompensas ó castigos, que esta prepara en la otra vida.

El ateo, al contrario, deberia sentirse mucho mas interesado que otro, en practicar las virtudes de que pende su bien estar en este mundo. Si sus miras no se extienden mas allá de los limites de su existencia presente, debe á lo menos desear el pasar sus dias en

la felicidad y en la paz. Todo hombre que en la calma de sus pasiones entra en si mismo, conocerá que su interes le dicta el conservarse, y que su dicha exige el que tome los medios necesarios para gozar pacificamente de una vida exênta de alarmas y de remordimientos. El hombre debe siempre alguna cosa á los demas hombres, no porque, si les hace una injuria, deba temer el ofender á Dios, sino porque violaria las leyes de la equidad si no evitase el hacerles daño, pues que sobre esta concordia reposan y están mantenidos todos los seres de la especie humana.

Casi todos los dias vemos hombres que reunen á sus talentos y conocimientos generales, unos vicios vergonzosos y un corazon corrompido; sus opiniones serán acaso ciertas sobre algunos puntos; pero tambien pueden ser falsas sobre otros muchos: sus principios pueden tambien ser justos; pero las inducciones que de ellos sacan, son por lo regular falsas y precipitadas. Al mismo tiempo que el hombre puede tener bastantes conocimientos para desengañarse de algunos errores, puede no tener bastantes fuerzas para deshacerse de su inclinacion natural al vicio. Los hombres no son mas que lo que quiere su organizacion modificada por la costumbre, por la education, por el ejemplo, por el gobierno, por la

opinion, y por las circunstancias duraderas ó momentaneas. Sus ideas religiosas y sus sistemas imaginarios tienen que acomodarse á sus temperamentos, inclinaciones é intereses. Si el sistema que se hace un ateo no le quita los vicios que antes tenia, á lo menos no le dá otros; en igual que la supersticion dá á sus sectarios, mil pretextos para hacer mal sin remordimiento; el atéismo á lo menos no muda el hombre, y no dará mas pasiones ni mas vicios al que no tiene inclinacion á ellos por su temperamento; en igual que la supersticion los incita, con el perdon que promete á todas nuestras culpas. « El atéismo, dice el « *canciller Bacon*, permite al hombre la ra- « zon, la filosofia, la piedad natural, las leyes, « la reputacion, y todo cuanto puede servir « de guia á la virtud; pero la supersticion « destruye todas estas cosas, y se erige en ti- « rania en el entendimiento de los hombres; « por cuyo motivo el atéismo no turba nunca « los estados, pero hace que el hombre sea « mas próvido para consigo mismo, por que no « vé nada fuera de esta vida. » El mismo autor añade « que los tiempos en que los hom- « bres se han inclinado al atéismo han sido « los mas tranquillos; en vez de que la su- « persticion ha abrasado siempre los espiritus, « y conducido á los mayores desórdenes, por-

« que ha embriagado el pueblo con novedades que le alucinan y arrastran. » (1)

Los hombres acostumbrados á meditar y á hacer todo su placer del estudio, no son de ningun modo unos ciudadanos peligrosos; sus especulaciones, sean cual fuesen, no pueden producir ninguna revolucion en la tierra. El entendimiento del pueblo, susceptible de acalorarse con lo maravilloso y entusiástico, resiste testarudamente á las mas simples verdades, y no gusta de los sistemas que requieren mucha reflexion y razonamiento. El sistema del atéismo, no puede ser mas que el fruto de un estudio seguido y de una imaginacion fria, con la experiencia y el razonamiento. El pacífico Epicuro no turbó nunca la Grecia; el poema de Lucrecio no ha suscitado ninguna guerra civil en Roma. Bodin no fué el autor de la Liga; los escritos de Espinosa no han excitado en Holanda tantas desgracias como las disputas de Gomar y Arminio. Hobbes no ha hecho derramar sangre en Inglaterra, en tiempo en que el fanátismo religioso hizo perecer un rey en un cadhalso.

Enfin, podemos desafiar los enemigos de la

(1) Véanse los *Ensayos de moral de Bacon*. Es bueno el observar que este pasage ha quedado suprimido en la traduccion francesa de este tratado

razon humana, á que nos citen un solo ejemplo que pruebe de un modo decisivo, que las opiniones puramente filosóficas, ó directamente contrarias á la religion, hayan jamas causado el menor desasosiego en un estado. Los tumultos provienen siempre de las opiniones teológicas, porque los príncipes y los pueblos se han imaginado locamente que debian tomar parte en ellas. La sola filosofia peligrosa es la que los teológos han combinado con sus sistemas. La filosofia corrompida por los curas, es la que enciende el fuego de la discordia, la que hace los pueblos rebeldes, y correr arroyos de sangre en el mundo. No hay una sola qüestion teológica que no haya causado los mayores males á los hombres, en igual que todos los escritos de los ateos, sean antiguos ó modernos, no han causado nunca el menor mal, mas que para los mismos que han sido muchas veces inmolados por la impostura.

Los principios del atéismo no sirven para el pueblo, que generalmente está bajo la tutela de sus curas; tampoco sirven para los espíritus frívolos y disipados, que llenan la sociedad con sus vicios é inutilidad; tampoco son buenos para los ambiciosos é intrigantes, que no conocen otro interes mas que el de turbar el mundo entero; y enfin apénas sir-

ven para las personas instruidas, que rara vez tienen bastante valor, para apartarse de las preocupaciones que han recibido.

Son tantas las causas que se reunen para confirmar los hombres en los errores que han mamado con la leche de sus madres, que cada paso que hacen para alejarse de ellos les cuesta el mayor trabajo. Las personas mas ilustradas no dejan de tener sus preocupaciones; si las abandonamos, nos veremos aislados, y como si no hablasemos la lengua de la sociedad en que vivimos. Es preciso tener mucho valor, para apartarse del modo de pensar de la generalidad. En los paises en que los conocimientos científicos han hecho algunos progresos, y en que por consiguiente se goza de la libertad de pensar, se hallan un gran número de deistas ó de incrédulos que, satisfechos con haber derribado las preocupaciones mas groseras del vulgo, no se atreven á buscar la margen, y citar la divinidad delante del tribunal de la razon. Si estos hombres se atreviesen á seguir en su camino, la reflexion les convenceria en breve que el dios que no se atreven á exáminar es un ser tan dañoso y tan contrario á la razon, como los dogmas, los misterios, y las fábulas supersticiosas de que han reconocido ya la futilidad; conocerian

tambien que todas las cosas no son mas que la consecuencia necesaria de las nociones primitivas que los hombres se hacen de la fantasma divina, pues que en el mero hecho de admitirle concurren con todas las demas nociones, por extravagantes que sean. Un poco de atencion haria ver que esta fantasma es precisamente la verdadera causa de los males de la sociedad, y que las disputas sangrientas inventadas á cada instante por la religion y por el espiritu de partido, son los efectos inevitables de la importancia que se atribuye á una ilusion muy propia para poner los espiritus en combustion. Enfin, es facil el convencerse, que un ser imaginario, que se nos presenta siempre bajo un aspecto terrible, debe obrar vivamente sobre las imaginaciones, y producir tarde ó temprano muchas disputas sobre el entusiasmo, el fanátismo y el delirio.

No faltan muchos que reconozcan que las extravagancias que la supersticion produce, son unos males muy verdaderos; todos los dias vemos muchas personas desengañadas de la religion, afirmar, no obstante, que *es necesaria para el pueblo*, que no podria ser contenido sin ella. ¿Pero no es esto lo mismo que si dijeramos, que el veneno es util para el pueblo, y que se le debe envenenar para

impedir el que abuse de sus fuerzas? ¿No es esto decir que se le debe hacer absurdo, insensato y extravagante? Ademas, ¿es acaso verdad que la religion influye de un modo verdaderamente util sobre las costumbres del pueblo? Al contrario, es facil el conocer que no hace mas que esclavizarle sin hacerle mejor, y hacerle estúpido, y que no conozca mas virtudes que las de una ciega sumision á las ceremonias mas fútiles, á que atribuye mas importancia que á las virtudes reales, y á los deberes de la moral, que no ha conocido nunca. Si la religion contiene por casualidad algunos hombres temerosos, no contiene el mayor número, que se deja llevar de los vicios epidémicos de que está infectada. En los paises en que la supersticion tiene mas poder, las costumbres son siempre mas depravadas. La virtud es incompatible con la ignorancia, la supersticion y la esclavitud: un esclavo no teme mas que los suplicios; un niño no teme mas que el azote. Para formar verdaderos ciudadanos, es preciso instruirles, hacerles ver la verdad, hablar el lenguage de la razon, hacerles conocer sus intereses, enseñarles á respetarse á sí mismos, á temer la verguenza, y hacerles conocer el precio de la virtud, y los motivos por que deben seguirla. ¿Como hemos

de esperar estos efectos de la religion, que los degrada, ó de la tiranía, que no se propone mas que domarlos, dividirlos, y retenerlos en la sujecion?

Las ideas falsas que tantas gentes tienen de la utilidad de la religion, que creen capaz de contener al pueblo, provienen de la preocupacion funesta que dice que las verdades pueden ser peligrosas. Este principio es muy capaz de eternizar las desgracias de la tierra, y de él se puede inferir que los errores sagrados de los hombres, son los que su interes exige que se destruya completamente, y que la verdadera filosofia debe tener el mayor cuidado de combatir. No hay que temer que produzca ninguna revolucion; cuanto mas hable la verdad, mas singular parecerá; cuanto mas simple sea, menos agradará á los hombres, que no quieren lo que no es maravilloso. Los mismos que la buscan con mas ardor, tienen una inclinacion irresistible, á conciliar el error con la verdad. (1)

---

(1) El ilustre Bayle, que ha enseñado á dudar con tanta sabiduría, dice con razon, que *solo la verdadera filosofia puede, como un Hercules, destruir los monstruos de los errores populares.* Véase *Pensamien-*

Hé aquí, sin duda, porque el atéismo, cuyos principios no han sido hasta ahora bastantemente explicados, parece alarmar hasta las personas que han escapado á las preocupaciones. Estas personas creen hacer bien en seguir un camino medio, y conservan la fantasma, sin preveer que al cabo y al fin, acabará por llenar de locuras la cabeza de los débiles humanos. La mayor parte de los incrédulos y reformadores, no hacen mas que atacar las ramas de un arbol envenenado, sin atreverse á atacar la raiz, y no ven que esta producirá nuevos arbustos. La teología y la religion serán siempre unas materias combustibles, que acabarán por encenderse en la imaginacion de los hombres. Mientras que el sacerdocio tenga el derecho de infectar la juventud, de acostumbrarla á temblar de unas palabras, de alarmar las naciones con el nombre de un dios terrible, el fanátismo será dueño de los entendimientos, y la impostura dirigirá y turbará los mayores estados. El deismo es un sistema, con el cual el entendi-

---

tos diversos, § 21. Lucrecio habia dicho antes que él :

Hunc igitur terrorem animi, tenebrasque necesse est
Non radii solis, neque lucida tela diei
Discutiant, sed naturæ species ratioque.

Véase *Lucret.* lib. I, verso 14.

miento humano no puede contentarse; fundado sobre una ilusion, se le verá tarde ó temprano degenerar en una supersticion absurda y peligrosa.

En los paises en que reyna la libertad, los incrédulos y deistas son mas comunes; pero los ateos se encuentran sobre todo en las naciones en que la supersticion, ayudada de la autoridad soberana, hace sentir el peso de su yugo, y abusa con impunidad de su poder ilimitado. (1) Efectivamente, cuando en estos paises, la ciencia, los talentos y los gérmenes de la reflexion no se han perdido aun enteramente, la mayor parte de los hombres que piensan, no pudiendo sufrir los abusos de la religion, sus locuras multiplicadas, la corrupcion y tiranía de sus ministros, y las cadenas que impone, creen con

(1) Se dice que los ateos son mas raros en los payses protestantes que en los católicos, en los cuales los príncipes intolerantes son enemigos de la libertad de pensar. La Italia ha dado la vida á *Jordano Bruno*, *Campanella*, *Vanini*, etc. No hay duda que sin la persecucion *Espinosa* no hubiera formado su sistema. Es tambien de creer que el fanátismo que llevó al cadhalso Santiago I° rey de Inglaterra, fué la causa del atéismo de *Hobbes*, que se imaginó que valia mas el tener un tirano físico que uno moral. Espinosa, seducido por Hobbes, dice lo mismo en su *Tractatus theologico-politicus*.

razon no poder jamas alejarse bastante de sus principios; el dios que sirve de base á semejante religion se les hace tan odioso como ella misma. La opresion hace al fin que el alma salga de su entorpecimiento; hace que se exáminen las causas de sus males; la desgracia es un timon que inclina los espíritus á la verdad; ¡cuan terrible debe de ser la razon irritada para la mentira! La arranca la máscara, la persigue continuamente, y goza á lo menos interiormente de su confusion.

CAPITULO XIII.

DE LOS MOTIVOS QUE CONDUCEN AL ATÉISMO. ¿DE SI PUEDE ESTE SISTEMA SER PELIGROSO, Y DE SI PUEDE SER SEGUIDO POR EL VULGO?

Estas reflexiones y estos hechos bastarán para responder á los que preguntan que interes pueden tener los hombres en no admitir un dios; las tiranías, las persecuciones, las violencias sin número que se ejercen en nombre de este; la esclavitud en que sus ministros ponen á los pueblos; las disputas sangrientas que este dios ha suscitado; el número de desgraciados de que su idea funesta ha llenado el mundo, ¿no son unos motivos bastante fuertes y bastante interesantes para determinar todo hombre sensible y capaz de pensar, á exáminar los títulos de un ser, que hace tanto mal á los habitantes de la tierra?

Un teista muy estimable por sus talentos pregunta ¿si puede haber alguna cosa fuera del

mal humor que pueda fòrmar un ateo (1)? A esto le diré que sí; que hay aun, la de conocer las verdades interesantes; hay tambien, el deseo de saber á lo que debemos atenernos sobre el objeto que se nos anuncia como el mas importante; hay tambien, el temòr de engañarse sobre un ser que se ocupa de las opiniones de los hombres, y que no sufre que le engañen sobre este particular. Pero, aun cuando estos motivos ó estas causas no subsistiesen, ¿la indignacion ó bien el mal humor, no son unas causas legítimas y unos motivos poderosos, para exáminar de cerca las pretensiones y los derechos de un tirano invisible, en cuyo nombre se cometen tantos crímenes sobre la tierra? Todo hombre que

(1) Véase *Mylord Schaftsbury* en su carta sobre el *Entusiasmo*. El doctor Spencer dice que « es una treta « del demonio, que se esfuerza en hacer aborrecer la « divinidad, la que nos la representa bajo un aspecto « tan aborrecible, que la hace semejante á la cabeza « de Medusa, de modo que los hombres, por desembarazarse de este demonio, tienen que volverse « ateos. » Pero se le podria decir al doctor Spencer, que *este demonio que se esfuerza en hacer aborrecer la divinidad* es el interes del clero, que fué siempre el de asustar á los hombres para hacerles esclavos é instrumentos de sus pasiones. Un dios que no hiciese temblar, no serviria de nada para los curas.

piensa, que siente, y que tiene una alma fuerte, no puede menos de enfadarse con el déspota que es visiblemente el pretexto y la margen de todos los males que el género humano sufre continuamente en todas partes. ¿No es este dios fatal, la causa y el pretexto del yugo de yerro que le oprime, de la servilidad en que vive, de la ceguedad que le cubre, de la supersticion que le envilece, de las acciones insensatas que le desesperan, de las quimeras que le dividen, y de las violencias que tiene que sufrir? Toda alma en quien la humanidad no se ha extinguido, no puede menos de irritarse contra una fantasma que no se nos hace ver en todos los paises, mas que como un tirano caprichoso, inhumano y desrazonable.

Ademas de estos motivos tan naturales, daremos tambien otros mas personales para todo hombre que reflexiona. ¿Puede haber uno mas fuerte que el temor importuno que debe alimentar sin cesar el entendimiento de un hombre pensativo; la idea de un dios bizarro, tan sensible que se irrita de los pensamientos mas secretos, y á quien nadie puede estar seguro de agradar; que no está sujeto á ninguna de las reglas de la justicia ordinaria; que no debe nada á sus débiles criaturas; que las dá la libertad de seguir sus malas inclinaciones,

con el fin de tener un derecho para castigarlas? ¿Que puede haber de mas razonable ni de mas justo que el constatar la existencia, la esencia, las calidades, y los derechos de un juez severo, que debe vengarse eternamente de los delitos que se han cometido en un momento? ¿Que puede haber de mas loco, que el llevar sin inquietud, como lo hacen la mayor parte de los mortales, el yugo que les oprime sin piedad? Las calidades horribles que atribuyen á la divinidad, hacen que todo ser sensato trate de apartarla de su corazon, de sacudir su yugo detestable, y de negar la existencia de un dios que hacen aborrecible por las calidades que le atribuyen. Si verdaderamente existiese un dios zeloso de su gloria, el crimen mas capaz de irritarle, seria el de las blasfemias que los hipócritas, que se dicen sus ministros, derraman continuamente contra él. La fantasma que el supersticioso adora, y que maldice en lo interior de su corazon, es un objeto tan terrible, que todo sabio que reflexiona, tiene que detestarla, aborrecerla y huirla, por no caer entre sus manos. *No hay cosa mas horrible*, dice el fanático, *que la de caer en las manos del Dios viviente;* para que así no sea, el sabio se pone bajo la proteccion de la naturaleza, que es la única que puede servirle de

abrigo contra las tempestades continuas que las ideas sobrenaturales producen en los entendimientos.

El deista no dejará de decir que Dios no es lo que la supersticion le hace; pero el ateo le dirá que la misma supersticion, como tambien todas las demas nociones absurdas que en sí encierra, provienen de la idea que se han formado de la divinidad; que su incomprehensibilidad basta para dar un fundamento á las mayores absurdiades. Esta ilusion fundamental debe ser corregida, ó por mejor decir, borrada enteramente, para poder asegurar su reposo, conocer sus deberes, y procurarse la serenidad del alma, sin la cual no puede haber felicidad sobre la tierra. Si el dios del supersticioso es lugubre, el del teista est contradictorio y funesto cuanto mas se le medita, y de él la impostura abusará tarde ó temprano. La naturaleza sola es capaz de poner el entendimiento y el corazon al abrigo de la mentira.

Respondamos tambien á los que se imaginan que el interes de las pasiones y el temor de los castigos son los solos que producen los ateos, que quieren que no exista un ser supremo; respondo que no hay duda que el interes solo de las pasiones, es el que nos inclina á hacer pesquisas sobre este particu-

lar, y que sin interes ningun hombre indagaria. Luego solo se trata de exáminar, si son las pasiones las que determinan algunos filòsofos á discutir si los derechos de los dioses son legitimos ó no. Acabamos de explicar estos intereses, y hemos probado que todo hombre sensato encontraba en sus inquietudes y sus temores, bastantes motivos para asegurarse si es necesario el pasar su vida en alarmas continuas. ¿ Quien me podrá hacer creer que un desgraciado, injustamente condenado, no tiene el derecho de desear el romper sus cadenas, y escaparse del suplicio que le espera? ¿Quien me hará creer que su deseo de libertad no es legitimo, y que no haria bien en recobrarla para procurarsela despues á sus compañeros de infortunios? ¿Un ateo que escrive, no es mas que un preso escapado, que trata de salvar á los demas. (1)?

Convendremos tambien en que la corrupcion de costumbres, la licencia, y aun la ligereza del entendimiento, pueden conducir á la irreligion y á la incredulidad; pero el hombre

---

(1) Los curas dicen que el deseo de distinguirse es el que hace los ateos: en esto hacen como los grandes, que llaman insolentes á los que no quieren bajarse á ellos. Todo hombre sensato tiene el derecho de preguntar á los curas, en que consiste su superioridad.

puede ser libertino, y afectar mucha incredulidad, sin ser un ateo. No hay duda que hay mucha diferencia entre los ateos por conviccion, y los ateos por preocupacion. Hay muchas personas que renuncian á las preocupaciones solo por vanidad; pero estos incrédulos no tienen ninguna idea cierta, y, muy poco capaces de raciocinar ellos mismos, lo son aun menos de seguir los razonamientos de los demas; son irreligiosos como los demas, son religiosos, es decir por credulidad. Un voluptuoso, un ambicioso, un intrigante, un hombre frivolo y disipado, y una muger sin honor, ¿ son acaso unos personages bien capaces de juzgar de una religion que no han profundizado, ni de sentir la fuerza de un argumento ? Si algunas veces perciben un poco la verdad en medio de las pasiones que les rodean, no por eso deja en ellos, ninguna traza solida de su presencia. Los hombres corrompidos no atacan los dioses mas que cuando se los presentan como enemigos de sus

---

Ademas que el interes es el solo móvil que haya guiado los sacerdotes á hacerse curas. Sea como fuese, estos, satisfechos con ejercer su imperio sobre el vulgo, deberian permitir á los filósofos que pensasen como quisiesen. Tertuliano ha dicho : *Quis enim philosophum sacrificare compellit?* Véase Tertul. *Apolog.* cap. 46.

pasiones (1). El hombre de bien los ataca porque los conoce por enemigos de la virtud, dañosos para su felicidad, y funestos para el género humano.

Cuando nuestra voluntad es dirigida por motivos ocultos y complicados, es muy difícil el conocer lo que la determina ; un hombre malvado puede ser conducido al atéismo por unos motivos que no se atreve á conocer, y puede creer seguir la verdad, en igual que no sigue mas que sus pasiones. El temor de un dios vengativo, le hará tal vez negar su misma existencia, sin mucho reflexionar, unicamente porque le es incomoda. No obstante, las pasiones hacen algunas veces que encontremos la verdad. Un hombre perverso que la encuentra, es como el que por huir de un peligro imaginario, halla en su camino una serpiente peligrosa que mata con sus pies al correr ; este hace por casualidad, lo que otro haria apénas á fuerza de estudio. Un malo que teme á su dios, y que no quiere

(1) Arrien dice que cuando los hombres hallan los dioses contrarios á sus pasiones, los aborrecen, y derriban sus altares. Cuanto mas atrevido sea el sistema de un ateo, tanto mas debe tener cuidado que su conducta esté al abrigo de todo reproche; porque este es el único modo que tiene de hacer ver que su moral es la mejor.

someterse á sus mandatos, hallará tal vez mucha facilidad en conocer la futilidad de la religion, aunque no por eso conocerá mejor sus deberes.

Es preciso ser desinteresado para juzgar sanamente de las cosas, y solo un hombre sensato y virtuoso es capaz de abrazar con conocimiento el sistema de la naturaleza. El malo y el picaro son incapaces de juzgar con candor; el hombre virtuoso es solo capaz de juzgar con acierto, y aun de desear la existencia de un dios remunerador de la bondad de los hombres; si renuncia a estas ventajas que su hombria de bien merecería, es porque conoce que la existencia de semejante ser es imposible, sobre todo del modo con que nos la presentan. Efectivamente, todo hombre que reflexiona un poco, se percibe que para un timido mortal del cual este dios retiene las débiles pasiones, hay un millon que no puede retener, y de los que al contrario excita el furor; que para uno que consuela, aflige y consterna una infinidad de otros; en una palabra, halla que para un entusiasta inconsecuente que este dios, que creen bueno, hace dichoso, llena de discordia y de afliccion los paises mas vastos, y echa los pueblos enteros en el dolor y en las lágrimas.

Sea como fuese, no nos embarazemos de los motivos que pueden determinar un hombre á abrazar un sistema; exáminemos solo el sistema. La mentira es la que daña á los hombres; si el error es la margen de sus males, la razon lo es de su felicidad. No debemos pues informarnos de la conducta del hombre que nos presenta un sistema; sus ideas pueden ser muy buenas sin que su conducta lo sea. Si el atéismo no puede hacer malvado un hombre que no lo es por su naturaleza, tampoco puede hacer bueno el que no lo es de por sí. Pero hemos demostrado que el supersticioso, cuando tiene las pasiones fuertes y un corazon depravado, halla en su misma religion un apoyo para sus vicios. El ateo no puede alegar su zelo para cubrir su furor, ni expiar á fuerza de dinero y de ceremonias ridículas, los ultrages que ha hecho á la sociedad; no tiene la ventaja de reconciliarse con su dios, ni de calmar su conciencia con algunos ritos faciles; si el crimen no ha amortecido todo sentimiento en su corazon, no puede menos de llevar consigo un juez inexórable, que le echa continuamente en cara su conducta odiosa, y le hace aborrecerse á sí mismo, y temer las miradas y el resentimiento de los demas. El supersticioso, si es malo, se deja

llevar del crimen con remordimiento, pero su religion le saca en breve de su temor; su vida no es generalmente mas que una larga cádena de culpas y remordimientos, de pecados y de expiaciones; y aun mas, algunas veces comete unos crímenes mas grandes para expiar los primeros; sin conocimiento exácto de la moral, no conoce otras faltas mas que las que le han sido marcadas por los ministros de su dios, y cree virtudes los mayores crímenes solo por que le han dicho serle agradables. Este es el motivo por que hemos visto tantos fanáticos expiar con sus persecuciones atroces, sus adulterios, sus infamías, y bañarse en la sangre de los supersticiosos, que su obstinacion hace víctimas y mártires, para lavarse de sus iniquidades.

Un ateo que haya consultado bien la naturaleza, tendrá unos principios mas seguros y mas humanos que los supersticiosos. La religion de estos, siempre entusiástica, conduce absolutamente á la locura y la crueldad. Nunca se alucinará la imaginacion de un ateo bastante, para hacerle creer que las violencias, las injusticias, las persecuciones y los asesinatos, son unas acciones virtuosas ó legítimas. Todos los dias vemos que la religion ó la causa del cielo, ciegan de tal modo las personas mas humanas, equitativas y sensatas sobre toda

otra materia, que creen que es de su deber el tratar con la mayor barbarie los hombres que se apartan de su modo de pensar. Un herético parece menos que un hombre á los ojos de los supersticiosos. Todas las sociedades, envenenadas con la religion, nos presentan una infinidad de asesinatos jurídicos, que los tribunales cometen sin el menor remordimiento. Los jueces, mas equitativos sobre otras materias, no lo son cuando se trata de las ilusiones teologicas, y creen conformarse con la voluntad divina, bañandose en sangre. Las leyes, casi siempre fundadas sobre la superstición, son sus complices; de modo que legitiman ó transforman en deberes, las crueldades mas contrarias á los derechos sagrados de la humanidad. (1) Todos estos campeones de la religion, que, por piedad y por deber, le inmolan las víctimas que les designa, ¿que son sino unos tiranos que tienen la injusticia de violar los pensamientos, y la locura de creer

(1) El presidente de Grammont, recuerda con una satisfaccion digna de un canibal, los pormenores del suplicio de Vanini, quemado en Tolosa, á pesar de que habia retractado sus opiniones. Este presidente llega, hasta á quejarse de los gritos que los tormentos hacian echar á esta desgraciada víctima de la religion.

que se les puede encadenar? ¿Que son sino unos fanáticos á quienes la ley, dictada por las preocupaciones humanas, impone la necesidad de transformarse en animales feroces? Todos estos soberanos que, por vengar el cielo, atormentan y persiguen á sus vasallos, sacrificando las víctimas humanas á la maldad de sus dioses antropófagos, ¿que son sino unos hombres cuyo zelo religioso les convierte en tigres? Estos sacerdotes tan interesados en la salud de las almas, que fuerzan insolentemente el sanctuario del pensamiento, con el objeto de hallar en las opiniones del hombre unos motivos para dañarle, ¿que son sino unos embusteros odiosos y unos perturbadores del reposo de los espíritus, á quien la religion hace mil honores, pero que la razon detesta? ¿Que malvados, perversos y crueles, pueden ser mas odiosos á los ojos de la humanidad, que estos infames *inquisidores*, que, por alucinamiento de los príncipes, gozan de la potestad de juzgar á sus mismos enemigos, y de entregarlos á las llamas? Pues, á pesar de esto, la superstición de los pueblos les respeta, y el favor de los reyes les colma de beneficios. Enfin, ¿no tenemos mil ejemplos que nos prueban que la religion ha producido y justificado en todas partes los errores mas extraños? ¿No ha armado mil veces las manos de los hom-

bres con puñales homicidas, dado un libre curso á unas pasiones mucho mas terribles aun, que las que pretenden querer contener, y roto los nudos mas sagrados para los mortales? Bajo el pretexto del deber, de la buena fé, de la piedad y del zelo, ¿no la hemos visto y vemos proteger la crueldad, la concupiscencia, la ambicion y la tiranía? ¿No ha legitimado inumerables veces, la causa de Dios, el homicidio, la perfidia, el perjurio, la rebelion y el regicidio? Estos príncipes que tan á menudo se han constituido los campeones del cielo y los lictores de la religion, ¿no han sido cási siempre las víctimas mas deplorables de ella? En una palabra, ¿no ha sido el nombre de Dios, la señal de orden para cometer las mas tristes locuras y los mas horrendos atentados? Los altares de todos los dioses, ¿no han nadado en sangre en todas partes? Y, cualquiera que haya sido la forma bajo la cual se ha presentado la divinidad, ¿no fué en todos tiempos la causa ó pretexto de la violacion mas insolente de los derechos de la humanidad? (1)

---

(1) Será bueno el observar que la religion de los cristianos, que se jacta tanto de dar á los hombres las ideas mas justas de la divinidad, que siempre se la

Mientras que un ateo goze de todos sus sentidos, no se persuadirá nunca que semejantes acciones puedan ser justificadas, ni creerá que

---

acusa de turbulenta y sanguinaria, no enseña á su dios mas que por el lado de la bondad y de la misericordia; que se gloria de haber enseñado la moral mas pura, y que pretende establecer para siempre la paz y la concordia entre aquellos que la profesan, ha causado mas divisiones, disputas, guerras civiles y políticas, y mas crímenes de toda especie, que todas las otras religiones del mundo juntas. Se nos dirá, acaso, que los progresos de las luces impedirán el que esta supersticion produzca en lo venidero unas consecuencias tan funestas como lo han sido otras veces. Pero responderemos á esto, que el fanátismo será siempre peligroso, ó que, mientras exista la causa, los efectos serán siempre los mismos. De modo que, en tanto que la supersticion sea considerada y tenga poder, habrá disputas, persecuciones, inquisiciones, regicidas y turbulencias políticas, etc. Mientras que los hombres sean bastante insensatos para considerar que la religion es la cosa mas importante para ellos, los ministros de ella serán los dueños de confundirlos bajo el pretexto de los intereses de la divinidad, que nunca serán otros que los suyos propios. La Iglesia cristiana no tiene mas que un modo de librarse de las acusaciones que se la hacen de ser intolerante ó cruel, y este seria el de declarar solemnemente *de que no es permitido el perseguir ni el danar por opiniones.* Pero esto es lo que no dirán nunca sus ministros.

el que las cometa, pueda ser un hombre estimable; solo un supersticioso, á quien su ceguedad hace olvidar los principios mas evidentes de la moral, de la naturaleza y de la razon, puede imaginarse que los atentados mas destructores se tengan por virtudes. Si el ateo es perverso, sabe á lo menos que hace mal, porque ni su sacerdote ni su dios no le persuaden de que hace bien, y cualesquiera que sean los crímenes que se permita, nunca podrán exceder aquellos que la supersticion hace cometer sin escrúpulo á los que se alucinan con sus furores, que miran estos crímenes como unas expiaciones y unas acciones meritorias.

De modo que, por malo que se suponga al ateo, nunca pasará la línea recta del devoto, á quien su religion estimúla con freqüencia á que cometa el crimen, que transforma luego en virtud. En cuanto á su conducta, si es libertino, voluptuoso, intemperante y adúltero, en nada se diferencia del supersticioso mas crédulo, que sabe asociar á su credulidad unos vicios y crímenes que sus sacerdotes le perdonaran, siempre que rinda homenage á su poder. Si está en el Indostan, sus Braminos le lavarán en el Ganges, recitando sus oraciones; si es Judío, sus pecados serán borrados por medio de las ofrendas; si está en el Japon,

con solo peregrinar, quedará absuelto de sus culpas; si es Mahometano, será reputado por santo con solo haber visitado el sepulcro de su profeta; y si es cristiano, rogará, ayunará, y se prosternará á los pies de sus sacerdotes para confesarles sus faltas, y estos le absolverán en nombre del altísimo, y le venderán las indulgencias del cielo; pero jamas le harán un cargo sobre ninguno de los crímenes que por ellos puede haber cometido.

Se nos dice todos los dias, que la conducta indecente ó criminal de los sacerdotes y de sus sectarios, no prueba nada contra la bondad del sistema religioso. ¿Pues porque no se ha de decir lo mismo de un ateo, quien, como ya se ha probado, puede tener una moral muy buena y muy verdadera, aun en medio de la conducta la mas desarreglada? Si se debiesen juzgar las opiniones de los hombres por su conducta, ¿cual es la religion que sostendria esta prueba? Exáminemos las opiniones del ateo sin aprobar su conducta; adoptemos su modo de pensar si lo juzgamos verdadero, util y razonable, y refutemos su modo de obrar si lo hallamos digno de ser vituperado. Si vemos una obra llena de verdades, no nos ocupemos en nada de las costumbres virtuosas ó no del obrero. ¿Que le importa al universo, el que Newton haya sido

sobrio ó intemperante, casto ó libertino? A nosotros no nos importa mas que el saber si ha raciocinado bien, si sus principios son seguros, si las partes de su sistema son ligadas, y si su obra encierra mas verdades demostradas que ideas casuales ó aventuradas. Juzguemos pues del mismo modo los principios de un ateo; si son extraños é inusitados, ya hay una razon para exáminarlos con mas rigor; si ha dicho verdad, y la ha demostrado, no se puede menos de darse á la evidencia; si se ha engañado en alguna parte, que se distinga lo verdadero de lo falso, pero que no se caiga en la preocupacion demasiado comun de que, por un error en los detalles, se deben desechar una infinidad de verdades incontestables. Cuando el ateo se engaña, tiene sin duda tanto derecho como el supersticioso, para achacar sus faltas á la fragilidad de su naturaleza. Puede muy bien tener vicios y defectos, y puede tambien raciocinar muy mal, pero á lo menos sus errores no tendrán nunca las consecuencias que tienen las inovaciones religiosas; nunca encenderán, como estas, el fuego de la discordia en el seno de las naciones; el autor no justificará sus vicios ni sus extravios, por medio de la religion, ni tampoco tendrá pretensiones á la infalibilidad, como las tienen estos teólogos soberbios, atri-

buyendo la sancion divina á sus locuras, y suponiendo que el cielo autoriza los sófismas, las mentiras y los errores que se creen obligados á derramar sobre la tierra.

Puede ser que se nos diga, que el rehusar de creer en la divinidad, es romper uno de los vínculos mas poderosos de la sociedad, pues que se hace desaparecer la santidad de un juramento. A esto respondo, que por desgracia el perjurio se halla sin mucha dificultad entre las naciones mas religiosas, y entre las personas que mas se jactan de estar mas convencidas de la existencia de los dioses. Se dice que Diágoras, que era supersticioso, se hizo ateo, porque vió que los dioses no habian fulminado á un hombre que les habia invocado para ser testigos de una falsedad. Si se siguiesen estos principios, ¡cuantos ateos no deberian formarse de entre nosotros! Porque se haya hecho, á un ser invisible y desconocido, depositario de los comprometimientos de los hombres, ¿ vemos que, por esta vana formalidad, los pactos mas solemnes sean mas sólidos? A vosotros es á quien me remito, ¡conductores de las naciones! para que lo atesteis. Este dios de quien os decis ser las imágenes, y de quien pretendeis tener el derecho de mandar; á quien haceis tantas veces testigo de vuestro juramento y garante de vues-

tros tratados, y de quien asegurais que temeis las sentencias, ¿es acaso capaz de imponeros algun temor cuando tratais del interes mas fútil? ¿Observais religiosamente los pactos sagrados que habeis contraído con vuestros aliados y con vuestros vasallos? ¡Ah príncipes ¡veo que la fuerza de la verdad os molesta, porque reunis muchas veces á tanta religion muy poca probidad; que mi pregunta os averguenza, y que no obstante os veis precisados á confesar que os burlais tanto de los dioses como de los hombres. Pero, ¡que digo! ¿no os dispensa la misma religion, cuando os conviene, de vuestros juramentos? ¿No os prescribe el ser pérfidos, y el violar la fé jurada, sobre todo, cuando se trata de sus intereses sagrados, y de guardar ó cumplir vuestros pactos con los que ella condena? Despues de haberos hecho pérfidos y perjuros, ¿no se ha abrogado muchas veces el derecho de absolver á vuestros vasallos de los juramentos que les unia á vosotros? (1)

(1) Es una maxîma constantemente recibida en la religion católica romana, es decir en la secta del cristianismo, la mas supersticiosa y numerosa, *que no se debe guardar la fé á los hereges*. El concilio general de Constancia lo ha decidido así, cuando, á pesar del salvo-conducto del Emperador, hizo quemar á Juan Hus y á

Si consideramos las cosas con atencion, veremos de que, bajo tales gefes, la religion y la política son las verdaderas escuelas del perjurio. Así es, que los pícaros de todas las clases, no retroceden nunca cuando se trata de atestar con el nombre de Dios los fraudes mas manifiestos, y que de ello les resulte el mas vil interes. ¿Luego, de que sirven estos juramentos? Solo para tender unos lazos, en los cuales unicamente la simplicidad puede caer: luego, los juramentos son en todas partes unas vanas formalidades que nada imponen á los malvados, y que nada añaden á los tratos de las almas honradas, las que, sin necesidad de jurar, jamas tendrian la temeridad de violarlos. Un supersticioso perjuro y pérfido no tiene, sin la menor duda, ninguna ventaja sobre un ateo que faltaria á sus promesas; ni el uno ni el otro mere-

---

Gerónimo de Praga. El pontífice romano tiene el derecho, como se sabe, de relevar á sus sectarios de sus juramentos y de sus votos; este mismo pontífice se ha abrogado el derecho, algunas veces, de deponer á los reyes, y de absolver á sus vasallos del juramento de fidelidad.

Es cosa muy singular, el que los juramentos sean prescritos por las leyes de las naciones que profesan la religion cristiana, cuando Cristo los ha prohibido muy formalmente.

cerian la confianza de sus conciudadanos, ni ser estimados por la gente de bien: si el uno falta de respeto al dios en que cree, el otro deja de respetar la razon, á su reputacion y á la opinion pública, á las que ningun hombre sensato puede menos de creer. (1)

Muchas veces se ha preguntado, ¿si habia una nacion que no tuviese ninguna idea de la divinidad, y si un pueblo unicamente compuesto de ateos podria subsistir? A pesar de lo que puedan decir algunos especuladores, no parece verosimil el que haya sobre nuestro globo, un pueblo numeroso que no tenga ninguna idea de alguna potencia invisible á quien dedica su respeto y sumision. (2) Mientras que el hombre sea un

---

(1) « Un juramento, dice Hobbes, no añade nada á « la obligacion: no hace mas que aumentar en la ima- « ginacion de aquel que jura el temor de violar un « pacto que seria obligado de cumplir sin ninguu ju- « ramento. »

(2) Algunas veces se ha creido que la nacion chinesca era atea: pero este error es debido á los misioneros cristianos, acostumbrados á tratar de ateos á todos aquellos que no tienen sus mismas opiniones sobre la divinidad. Parece ser constante que el pueblo chinesco es muy supersticioso, pero que es gobernado por unos gefes que no lo son de modo alguno, sin que por

animal temeroso é ignorante, sus desgracias no pueden menos de hacerle supersticioso por necesidad; ó se hace un dios para sí solo, ó admite el que los demas le quieren dar. No parece pues el que se pueda razonablemente suponer que haya un pueblo sobre la tierra que no tenga de un modo ó de otro ciertas nociones de alguna divinidad. El uno nos enseña el sol, la luna ó las estrellas; el otro la mar, los lagos y los rios, que le producen su subsistencia; uno los arboles, que le dan un asilo contra la inclemencia del ayre; otro nos enseñará una roca de forma rara, una montaña elevada, un volcan que á veces le deja atonito; y otro presentará su crocodilo, de quien teme la malignidad, ó su serpiente peligrosa, á la cual atribuye su buena ó mala fortuna. Enfin, cada hombre mirará con respeto su ídolo, ó su dios doméstico y tutelar.

---

eso sean ateos. Si el imperio de la China es tan floreciente, como se dice, dá á lo menos una prueba muy fuerte de que los que le gobiernan, no tienen necesidad de ser supersticiosos para dirigir bien á los pueblos que lo son.

Se pretende que los Groenlandeses no tienen ninguna idea de la divinidad. Esto parece muy dificil de creer, en una nacion tan salvage y tan mal tratada por la naturaleza.

Pero el salvage no saca nunca las mismas inducciones de estos dioses, que saca el hombre civilizado y culto; no cree deber raciocinar en nada sobre las divinidades; no se imagina tampoco de que deban influir sobre sus costumbres, ni ocupar demasiado su pensamiento: contento con un culto grosero, simple y exterior, no cree que estas potencias invisibles se ocupen de su conducta; en una palabra, no asocia su moral á su religion. Esta moral es grosera, como lo puede ser la de todo pueblo ignorante; es proporcionada á sus necesidades, porque son muy pocas, y es muchas veces derazonable, porque es el fruto de la ignorancia, de la inexperiencia y de las pasiones poco sujetas, en unos hombres que, por decirlo así, están en la infancia. Solo en una sociedad numerosa y civilizada, en donde las necesidades se multiplican y se cruzan, es menester recurrir á los gobiernos, á las leyes, á los cultos públicos y á los sistemas uniformes de religion para mantener la concordia; entonces los hombres reunidos, raciocinan, combinan sus ideas, y refinan y sútilizan sus nociones; y entonces es cuando los que les gobiernan, se sirven del temor de las potencias invisibles para contenerles, para hacerles dóciles, y para forzarles á obedecer y á vivir en paz; así es

como la moral y la política se unen con el sistema religioso. Los gefes de las naciones, que son muchas veces supersticiosos, poco instruidos sobre sus propios intereses, poco ejercitados en la sana moral, poco inteligentes sobre los verdaderos móviles del corazon humano, creen haber hecho todo lo que se puede hacer por su propia autoridad, así como el bien estar de la sociedad, haciendo que sus vasallos sean supersticiosos, amenazándoles con fantasmas invisibles, y tratándoles como á unos niños, á quienes se sosiega con fábulas y con visiones. Estas maravillosas invenciones, de las que los gefes de las naciones suelen ser las primeras víctimas, son las que causan el que los soberanos no se instruyan nunca sobre lo que mas les interesa, á ellos y á sus vasallos; y así es que, creyéndose dispensados de toda molestia por la pretendida divinidad, reposan sobre ella, se enervan, se abandonan á los caprichos, y confian á los sacerdotes el cuidado de la felicidad pública y de la suya propia.

De este modo es, como las naciones son gobernadas, y tenidas siempre en un estado de niñez, á quien se amedrenta y alimenta con ideas quiméricas; así es que la política, la jurisprudencia, la educacion y la moral, son en todas partes infestadas por la supersticion,

que los hombres no conozcan mas deberes que los de la religion ; que la idea de la virtud se asocie falsamente, con la de las potencias imaginarias ; que la moral llegue á ser incierta, y que se persuada á los hombres, de que sin Dios esta no puede existir para ellos. Hé aquí, el resultado del modo con que los príncipes y los vasallos se han acostumbrado á mirar sus intereses recíprocos, y a la religion, como necesaria é indispensable para gobernar á los hombres, y como el medio mas seguro de llegar á gozar de una dicha eterna.

Sobre estas suposiciones, cuya falsedad hemos ya demostrado, fundan tantas personas su opinion, de que es imposible el que una sociedad de ateos pueda subsistir mucho tiempo. No hay la menor duda de que una sociedad numerosa, que no tuviese ni religion, ni moral, ni gobierno, ni leyes, ni educacion, ni principios, no podria mantenerse, y no haria mas que acercarse de unos seres dispuestos á dañarla. Pero, á pesar de todas las religiones del mundo, ¿no están casi en este estado todas las sociedades humanas? Casi en todos los payses los soberanos están en guerra continua con sus vasallos. Estos, á pesar de las nociones de la religion, están siempre ocupados en hacerse reciprocamente desgraciados. La misma religion, no sirve mas que para adu-

lar á los soberanos, y para atizar los fuegos de la discordia entre los ciudadanos divididos por opiniones. Las potencias *infernales*, que se suponen para castigo del género humano, no pueden producir mayores males sobre la tierra, que los que el fanátismo y los furores teológicos han inventado. En una palabra, los ateos reunidos en sociedad, por insensatos que se les suponga, no se conducirán nunca mas criminalmente que lo hacen estos supersticiosos, llenos de vicios, de extravagancias y de disparates, que no han hecho ya ha muchos siglos, mas que destruirse y degollarse sin razon y sin piedad. Al contrario se puede decir abiertamente, que una sociedad de ateos, privada de toda religion, gobernada por buenas leyes, formada por una buena educacion, inclinada á ser virtuosa por medio de las recompensas, desviada del crimen por medio de castigos equitativos, libre de ilusiones, de mentiras y de fantasmas quiméricas, será infinitamente mas virtuosa que estas sociedades religiosas, en donde todo conspira á enagenar el entendimiento y á corromper el corazon.

Si se trata de ocuparse utilmente de la felicidad de los hombres, la reforma debe empezar por los dioses, y es solo quitando absolutamente estos seres imaginarios, destinados

á amedrentar á los pueblos ignorantes desde su infancia, que se podrá conducir el hombre á su verdadera madurez. No se puede repetir demasiado, de que no puede haber ninguna moral sin consultar la naturaleza del hombre, y sus verdaderas conexiones con los seres de su especie;ni principios fijos para su conducta, si esta se regla, por unos dioses injustos, caprichosos y malos; ninguna sana política, si no se consulta la naturaleza del hombre que vive en sociedad para satisfacer sus necesidades, y asegurar su dicha y el goce de ella; ningun buen gobierno puede fundarse sobre un dios despótico, porque hará siempre tiranos de sus representantes; ningunas leyes serán buenas,sin consultar la naturaleza y el objeto de la sociedad; ninguna jurisprudencia puede ser ventajosa para las naciones, si se regla par los caprichos y las pasiones de los tiranos divinizados; ninguna educacion será razonable,si no se funda sobre la razon, y no sobre unas ilusiones quiméricas, ni sobre las preocupaciones. Enfin no se puede adquirir virtud, probidad ni talentos, bajo unos maestros corrompidos, ni bajo la conducta de esos sacerdotes, que hacen que los hombres sean enemigos de sí mismos y de los demas, y buscan el medio de poder ahogar en ellos el germen de la razon, de la ciencia y del valor.

Puede ser que se pregunte, si alguno podria razonablemente tener la jactancia de lograr que todo un pueblo se olvidase de sus opiniones religiosas, ó de las ideas que tiene de la divinidad; á lo que respondo, que la cosa parece enteramente imposible, y que este no es el objeto que se debe ni se puede proponer. La idea de un dios, inculcada desde la mas tierna infancia en el espíritu del mayor número de los hombres, no parece ser de naturaleza á poderse desarraigar mas facilmente; seria seguramente tan dificil el darsela á unas personas de una edad avanzada, que no hubieran oido nunca hablar de ella, como el desterrarla de aquellas, que desde la niñez la tienen adoptada. Esto prueba que no se puede suponer el que una nacion entera pase del abismo de la supersticion, es decir del seno de la ignorancia y del delirio, al atéismo absoluto, lo que manifiesta tener reflexion, estudios, conocimientos, una larga experiencia, la costumbre de contemplar la naturaleza, la ciencia de conocer las verdaderas causas de sus diversos fenómenos, de sus combinaciones, de sus leyes, de los seres que la componen, y de sus diferentes propiedades. Para ser ateo, ó para asegurarse de las fuerzas de la naturaleza, es preciso haberla meditado: una mirada superficial no basta para hacerla

conocer, porque unos ojos poco ejercitados en ello, se engañarán siempre; la ignorancia de las verdaderas causas hará el que se supongan otras imaginarias, y que hasta el físico se eche á los piés de una fantasma, en la cual sus miras limitadas ó su pereza, creerán hallar la solucion de todas sus dificultades.

Luego el atéismo, la filosofia, ni todas las demas ciencias profundas y abstractas, no son hechas para el vulgo, ni aun para la mayor parte de los hombres. En todas las naciones numerosas y civilizadas, hay personas que, por sus circunstancias, están en el caso de meditar, y de hacer pesquisas y descubrimientos útiles, que acaban temprano ó tarde; por extenderse y fructificar, cuando han sido juzgados ventajosos y verdaderos. El geómetra, el mecánico, el médico, el jurisconsulto, y hasta el artesano, trabajan en sus gabinetes ó en sus talleres, para buscar los medios, cada uno en su esfera, de servir á la sociedad; y sin embargo, de que ninguna de las cieneias ó profesiones de que se ocupan son conocidas del vulgo, este no deja de aprovecharse de ellas, y de recoger á la larga el fruto de unos trabajos de los cuales no tiene la menor idea. El astrónomo trabaja para el marinero; el géometra y el mecánico calculan para él, y el arquitecto habil, traza á los albañiles, y sus

obreros, los planes y dibujos mas soberbios. Cualquiera que sea la pretendida utilidad de las opiniones religiosas, el teólogo mas profundo y sútil no puede alabarse de trabajar, de escribir, ni de disputar en beneficio del pueblo, á quien no obstante se hace pagar tan caros unos sistemas y unos misterios que nunca comprehenderá, y que nunca le serán de ninguna utilidad.

Luego es bien claro, de que no es para el comun de los hombres, que el filósofi se propone el escribir y meditar; ademas de que, como ya se ha hecho observar, los principios del atéismo no son hechos tampoco para una gran parte de personas, que, aunque muy ilustradas sobre otros puntos, tienen muchas veces demasiada prevencion en favor de las preocupaciones universales; y porque es muy raro el encontrar unos hombres que reunan á su grande entendimiento, á sus conocimientos y talentos, ó bien la imaginacion bien reglada, ó bien el valor necesario para combatir con exito unas quimeras habituales de que su cerebro está, mucho tiempo ha, penetrado. Una propension secreta é invencible, conduce á menudo, en despecho del razonamiento, los espíritus mas solidos y mas afirmados, á las preocupaciones que ven generalmente establecidas, y las mismas que en su tierna edad

habian ya adoptado. Sin embargo, poco á poco, unos principios que al pronto parecen extraños y revoltantes, cuando tienen unos visos de verdad que medio les convence, se insinuan en los espíritus, se llegan á familiarizar con ellos, se extienden muy lejos, y producen unos efectos ventajosos para la sociedad, que con el tiempo se familiariza tambien con las ideas que en su origen habia mirado como absurdas y derazonables; y se cansa á lo menos, de mirar como odiosos á aquellos que profesan unas opiniones sobre que la experiencia hace ver que es permitido el poder dudar sin comprometer al público.

Ningun temor debe haber, en esparcir las ideas y las luces entre los hombres; si son utiles, fructifican poco á poco. Todo aquel que escribe, no debe fijar su vista sobre el tiempo en que vive, sobre sus conciudadanos actuales, ni sobre el pais que habita: debe hablar al género humano, y preveer las razas futuras En vano esperará los aplausos de sus contemporaneos, y en vano se lisonjeará de ver sus principios precoces, recibidos con bondad por unos espíritus prevenidos; si ha dicho la verdad, la posteridad hará justicia á sus esfuerzos; pero que se contente entre tanto, de la idea de haber hecho bien, ó de los sufragios secretos que le dan sobre la tierra el corto

número de amigos de la verdad. El escritor verídico, no triunfa sino despues de su muerte, y entonces es cuando el rencor y la envidia dejan su lugar á la verdad, la que, siendo eterna, debe sobrevivir á todos los errores de este mundo. (1)

Ademas, diremos con Hobbes: « Que ninguna mal se puede hacer á los hombres « con proponerles sus mismas ideas, y que « lo peor seria el dejarles entre la duda y « la disputa : pero ¿ que no están en ellas ? » Si un autor al escribir se ha engañado, es porque ha raciocinado mal ; y para saber si ha sentado unos principios falsos, es menester exâminarlos. Si su sistema es tambien

---

(1) Para muchos es un problema, *si la verdad puede ó no danar*. Las personas mejor intencionadas, suelen estar inciertas con freqüencia sobre este punto tan importante. La verdad no daña nunca mas que á aquellos que engañan á los hombres, porque estos tienen el mas grande interes en ser desengañados. Puede muy bien dañar á aquel que la anuncia, pero nunca lo hará al género humano, ni jamas será anunciada con bastante claridad para unos seres muy poco dispuestos á quererla comprehender ó entender. Si todos los que escriven con el fin de anunciar las verdades (que siempre son miradas como *peligrosas*), tuviesen un amor verdadero por el bien del público, para hablar francamente, al riesgo de disgustar al genero humano,

falso y ridículo, no servirá mas que para hacer ver la verdad en todo su esplendor; su obra sera despreciada; y si el escritor es testigo de ello, será suficientemente castigado de su temeridad; pero, si ha muerto, los vivientes no podrán turbar de manera alguna sus cenizas. No hay ningun hombre que escriba con el fin de perjudicar ó dañar á sus semejantes; todos se proponen siempre el merecer sus sufragios, bien sea divirtiéndoles, bien sea picando su curiosidad, ó bien comunicándoles los descubrimientos que creen utiles para ellos. Ninguna obra puede ser dañosa,

---

este seria mucho mas ilustrado y mas feliz que lo es. Si cuando se escrive no se habla sino con medias palabras, no se escribe para nadie. El entendimiento humano es perezoso, y es menester evitarle el que tenga que reflexionar. ¡Cuanto tiempo y cuantos estudios no se necesitan hoy dia, para adivinar los oráculos ambiguos de los filosófos antiguos, cuyos verdaderos sentimientos son casi enteramente perdidos para nosotros! Si la verdad es util para los hombres, es una injusticia el privarles de ella, y si debe ser admitida, es menester admitir tambien sus consecuencias, que son otras tantas verdades. La mayor parte de los hombres las aman, pero les hacen un miedo tan grande, que muchas veces quieren mas bien quedarse en el error, cuya costumbre les impide el sentir los resultados deplorables que consigo acarrea.

sobre todo si contiene la verdad; lo que podria muy bien ser, con una que contuviese unos principios evidentemente contrarios á la experiencia y al buen sentido. ¿Que resultaria en efecto, de una obra que nos dijese hoy que el sol no es luminoso, que el parricidio es legítimo, que el robo es permitido, y que el adulterio no es un crimen? La menor reflexion nos haria sentir lo falsos que son estos principios, y toda la raza humana reclamaria contra ellos; se reiria de la locura del autor, y pronto su libro y su nombre no serian conocidos mas que por sus extravagancias ridículas. No hay mas que las locuras religiosas que sean perniciosas para los mortales; ¿y porque? Porque la autoridad pretende siempre establecerlas con violencia, que pasen como verdades, y castigan con rigor á aquellos que se quieren reir de ellas ó las quieren exáminar. Si los hombres fuesen mas razonables, mirarian las opiniones religiosas y los sistemas de la teología de la misma manera que los sistemas de física ó los próblemas de geometria : estos no interrumpen nunca las sociedades; lo mas que hacen es excitar algunas veces unas disputas bastante vivas entre los sabios. Las contiendas teólogicas no tendrian nunca consecuencias, si se pudiese lograr de que los que tienen el poder en mano, sintiesen la

indiferencia y el desprecio que deberian tener por las disputas de algunos personages que no entendien tampoco las qüestiones maravillosas que no cesan de discutir.

Esta indiferencia es á lo menos tan justa y tan ventajosa para los estados, que la sana filosofia puede proponerse el introducirla poco á poco sobre la tierra. ¿No seria mas feliz para el género humano si los soberanos del mundo dejasen á la supersticion con sus disputas fútiles, sometiesen la religion á la política, forzasen sus ministros altaneros á que fuesen unos verdaderos ciudadanos, é impidiesen cuidadosamente el que sus pendencias interesasen la tranquilidad pública? Que de ventajas para las ciencias, para el progreso del entendimiento humano, para la perfeccion de la moral, de la jurisprudencia, de la legislacion, y de la educacion, no resultarian de la libertad de pensar? En el dia, el genio halla en todas partes impedimentos; la religion se opone continuamente á su marcha; el hombre rodeado de tirillas y lazos, no goza de ninguna de sus facultades; su entendimiento está en la tortura, y parece aun envuelto en las mantillas de su infancia. El poder civil, ligado con el espiritual, parece no querer mandar mas que unos esclavos embrutecidos, y confinados en un calabozo obscuro, en donde los efec-

tos de su malhumor se hacen sentir recíprocamente. Los soberanos detestan la libertad de pensar, porque temen la verdad; esta les parece formidable, porque condenaria sus excesos; y estos les son sumamente caros, porque no conocen, como tampoco sus vasallos, los verdaderos intereses que para todos ellos deberian ser unos mismos.

¡Que el valor del filósofo no se deje pues abatir por tantos obstáculos reunidos, que parecen querer excluir para siempre la verdad de su dominio, la razon del entendimiento de los hombres, y la naturaleza de sus derechos! La milesima parte de los cuidados que en todos tiempos han sido tomados para infestar al entendimiento humano, bastarian para curarlo. No desesperemos pues de sus males; no le hágamos la injuria de creer que la verdad no se ha hecho para él; su entendimiento la busca siempre, su corazon la desea, su felicidad la pide á gritos, y no la teme ó no la desconoce, mas que porque la religion, trastornando todas sus ideas, le tiene perpetuamente con los ojos bendados, y se esfuerza en hacer que la virtud le sea totalmente extrangera.

A pesar del prodigioso esmero que se tiene para querer desviar la verdad de la morada de los mortales; el tiempo, ayudado de las

luces progresivas de los siglos, puede que un dia ilumine á estos mismos príncipes que vemos tan desenfrenados contra ella, y que son tan enemigos de la justicia y de la libertad de los hombres. Podrá ser que algun dia, el destino coloque en los tronos, á soberanos instruidos, equitativos, valerosos y bienhechores, quienes, reconociendo el verdadero origen de las miserias humanas, se esforzarán en aplicar los remedios que toda su sabiduría podrá sugerirles; puede ser que sientan, el que estos dioses de quienes pretenden haber recibido su poder, son los verdaderos azotes de sus pueblos, que los ministros de ellos son sus enemigos y sus propios rivales; que la religion, que miran como el apoyo de su poder, no hace mas que enervarlo y conmoverlo; que la moral supersticiosa es un defecto, y no sirve mas que para pervertir á sus vasallos y darles los vicios de esclavos, en vez de las virtudes del ciudadano; en una palabra, verán en los errores religiosos, el manantial fecundo de las desdichas del género humano, y sentirán que son incompatibles con cualquiera administracion equitativa.

En tanto que llegue este instante, tan apetecible para la humanidad, los principios del *naturalismo* no serán adoptados mas que por un pequeño número de cabilosos que no pue-

den lisongearse de tener ni muchos prosélitos, ni muchos que aprueben su conducta; y hallarán al contrario muchos adversarios acalorados, ó bien muchos, que les menospreciaran aun entre las personas que, sobre otro asunto cualquiera, muestran tener el mayor entendimiento y las mayores luces. Ya hemos observado que los hombres de mas talento, no pueden resolverse á hacer un divorcio completo con sus ideas religiosas; la imaginacion, tan necesaria para los talentos brillantes, es muchas veces en ellos, un obstáculo insuperable á la ruina total de las preocupaciones, y depende mucho mas del juicio que del entendimiento. A esta disposicion, muy pronta por sí misma para hacer ilusion, se une aun la fuerza de la costumbre; así es que hay muchos á quienes es imposible el quitarles las ideas de un dios, pues que el quererlo hacer seria arrancarles una porcion de ellos mismos, privarles de un alimento habitual, sepultarles en la nada, y forzar su entendimiento inquieto á perecer por falta de ejercicio. (1)

---

(1) Menage ha reparado que la historia habla de muy pocas mugeres ateas ó incrédulas. Esto no es extraño; su imaginacion les hace ser tímidas; la parte nerviosa sufre en ellas muchas variaciones periódicas, y la educacion que se las dá las dispone á la credulidad.

No nos sorprehendamos pues si vemos á hombres muy sabios que se obstinan en cerrar los ojos, ó en desmentir su sagacidad ordinaria, siempre que se trata de un objeto que no han tenido valor para exáminar con tanta atencion como otros muchos. El canciller Bacon pretende *que la poca filosofia induce al atéismo, pero que la mucha profundidad, hace volver á la religion.* Si queremos analizar esta proposicion, hallaremos que significa que los que piensan muy medianamente pueden con facilidad percibirse de las absurdas groserias de la religion, pero que, poco acostumbrados á meditar, ó desprovistos de los principios sólidos que sirven para guiarles, su imaginacion les pone pronto en el laberinto teológico, de donde una razon demasiado débil parecia quererles sacar. Las almas tímidas temen aun el tranquilizarse, y los espíritus, acostumbrados á pagarse de soluciones teológicas, no ven en la naturaleza mas que un enigma inexplicable, y un abismo

---

Las que tienen temperamento é imaginacion necesitan de ilusiones propias á ocupar su ociosidad, sobre todo cuando el mundo las abandona; y entonces la devocion y su ejercicio ó practica llega á ser para ellas como una diversion, ó como un papel que tiene que representar.

imposible de sondar. Acostumbrados á fijar sus ojos sobre un punto ideal y matematico. del que han hecho el centro de todo el universo, se confunden así que le llegan á perder de vista; y, en la agitacion en que se encuentran, prefieren el volver á las preocupaciones de su infancia, que parecen explicarlo todo, que de vogar en el ayre, ó dejar el punto de apoyo que creen inalterable. De modo que la proposicion de Bacon no indica al parecer mas que el, que las personas mas hábiles no pueden defenderse de las ilusiones de su imaginacion, cuya impetuosidad resiste á los mas fuertes razonamientos.

Sin embargo, si se quiere estudiar con reflexion la naturaleza, todo hombre que pueda mirar las cosas con tranquilidad se desengañará facilmente; verá que en el universo todo está ligado con unos eslabones invisibles para el observador, que es ó superficial ó demasiado acalorado; pero que son muy sensibles para aquel que vé las cosas á sangre fria. Hallará que los efectos mas raros, los mas maravillosos, así como los mas pequeños y mas ordinarios, son igualmente inexplicables, pero que deben dimanar de causas naturales, y que las que son sobrenaturales, cualquiera que sea el nombre con que se las designe, y cualquiera la calidad con que se las adorne, no harán

mas que multiplicar las dificultades, y aumentar las ideas quiméricas. Las observaciones mas simples probarán invenciblemente que todo es necesario, que los efectos que se perciben son materiales, y que no pueden, por consiguiente, emanar mas que de causas de la misma naturaleza, aun cuando no se pudiese remontar con nuestros sentidos hasta estas. De modo que su entendimiento no le enseñará en todas partes mas que la materia obrando, ya de una manera que sus órganos la permitirán seguir, ó ya de otra imperceptible para él. Verá que todos los seres siguen unas leyes constantes, que todas las combinaciones se forman y se destruyen, todas las formas se cambian, y que el gran todo queda siempre el mismo. Entonces, desengañado de las nociones de que estaba imbuido, y de las ideas erroneas que atribuia por costumbre á unos seres de razon, consentirá el ignorar lo que sus órganos no pueden concebir; conocerá que unos términos obscuros y exáustos de sentido no son suficientes para resolver las dificultades; y guiado por la experiencia, desviará todas las hipótesis de la imaginacion para fijarse sobre unas realidades confirmadas por la experiencia.

La mayor parte de los que estudian la naturaleza no la consideran muchas veces mas

que con los ojos de la preocupacion; no hallan en ella mas que lo que de antemano se han resuelto á hallar; así que notan algunos hechos contrarios á sus ideas, separan de ellos sus miradas; creen haber visto mal, ó bien, si vuelven á hacerlo, no es mas que con la esperanza de lograr el conciliarlos con las ideas que ocupan su entendimiento. Este es el motivo por que hallamos unos físicos entusiastas á quienes sus prevenciones dan, aun en las mismas cosas que contradicen mas claramente sus opiniones, unas pruebas incontestables de los sistemas de que están preocupados. De aquí resultan las pretendidas demostraciones de la existencia de un dios bueno, que vemos que sacan de las causas finales, del orden de la naturaleza, de sus beneficios para el hombre, etc. Si estos mismos entusiastas se perciben del desorden, de las calamidades y de las revoluciones, al momento sacan nuevas pruebas de la sabiduría, de la inteligencia y de la bondad de su dios, mientras que todas estas cosas parecen desmentir tan visiblemente las calidades que las primeras parecian confirmar ó establecer. Estos observadores prevenidos, se quedan maravillados al ver los movimientos periódicos y reglados de los astros, de las producciones de la tierra, y del acuerdo extraño de las

particulas en los animales; olvidan entonces las leyes del movimiento, las fuerzas de la atraccion, de la repelion y de la gravitacion, y atribuyen todos estos grandes fenómenos á una causa desconocida, y de la que no tienen ninguna idea. Enfin, en el calor de su imaginacion, colocan el hombre en el centro de la naturaleza; le suponen el objeto y la fin de todo cuanto existe; suponen tambien que todo lo que es hecho, es para él, y que es para regocijarle que todo se ha criado, sin atender á que la naturaleza entera parece desenfrenarse con freqüencia contra él, ni de que el destino se obstina en hacerle el mas desgraciado de todos los seres. (1)

Si el atéismo es tan raro, es porque todo conspira para alucinar al hombre desde su mas tierna edad, ó para llenarle de una igno-

---

(1) Los progresos de la sana física serán siempre funestos para la supersticion á la que la naturaleza desmentira continuamente. La astronomia ha hecho desaparecer la astrologia judiciaria, y la física experimental, el estudio de la historia natural y de la química, ponen á los charlatanes, á los sacerdotes y á los hechiceros en la imposibilidad de hacer milagros. Cuando se ha aprofundizado la naturaleza, la fantasma que se ha colocado en su lugar debe necesariamente desaparecer.

rancia sistemática y razonada, que es de todas, la mas dificil de vencer y desarraigar. La teología no es mas que una ciencia compuesta de palabras que, á fuerza de repetirlas, se contrae la costumbre de considerarlas como alguna cosa, pero que, así que se analizan, se vé que no presentan ningun sentido verdadero. Hay pocos hombres en el mundo que piensen, que se den á sí mismos cuenta de sus ideas, y que tengan ojos penetrantes; porque la exâctitud ó igualdad en un entendimiento, es uno de los dones mas raros con que la naturaleza puede favorecer á la especie humana. Una imaginacion demasiado viva, y una curiosidad precipitada, son unos obstáculos tan poderososos para el descubrimiento de la verdad, como el demasiado flegma, la lentitud de la concepcion, la pereza del entendimiento, y la costumbre de pensar. Todos los hombres tienen mas ó menos imaginacion, curiosidad, flegma, bilis, pereza y actividad; y el justo equilibrio que la naturaleza ha puesto en su imaginacion es el que constituye la precision ó igualdad de su entendimiento. No obstante, como ya se ha dicho, la organizacion del hombre está sujeta á cambiar, y los juicios que forma su entendimiento varían con las mudanzas que su máquina tiene que sufrir. De esto resultan las revolucio-

nes casi continuas que se hacen en las ideas de los mortales, sobre todo cuando se trata de objetos sobre los cuales la experiencia no les dá ningun punto fijo sobre que apoyarse.

Para buscar y encontrar la verdad, la que todo se empeña en querernos ocultar, y que, complices de aquellos que nos extravian, nos queremos muchas veces disimular, ó que nuestros terrores nos hacen temer el encontrar, es necesario tener un entendimiento despreocupado, un corazon justo y una imaginacion dirigida por la razon. Con estas disposiciones no será facil el descubrirla, porque no puede nunca manifestarse al entusiasta ni al supersticioso, que se alimentan de melancolía; ni tampoco al hombre vano, lleno de su ignorancia presumtuosa; ni al hombre entregado á la disipacion y á los placeres; ni al especulador de mala fé, que no quiere mas que alucinarse á sí mismo. Con semejantes disposiciones, el físico atento, el geómetra, el moralista, el político, y aun el mismo teólogo, cuando se pongan á buscar la verdad, no podrán menos de echar de ver, que la piedra angular que sirve de fundamento á todos los sistemas religiosos, posa evidentemente en falso. El físico hallará en la sola materia, la causa suficiente de su existencia, de sus movimientos, sus combinaciones y sus modos de

obrar, que están siempre regulados por unas leyes generales é incapaces de variar. El geómetra calculará las fuerzas de la materia, y sin salir de la naturaleza, verá que para explicar sus fenómenos no tiene necesidad de recurrir á un ser ó á una fuerza desconocida, incompatible con todas las fuerzas conocidas. El político, instruido en los verdaderos moviles que pueden obrar sobre el espíritu de las naciones, conocerá que no hay necesidad de recurrir á unos móviles imaginarios, mientras que existen unos verdaderos, y muy capaces de obrar sobre las voluntades de los ciudadanos, como tambien de determinarlos á trabajar en el bien de su asociacion; se convencerá que un movil ficticio, no es capaz mas que de detener y aun de turbar las operaciones de una máquina tan complicada como es la de la sociedad. Aquel que prefiere la verdad á las sutilidades de la teología, no tardará en percibirse que esta ciencia vana, no es mas que un conjunto ininteligible de hipótesis mal fundadas, de sófismas, de círculos viciosos, de distinciones fútiles, de sutilidades capciosas, y de argumentos de mala fé, de que no pueden resultar mas que puerilidades y disputas sin fin. De modo que todo hombre que tiene alguna idea verdadera de la moral y de la virtud, y de lo que es util para

el hombre que vive en sociedad, ya sea para conservarse ó para conservar el cuerpo de que es un miembro, reconocerá que los mortales, para descubrir sus relaciones y sus deberes, no necesitan mas que consultar su naturaleza, y deben guardarse de fundarse sobre un ser contradictorio, ó de servirse de un módelo que no hará mas que turbar su entendimiento, y hacerles siempre inciertos sobre su modo de obrar.

Así es que todo especulador razonable y que renuncia á las preocupaciones, puede conocer la inutilidad de los sistemas abstractos que hasta ahora no han servido mas que para confundir toda nocion, y hacer dudar de las verdades mas evidentes. Entrando en su esfera, y saliendo de las regiones imaginarias, en que su entendimiento no puede menos de confundirse, y consultando la razon, todo hombre descubrirá lo que debe conocer, y se desengañará de las causas quimericas que el entusiasmo, la ignorancia y la mentira han substituido á las causas verdaderas que obran en una naturaleza de que el entendimiento humano no puede nunca salir, sin perderse y hacerse desgraciado

Los deistas y los teólogos echan sin cesar en cara á sus adversarios, su predileccion por

las paradoxas y los sistemas, sin acordarse que ellos mismos fundan todas sus ideas, sobre unas hipótesis imaginarias, y se hacen un deber de renunciar á la experiencia, despreciar la naturaleza, de no creer el testimonio de sus mismos sentidos, y que no conocen mas yugo que el de la autoridad. No se puede negar que los discipulos de la naturaleza tendrian razon en decirles : — Nosotros no aseguramos mas que lo que vemos, ni nos dejamos llevar mas que de la evidencia ; á lo menos nuestro sistema, no está fundado mas que sobre unos hechos constatados. Nada vemos en nosotros mismos, ni en todo cuanto nos rodea, mas que la materia pura, y por consiguiente inferimos que esta puede obrar y pensar. Vemos que todo en el universo es dirigido por unas leyes mecánicas y unas propiedades y modificaciones de la materia ; por consiguiente no buscamos otra explicacion para los fenómenos que nos presenta. No concebimos mas que un mundo solo y único, en que todo está encadenado, en que cada efecto es debido á una causa natural, conocida ó no, pero que producen unas leyes necesarias. Nada afirmamos que no haya sido demostrado, y que hasta vosotros mismos teneis que admitir ; nuestros principios son claros y evidentes ; si alguna

cosa se nos presenta como incomprehensible, confesamos de buena fé lo limitado de nuestras luces (1), y no nos esforzamos en imaginar hipótesis para explicarla, contentándonos con ignorarlo siempre, ó bien esperando que el tiempo, la experiencia, y los progresos del entendimiento humano nos lo aclaren. Nuestro modo de raciocinar es seguramente el mejor. Efectivamente, todo cuanto hablamos de la naturaleza, lo hacemos lo mismo que nuestros adversarios lo hacen en todas las demas ciencias, como son la historia natural, la física, los matemáticas, la química, la moral y la política. Nosotros nos conténtamos escrupulosamente, con lo que nuestros sentidos nos dan á conocer para descubrir la verdad: ¿que hacen nuestros adversarios? Imaginarse, para explicar lo que les es desconocido, unos seres que lo son aun mucho mas que lo que quieren explicar, enfin unos seres de quienes ellos mismos confiesan no tener ninguna nocion. Luego renuncian á los principales principios de la lógica, que consisten en preferir lo mas conocido á lo que menos se conoce. ¿Pero cual es el fundamento que dan á la existencia de estos seres, con cuya ayuda quieren resolver todas las

(1) *Nescire quædam magna pars est sapientiæ.*

dificultades? El de la ignorancia universal de los hombres, su inexperiencia, sus terrores, sus imaginaciones turbadas, su imaginado *sentimiento intimo* que no es en realidad mas que el efecto de la ignorancia, del temor, de la incapacidad en que estan de reflexionar para si mismos, y de la costumbre que han contraido, de dejarse guiar por la autoridad. Tales son, o teólogos, los fundamentos ruinosos sobre que fundais vuestra doctrina. Asi es que os hallais en la entera imposibilidad de haceros la menor idea precisa de la divinidad, que sirve de base á vuestro sistema, de sus atributos, su existencia, de su modo de ser y de obrar. De modo que vosotros mismos confesais la ignorancia en que os hallais de los primeros elementos, que es indispensable el conocer, de lo que constituye la causa de todo cuanto existe. De modo que de cualquiera manera que se os considere, no haceis mas que edificar castillos en el ayre, y ser los mas absurdos de todos los sistemáticos, pues que dejándoos llevar de vuestra imaginacion para crear una causa, esta deberia á lo menos aclararlo todo. Esto seria lo único que pudiese hacer perdonar vuestra incomprehensibilidad; ¿pero puede esta causa explicar alguna cosa? ¿Acaso nos dá á conocer mejor el origen del mundo,

la naturaleza del hombre, las facultades del alma, y la margen del bien y del mal? no; esta causa imaginaria, ó no explica nada ó multiplica por sí misma las dificultades. Séa cual fuese la qüestion, al instante se complica de que se introduce el nombre de Dios; este nombre no hace mas que complicar á lo infinito las nociones mas evidentes. ¿Que ideas de moral presenta vuestra divinidad para que fundeis sobre ella vuestras nociones de virtud? Vuestras mismas revelaciones ¿para que sirven, sino para probar que vuestra divinidad es un tirano, que no gobierna el mundo, mas que con unas reglas y caprichos injustos que nos haceis adorar? ¿Pueden todos vuestros sistemas impedir el que vuestro dios merezca todos los epitetos que los hombres despreocupados le dan? Enfin no os servis de su nombre para turbar el universo, perseguirle, y exterminar todo lo que rehusa el creer en vuestros sueños sistemáticos, que decorais del nombre pomposo de religion. Convenid pues, o teólogos, en que sois no tan solo absurdos, sino tambien atroces y crueles, por la importancia que vuestro orgullo é interes dan á unos sistemas ruinosos, bajo los cuales atacais la razon humana y la felicidad de las naciones.

CAPITULO XIV.

COMPENDIO DEL CODIGO DE LA NATURALEZA.

Todo lo que es falso no puede ser util para el hombre, y lo que le daña debe de ser desterrado de la sociedad. Luego es trabajar en favor del entendimiento humano, el presentarle una mano piadosa, para dirigirle en el laberinto en que su imaginacion era sin encontrar el límite de sus incertitudes. La naturaleza sola es capaz de servirle de guía, y de ayudarle á combatir las fantasmas y monstruos que por tantos siglos han exigido un tributo de los mortales. Con su soccoro, nunca se perderán; pero, por poco que la abandonen, volverán á caer en sus errores primitivos: en vano los hombres levantan sus ojos al cielo para pedirle unos socorros que están á sus pies; mientras que con sus opiniones religiosas, busquen en un mundo imaginario los principios que deben dirigir su conducta, ningun principio tendrán; mientras

que miren el cielo, no andarán mas que como ciegos sobre la tierra; ni sus pasos inciertos podrán jamas procurarles el bien estar, la seguridad, y el reposo necesario para su felicidad.

Pero los hombres que sus preocupaciones hacen que se obstinen en dañarse, se desconfian de los mismos que no tienen otro objeto mas que su interes. Acostumbrados á ser engañados, están siempre en continuas sospechas; desconfiando de sí mismos, temiendo la razon, mirando la verdad como peligrosa, tratan de enemigos todos aquellos que quieren tranquilizarles; prevenidos desde un principio en favor de la impostura, se creen en la obligacion de defender con todas sus fuerzas la benda que cubre sus ojos; si estos, hechos á la obscuridad, se abren por un momento, la luz les daña, y se echan furiosos sobre el que se la procura. Por consiguiente, el ateo es considerado como un ser malvado, como un hombre que trata de envenenar, y aquel que se atreve á despertar á los mortales de su sueño letárgico les parece un perturbador; el que querria calmar sus transportes funestos, pasa por un frenético; aquel que quiere persuadir á sus asociados que rompan cadenas, les parece un insensato ó un temerario, porque son unos cautivos que no

son capaces mas que de estar encadenados y de temblar. La consecuencia de estas preocupaciones, es que el discípulo de la naturaleza es regularmente recibido por sus conciudadanos, del mismo modo con que el pajaro lugubre de la noche, lo es de los demas volatiles, que le persiguen con el mayor furor así que le ven salir de su retiro.

No, mortales cegados con el terror, no, el amigo de la naturaleza no es vuestro enemigo; su intérprete no es el ministro de la mentira; el destructor de vuestras fantasmas, no lo es de las verdades necesarias para vuestra felicidad; el discípulo de la razon, no es un insensato que trata de envenenaros ni de comunicaros un delirio dañoso. Si arrebata el poder de las manos de ese dios tan terrible que os asusta, solo lo hace para que camineis en medio de las tempestades, y seais dirigidos con la luz misma de sus relampagos. Si derriba esos ídolos irigidos por el temor, ó ensangrentados por el fanátismo y el furor, es solo para poner en su lugar la verdad consoladora; si arruina esos templos y altares que tan á menudo han sido bañados en lágrimas, testigos de los sacrificios mas crueles, ahumados por un incienso servil, es solo para adorar la paz, la razon y la virtud, las que en todos tiempos os servirán de asilo contra vuestros frenesis,

vuestras pasiones, y contra las de los hombres poderosos que os oprimen. Si combate las pretensiones altivas de estos tiranos deificados por la supersticion. que, como vuestros dioses, os oprimen con un cetro de yerro, es unicamente para que gozeis de los derechos de vuestra naturaleza; es para que seais libres, y no esclavos encadenados siempre en la miseria; es para que seais gobernados por hombres y ciudadanos que amen y protejan á sus semejantes, de quien han recibido su poder. Si ataca la impostura, es para restablecer la verdad en sus derechos, que por tanto tiempo han sido usurpados por el error. Si destruye la base ideal de la moral incierta y fanática, que no ha hecho mas que alucinar vuestros entendimientos sin corregir vuestro corazon, es para dar á la ciencia de las costumbres una base en vuestra misma naturaleza. Atreveos pues á escuchar su voz, que es mucho mas inteligible que los oráculos ambiguos, que la impostura os dá en nombre de la divinidad, que sin cesar contradice sus mismas voluntades; escuchad pues la naturaleza que no se contradice jamas.

—O vosotros dice, que siguiendo el impulso que os doy, os acercais de la felicidad á cada momento de vuestra duracion, no resistais á mi soberana ley, trabajad en vuestra dicha; gozad sin temor; sed dichosos; vuestro mismo

corazon os dará los medios. En vano, supersticioso, crees encontrar tu bien estar en los límites del universo en que te hé colocado; en vano lo preguntarás á las fantasmas imaginarias, que tu imaginacion querria colacar en mi trono eterno; en vano crees encontrarla en las regiones celestes que tu delirio ha creado; en vano te fias en las deidades caprichosas, y te extasías en la contemplacion de su bondad, mientras que te llenan de calamidades, temores, gemidos é ilusiones. Atrevete á libertarte del yugo de esa religion, mi rival soberbia, que me disputa mis derechos; renuncia á esos dioses impostores, y sometete á mis leyes. Mi imperio es el de la libertad. La tiranía y la esclavitud no pueden habitar en él, la equidad sirve de proteccion á la seguridad de mis vasallos; ella les mantiene en sus derechos; la bondad y la humanidad les ligan con las cadenas mas dulces; la verdad les ilustra y la impostura no los engaña jamas.

Vuelve pues, miserable transfugo, vuelve á la naturaleza; ella te consolará, y sacará de tu corazon los temores que te oprimen, las inquietudes que te despedazan, los transportes que te agitan, y los aborrecimientos que te separan del hombre que debes amar. Vuelto a la naturaleza, á la humanidad y á tí mismo, cubre de flores el camino de tu vida; no con-

temples la venidera; vive para tí y para tus semejantes; considera despues los seres sensibles que te rodean, y dejate de esos dioses, que nada pueden hacer en favor de tu felicidad. Goza y haz gozar á los demas de los bienes que hé puesto en comun para todos los hijos de mi seno; ayudales tambien á sobrellevar los males á que el destino os ha sometido á todos. Apruebo tus placeres, cuando, sin dañarte á ti mismo, no dañas á tus hermanos, que hé hecho necesarios á tu felicidad. Sé pues dichoso; la naturaleza te lo aconseja, pero acuerdate que no puedes serlo solo. Yo misma, trato de hacer dichosos todos los mortales; pero acuerdate que tu felicidad depende de la suya: tal es el orden del destino; si tratas de eximirte de su poder, su aborrecimiento, su venganza y los remordimientos te persiguirán continuamente,

Sigue pues, en cualquiera rango que ocupes, el plan que te fué trazado para que puedas obtener la felicidad á que aspiras. Has que la humanidad sensible te interese, que tu corazon se enternezca con los infortunios de los demas, que tu mano generosa esté siempre pronta á socorrer el desgraciado, y enfin reconoce que todo desgraciado tiene un derecho á tus beneficios. Enjuga las lagrimas de la virtud opri-

mida en tu seno; haz que el amor de una compañera querida, llene de dulzura tu vida; sé fiel á su ternura, y que ella lo sea á la tuya; enseña á tus hijos á ser virtuosos, y haz que despues de haber formado la ocupacion de tu edad madura, te sostengan en tu vejez.

Sé justo, porque la equidad es sola capaz de sostener el género humano. Sé bueno, porque así te harás amar de todos. Sé compasivo, porque tu mismo necesitas de la indulgencia de los demas. Sé reconocido, porque esta es la base de la bondad. Sé modesto, porque el orgullo es insoportable. Perdona las injurias, porque la venganza eterniza las animosidades. Haz bien al que te ultraja, para ser mas grande que él, y hacerte un amigo. Sé sobrio y casto, porque la lujuria arruinará tu temperamento y te hará despreciable.

Sé ciudadano, porque la patria te sirve de seguridad. Sé fiel á la autoridad, porque es necesaria para el sustento de la sociedad. Obedece á las leyes, porque son la expresion de la voluntad general, y que esta debe ser preferida á la particular. Defiende tu pais, porque encierra todos tus bienes. No sufras que esta madre comun caiga en los grillos de la tiranía, porque si así fuese tu felicidad se desvaneceria. Si tu injusta patria te rehusa la

felicidad; si sometiéndose á un poder injusto, sufre que te opriman, alejate de ella en silencio, y no la turbes jamas.

En una palabra, sé un hombre sensible y razonable, esposo fiel, padre tierno, y buen ciudadano; emplea en el servicio de tu patria tu fuerza, tu talento, tu industria y tus virtudes; haz que tus asociados participen en los dones que la naturaleza te ha hecho; haz que todo lo que te rodea sea dichoso para poderlo ser tu mismo; está seguro que el hombre que hace á los demas dichosos, no puede menos de serlo el mismo. Si te conduces así, sea cual fuese la injusticia de los seres que te rodean, nunca te podrán privar enteramente de la recompensa que te será debida. A lo menos, no habrá fuerza humana que pueda privarte de la satisfaccion y aprobacion interior; siempre tendras la facilidad de entrar en tí mismo, y de gozar de una perfecta felicidad; ademas que serás amado de todas las almas honradas y sensibles. Una vida pasada toda entera, en contemplar la paz de tu alma, y en sentir el amor y el respeto de cuanto les rodea, te conducirá pacificamente á su término; este es necesario; pero tú mismo te sobrevivirás en imaginacion: tus virtudes te habrán de antemano erigido un mausoleo. Enfin, cuenta con

que el cielo estará contento contigo, con tal que la tierra lo esté.

No te quejes pues de tu destino. Sé justo, bueno y virtuoso, y gozarás continuamente. No envidies nunca la felicidad ilusoria del crimen poderoso, de la tiranía victoriosa, la impostura interesada, la equidad venal y la mentira endurecida. No aumentes nunca el rebaño de esclavos que rodean las cortes. No trates de adquirir, á fuerza de vergüenza y de remordimientos, la ventaja fatal de oprimir á tus semejantes; no te hagas nunca el complice mercenario de los opresores de tu pais.

No te alucines; yo soy la sola que castiga los crímenes de la tierra; el malo puede algunas veces escapar á las leyes de los hombres, pero á las mias nunca. Yo soy, quien hé formado los corazones y los cuerpos de los mortales, como tambien las leyes que los gobiernan. Si te entregas á la lujuria infame, tus camaradas te aplaudirán; pero yo te castigaré con toda suerte de enfermedades, que terminarán vergonzosamente tu existencia. Si te dejas llevar de la intemperancia, las leyes de los hombres no te castigarán, pero las mias lo harán y acortarán la trama de tus dias. Si eres vicioso, las consecuencias funestas de ello recaerán sobre tu

cabeza. Los príncipes y las divinidades terrestres, que son superiores á las leyes de los hombres, tiemblan de las mias. Yo soy quien les castigo; yo soy quien les lleno de sospechas, de terrores y de inquietudes; yo les hago temblar al nombre solo de la augusta verdad; yo soy la que, aun en medio del tumulto de los grandes que les rodean, les hago sentir el aguijon del sentimiento y la vergüenza. Yo soy la verdadera justicia eterna; yo sola sin la ayuda de nadie, proporcióno los castigos á la enormidad de la culpa, y doy la desgracia á la depravacion. Las leyes del hombre, no son justas mas que cuando se conforman con las mias, que son las únicas justas, invariables, y capaces de regular en todas partes la suerte de la raza humana.

Si dudas de mi autoridad, y del poder irresistible que tengo sobre los mortales, considera las venganzas que ejerzo sobre todos aquellos que se resisten á mis decretos. Entra en el centro del corazon de los criminales, y verás que, á pesar de la tranquilidad de su rostro, su alma está despedazada. ¿No ves el ambicioso atormentado dia y noche de un ardor que nada puede apagar? ¿No ves el conquistador triunfar con remordimiento, y reynar tristemente sobre las ruinas humeantes, y los desgraciados que le maldicen? ¿Crees tú

que el tirano, rodeado de aduladores, no siente el menosprecio que sus vicios, su inutilidad y su lujuria le han merecido? ¿Crees acaso, que el cortesano altivo, no se averguenza de los insultos que devora, y de las bajezas con que obtiene su favor?

Considera esos ricos indolentes, en presa al fastidio y á la saciedad, fruto del abuso de los placeres. Mira el avaro, inaccesible á los gritos de la miseria, gemir sobre la inutilidad de su tesoro, que ha acumulado á costa de si mismo. Repara como el libertino, tan alegre, gime secretamente sobre una salud prodigada. Repara como la division y la rabia reyna entre esos esposos adúlteros. Considera el corazon inutilmente marchitado del envidioso, que se seca con el bien estar de los demas; el corazon elado del ingrato, que ningun beneficio puede recalentar; el alma de yerro de ese monstruo, que los suspiros del infortunio no pueden ablandar. Contempla ese vengativo, que se nutre de hiel y de serpientes que le roen sus mismas entrañas; envidia, si puedes, al homicida, al juez inicuo, al opresor, cuyos lechos están continuamente guardados por las furias. Tiemblas, ya lo veo, al ver la agitacion del hombre que se ha enriquecido con los despojos del huerfano, de la viuda y del pobre; tiemblas al ver los remordimientos de esos

criminales augustos, que el vulgo cree dichosos, en igual que su propio odio venga suficientemente las naciones ultrajadas. En una palabra, ves la satisfacion y la paz desterradas del corazon de los desgraciados, á quien hago yo ver el desprecio, la infamia, y los castigos que merecen. Pero no; tus ojos no pueden sostener los trágicos espectáculos de mis venganzas. La humanidad te hace compatizar con sus merecidos tormentos : huirás de ellos sin aborrecerlos, y aun quisieras socorrerles. Si alguna vez te comparás con ellos, tienes la mayor satisfaccion en hallar en tu corazon un consuelo infalible. Enfin, ves los decretos del destino cumplidos, en ellos y en tí, que quiere que el crimen se castigue á sí mismo, y que la virtud no se vea nunca privada de recompensa. —

Esta es la suma de las verdades que encierra en sí el código de la naturaleza; tales son los dogmas que su discípulo puede anunciar, y no hay duda que son preferibles á los de la religion sobrenatural, que no hizo nunca mas que dañar al género humano. Tal es el culto que enseña esta razon sagrada, el objeto de los desprecios y de los insultos del fanático, que no quiere estimar mas que lo que el hombre no puede ni concebir ni praticar, que hace consistir su moral en los de-

beres ficticios, su virtud en las acciones inútiles y algunas veces perniciosas á la sociedad; que, por no haber conocido la naturaleza, cree que debe buscar en un mundo ideal unos motivos imaginarios, de que todo prueba la ineficacidad. Los motivos que la moral de la naturaleza emplea, son el interes evidente de cada hombre, de cada sociedad, y de todas las circunstancias. Su culto es el sacrificio de nuestros vicios, que nada puede privar el hombre virtuoso; sus castigos son el odio, el menosprecio, la indignacion que la sociedad reserva para los que la ultrajan, y á los que el mayor poder terrestre no podria escapar.

Las naciones que quieran atenerse á esta moral, que la inculquen en la infancia, y la infundan en sus leyes, no tendrán necesidad ni de supersticion ni de ilusiones; aquellas que se obstinen en preferir las fantasmas á sus verdaderos intereses, marcharán con paso acelerado hácia su ruina. Si se sostienen por algun tiempo, es porque la naturaleza les ha hecho algunas veces volver á la razon, á pesar de las preocupaciones que les conducian á una perdida segura. La supersticion y la tiranía, unidas contra los hombres, se han visto algunas veces en la precision de implorar el socorro de la razon ó de la naturaleza, que

desdeñan. Esta religion, que ha sido siempre tan nociva, se cubre del velo de la utilidad pública siempre que la razon quiere atacarla; funda su importancia y sus derechos sobre la alianza indisoluble que dice subsistir entre ella y la moral, á quien no cesa de hacer la guerra. Este es el insidioso artificio que seduce tantos sabios, que creen de buena fé la supersticion util á la politica y necesaria á las virtudes: su objeto es la conservacion, el bien estar y la paz de los hombres; su recompensa la afeccion, la estima y la gloria, ó bien la satisfacion del alma, y la estima que merece todo aquel que contiene sus pasiones; la supersticion hipócrita, para ocultar sus facciones horribles, se supo siempre cubrir del escudo de la virtud; de modo que nos creimos obligados á respetarla, porque se hacia una muralla de los altares de la verdad. Para convencerla á los ojos del género humano, de sus crímenes y locuras, para hacer ver sus manos homicidas cubiertas de la sangre de las naciones, que ha llenado de sus furores, es preciso sacarla de detras de su parapeto.

La moral natural, es la sola religion que el intérprete de la naturaleza ofrece á sus conciudadanos y á las razas futuras, que quiere sacar de las preocupaciones, que tan desgraciados hicieron á sus antepasados. El amigo de los

hombres no puede serlo de los dioses, que en todo tiempo fueron el azote del género humano; el apostol de la naturaleza no puede aliarse con unas ilusiones que no hacen mas que engañar el mundo; el adorador de la verdad no puede sufrir la mentira, cuyas consecuencias no pueden menos de ser fatales para los mortales: sabe que la felicidad de la humanidad requiere que se destruya el edificio vacilante de la supersticion para edificar el de la naturaleza, la paz y la virtud; sabe que solo la destruccion total del arbol envenenado que ha oprimido el universo por tantos siglos, puede hacer que los habitantes del mundo perciban la luz que puede dirigirles y recalentar sus almas. Si sus esfuerzos son vanos, y no puede infundir valor en unos seres demasiado acostumbrados á temblar, á lo menos se aplaudirá de haberlo intentado; sus esfuerzos no le parecerán inutiles, con tal que haya podido hacer un solo dichoso, que haya podido restablecer la tranquilidad en una alma honrada, y sosegado algunos corazones virtuosos. A lo menos tendrá siempre la ventaja de haber desterrado de su corazon los terrores que atormentan á los supersticiosos, de haber arrancado de su corazon la hiel que le corrompe, y de haber vencido las ilusiones que tanto atormentan al vulgo.

de la tempestad, contemplará desde la cima de su peña, las borrascas que los dioses excitan sobre la tierra, y presentará su mano á aquellos que como él quieran huir de ellas, les animará con la voz, y con todo el fervor de su alma, dirá.

» O naturaleza, soberana de todos los seres, y vosotras sus adorables hijas, virtud, razon y verdad, sed para siempre nuestras únicas deidades; á vosotras solas son debidos los inciensos y homenages de la tierra. Hacednos ver, ó naturaleza, lo que el hombre debe hacer para obtener la felicidad. Virtud, comunicale tu calma; razon, conduce sus pasos; verdad, alumbrale con tu fuego divino. reunid á las divinidades propicias el poder que teneis para someter los corazones; desterrad de nuestros entendimientos el error y la maldad; y haced reynar en su lugar, la ciencia, la bondad y la serenidad; confundid la impostura; fijad enfin nuestros ojos alucinados sobre los objetos que deben buscar; apartad para siempre las fantasmas é ilusiones que no hacen mas que extraviarnos; sacadnos de los abismos en que nos ha echado la supersticion; derribad el imperio fatal del prestigio y de la mentira; arrancadlos el poder que os han usurpado. Mandad absolutamente á los mortales; romped las cadenas que los

oprimen, y desgarrad el velo que les cubre; romped en las manos sangrientas de la tiranía, el cetro de yerro que les despedaza; relegad estos dioses que les afligen, en las regiones imaginarias de donde el temor les ha sacado. Inspirad valor al ser inteligente, y que tenga enfin bastante energía para amarse y sentir su dignidad; que se atreva á libertarse, que sea libre y dichoso, que no sea esclavo mas que de vuestras leyes, y que perfeccione su existencia; que ame á sus semejantes, que goze y haga gozar á los demas. Consolad el hijo de la naturaleza, de los males que el hado le hace sufrir, con los placeres que la sabiduría le permite el gozar; que aprenda á someterse á la necesidad. Conducidle sin zozobra al término comun de todos los seres, y enseñadle que no ha sido hecho ni para evitarle ni temerle. (1)

---

(1) Si todos los hombres pudiesen recibir las influencias de la divinidad, que el autor invoca; si pudiesen, ayudados de una razon justa, caminar conjuntamente en el sendero de la virtud, y, alumbrados por la verdad, destruir todo sistema religioso, el problema tantas veces propuesto de *si podria subsistir un pueblo ateo*, seria resuelto. Pero esto no es asi; la razon, la virtud y la verdad hallan demasiados obstáculos en el corazon del hombre. A pesar de lo que el autor dice, el pueblo, semejante á un niño, tiene que ser reto-

nido con un freno religioso. Esto no lo digo porque todos los legisladores lo han hecho, sino porque no puede ser de otro modo. Un sistema religioso llena los huecos que la incapacidad de los legisladores han dejado. El poder moral que la religion ejerce sirve de substituto al poder civil. Pero cuando un pueblo es antiguo, ilustrado y corrompido, y rompe todos los lazos religiosos que habian retenido su infancia, ningun poder terrestre puede sujetarle. Las persecuciones no harán mas que hacerle hipócrita. ¿Que debe pues hacer el legislador de semejante pueblo? buscar en el corazon del hombre los móviles capaces de influir sobre sus pasiones, conducirle á sus deberes por el amor de sí mismo, y hacer que unas buenas leyes llenen los vacios que ha dejado la destruccion del código religioso. Entonces todas las cosas continuarán en buen orden, sin tener necesidad de un agente desconocido y extraño.

FIN.

VERDADERO SENTIDO

DEL SISTEMA

DE LA NATURALEZA.

PREFACIO.

El hombre quiso por su desgracia pasar los límites de su esfera, y llegar hasta el mundo invisible; para esto tuvo que desdeñar y abandonar la experiencia por no ocuparse mas que de conjeturas. Su razon le fué inutil, por la antipatía que le habian dado contra ella desde su infancia; todo su anhelo fué el de conocer su suerte en la vida futura, abandonando los medios que podian hacerle dichoso en esta.

El objeto del autor de este sistema, es de volver el hombre á la naturaleza, de

hacerle amar la razon, de disipar las tinieblas que cubren el solo camino que puede tener para llegar á la felicidad que desea, y enfin, el de presentarle unas reflexîones útiles al reposo y bien estar de los hombres, y favorables al progreso del entendimiento.

Lejos de querer romper los lazos sagrados de la moral, no trata mas que de apretarlos, y erigir altares á la virtud, que sola merece la adoracion de los hombres.

CAPITULO I.

De la Naturaleza.

El hombre es la obra de la naturaleza, y está sometido á sus leyes, de las que no puede salir, ni aun con el pensamiento. Para un ser formado por la naturaleza, nada puede existir fuera del gran todo del que constituye una parte, aunque tan pequeña. — Los seres que se suponen superiores a esta madre universal, no son mas que unas meras ilusiones, de quien no podemos formarnos la menor idea.

El hombre es un ser puramente físico. El hombre moral es el mismo físico, considerado de otro punto de vista. Su organizacion es obra de la naturaleza ; sus acciones visibles, sus movimientos invisibles, son los efectos naturales de su mecánismo. Todo lo que ha inventado es la consecuencia de su esencia. Nuestras ideas provienen de lo mismo. El arte no es mas que la naturaleza, obrando con los instrumentos que ella misma ha fabricado. Todo proviene de su impulso.

A la física y á la experiencia debe el hombre recurrir en sus pesquisas. —La naturaleza obra por unas leyes muy simples. Salgamos de

la experiencia, y nuestra imaginacion se extravia. Por falta de ella nos hemos formado unas ideas tan imperfectas de la materia. —La pereza prefiere el ser guiada por el ejemplo, la rutina y la autoridad, á serlo por la experiencia, que requiere mucha actividad, y la razon, que exige reflexion. De aquí proviene la aversion que tenemos á todo lo que se aparta de las reglas ordinarias, y nuestro respeto por las instituciones de la antiguedad. La inexperiencia conduce á la credulidad. Consultemos la experiencia, contemplemos el universo, y veremos que todo es materia y movimiento.

CAPITULO II.

Del Movimiento y de su origen.

El movimiento es solo capaz de establecer algunas relaciones entre los órganos y los seres que están fuera y dentro de nosotros mismos.

Una causa es un ser que dá el movimiento á otro, ó que produce alguna mudanza entre dos cuerpos por medio del movimiento.

De cualquier modo que un cuerpo obre sobre nosotros, solo lo conocemos por el cambio que opéra.

Por las acciones juzgamos de los movimientos interiores, de los pensamientos, y de todos

los demas sentimientos. Cuando el hombre huye, juzgamos que tiene miedo.

El movimiento de los cuerpos proviene de su esencia. Cada ser tiene unas leyes de movimiento que le son peculiares.

Todo en el universo es movimiento. La esencia de la naturaleza es de obrar. Todos los seres no hacen mas que nacer, crecer, y disiparse. Las piedras, el yerro, etc. todo obra. La piedra que está sobre la tierra la aprieta, y obra sobre ella. El movimiento hace que nuestro odorato se perciba de la emanacion de los cuerpos mas compactos.

Este movimiento lo ha recibido la naturaleza de sí misma, pues que ella es el gran todo fuera del cual, nada puede existir. La accion es de la esencia de la materia, la que se mueve por su propia energía, y tiene sus propiedades que la hacen obrar.

Para suponer que hay una causa que ha puesto la materia en movimiento, es preciso suponer que ha tenido un principio; lo que no puede ser, pues que si no puede dejar de existir, no es creible que haya empezado á hacerlo.

¿De donde ha salido la materia? Siempre ha existido. ¿De que proviene el movimiento de la materia? Ha debido moverse de toda eternidad, pues que el movimiento es una

consecuencia de su esencia, y que la existencia supone propiedades á la cosa que existe; es claro que de que las tiene, su modo de obrar proviene necesariamente de su modo de ser, por la misma razon que de que un cuerpo tiene mucho peso debe caer.

CAPITULO III.

De la Materia y de sus movimientos.

Al solo movimiento deben ser atribuidos los cambios, las formas y las modificaciones de la materia. Por él, todo cuanto existe, se produce, se altera, crece y se destruye.

Con su ayuda se hace una transmigracion, una mudanza, y una circulacion continua en las partículas de la materia, que se disuelven para volver á formar nuevos seres. Un cuerpo alimenta á otro. Al cabo de cierto tiempo, todo vuelve á la masa general los elementos que le habia prestado. La naturaleza por sus combinaciones procrea los soles. Llegará tal vez un dia en que el movimiento disolverá las partes de que están compuestas estas masas maravillosas, que el hombre en el corto espacio de su existencia puede apénas concebir.

CAPITULO IV.

De las Leyes del movimiento, comunes á todos los seres. De la atraccion y repulsion. De la fuerza de inercia. De la necesidad.

Cuando vemos la causa que obra, tomamos sus efectos por naturales ; pero,cuando vemos un efecto sin conocer su causa, tenemos al instante recurso á nuestra imaginacion, que no hace mas que criarnos ilusiones.

No obstante, los efectos y causas de la naturaleza no pueden menos de ser todos naturales. Todo movimiento tiene sus leyes constantes é invariables. Luego,¿ porque, aunque no los percibamos, hemos de decir que su causa es sobrenatural ?

El objeto visible de todo cuerpo, es el de conservar su existencia, procurarse lo que le es favorable y alejarse de lo que le puede dañar. De que existe, no se puede menos de tener los movimientos propios de una esencia determinada.

Toda causa produce su efecto, y este no puede existir sin ella. Luego, si todo movimiento es debido á una causa, y está determinado por su naturaleza, esencia, y propiedades, debemos inferir que todo es necesario, y que cada ser de la naturaleza, segun las

propiedades que le han sido dadas, no puede obrar de otro modo que del que obra. La necesidad es la union infalible de las causas con sus efectos; y la fuerza irresistible, aquella necesidad universal no es mas que la consecuencia de la naturaleza de las cosas, que hace que todo tenga unas leyes inmutables.

CAPITULO V.

Del Orden, del Desorden, de la Inteligencia y de la Casualidad.

La vista de los movimientos regulados del universo, dió al hombre la idea del orden. Esta palabra no significa mas que una cosa que nos es relativa. La idea del orden y desorden no prueba que existan en la naturaleza, pues que todo es necesario en ella. El desorden en un ser, no es mas que su transicion á un orden nuevo. Cuanto mas rápido es el pasage, mas grande nos parece. Este es el motivo por que la muerte es para nosotros, el mayor de todos los desórdenes. Por tanto no hace mas que cambiar nuestra esencia, sin sacarnos del orden del movimiento.

Llamamos inteligencia la facultad de obrar segun un objeto que conocemos en el ser á quien la atribuimos; y la rehusamos á los seres que no obran á nuestro modo.

Atribuimos á la casualidad todos los efectos de quien no vemos la union con las causas que creemos conocer. De que vemos ó creemos ver un orden, lo atribuimos á una inteligencia, calidad que sacamos de nosotros mismos.

Un ser inteligente es aquel que piensa, que quiere, y obra para obtener lo que desea. Para esto, es preciso que tenga sus órganos y un objeto como nosotros lo tenemos. Si la naturaleza estuviese gobernada por una inteligencia, necesitaria lo mismo, porque sin órganos no puede haber ideas, pensamientos, voluntad, ni acciones. La materia adquiere la accion, la inteligencia y la vida, solo cuando está combinada de cierto modo.

CAPITULO VI.

De el Hombre; de su distincion entre moral y físico; de su origen.

El hombre está continuamente sometido á la necesidad. Su temperamento no depende de él, aunque influye sobre todas sus pasiones: su sangre mas ó menos caliente, sus nervios mas ó menos relajados, sus alimentos, y hasta el aire que respira, todo influye sobre él.

El hombre es un todo organizado y compuesto de diferentes materias que obran segun

sus propiedades. La dificultad de conocer la causa de sus movimientos, le ha hecho dividirse en dos especies. No pudiendo conocer las cosas, ha inventado palabras.

El hombre es meramente una produccion de la naturaleza como todas las demas. Pero, ¿de donde ha provenido? No tenemos bastante experiencia para resolver esta qüestion.

¿Ha existido siempre, ó bien es posterior á la naturaleza? Uno y otro es posible. La materia es eterna, pero sus combinaciones y sus fuerzas no lo son. Es probable que el hombre es una produccion particular de nuestro globo, pues que vemos que varía segun el clima en que nace. No hay duda que nació hembra y varon, y que subsistirá así, mientras que la coórdinacion del globo exista. Si esta cesase, la especie humana cesaría y seria sustituida por nuevos seres, capaces de coórdinarse con las calidades que el globo tendria entonces.

El hablar de la divinidad y de la creacion, es confesar que se ignora la energía de la naturaleza, y que no se sabe como ha podido producir hombres.

El hombre no tiene motivo para creerse un ser privilegiado, pues que está sujeto á las mismas vicisitudes que las demas producciones de la naturaleza. La idea de su excelencia no

está fundada, mas que sobre la predileccion que tiene para sí mismo.

CAPITULO VII.

Del Alma y de su Espiritualidad.

Lo que llaman nuestra alma, se mueve con nosostros; luego el movimiento es propio de la materia. Esta alma se demuestra tambien material en los obstáculos invencibles que se la presentan. Si hace mover mi brazo, cuando nada se opone á ello; no lo hará, cuando está cargado con mucho peso. Hé aquí que la materia sirve de impedimento á una causa espiritual, que no teniendo analogía alguna con ella, no debia ser detenida.

El movimiento supone la extension y solidez en el cuerpo que se mueve; de modo, que de que se atribuye una accion á una causa, se la debe considerar como material.

Cuando mi cuerpo se mueve hácia adelante, mi alma no se queda atras; luego tiene una calidad comun con él, y que dimana de la materia. Hace parte de mi cuerpo, y tiene las mismas sensaciones que él. Tiene como él un estado de infancia y de debilidad, participa en sus placeres y penas, y dá señales nada equívocas de decrepitud y de muerte. El alma no es otra cosa mas que el cuerpo conside-

rado con relacion á alguna de sus funciones.

¿Que es una substancia que no tiene nada de lo que nuestros sentidos nos hacen capaces de conocer? ¿Un ser que sin ser materia obra sobre ella? Y enfin, ¿como puede el cuerpo contener y encerrar un ser fugitivo, que escapa á nuestros sentidos?

CAPITULO VIII.

De las Facultades intelectuales. Todas son derivadas de la facultad de sentir.

El sentir es el modo de ser conmovido que conviene á ciertos órganos de los cuerpos animados, ocasionado por la presencia de un objeto material. La sensibilidad es el resultado de la organizacion animal; los órganos se comunican reciprocamente sus impresiones.

Toda sensacion es la impulsion dada á nuestros órganos; toda idea es la imagen del objeto á quien la sensacion y la percepcion son debidas. De modo que si nuestros sentidos no son conmovidos, no podemos tener ni sensacion, ni percepcion, ni ideas.

La memoria produce la imaginacion. Haciéndonos un cuadro de lo que hemos visto, nuestra imaginacion nos transporta á lo que no vemos.

Las pasiones son unos movimientos de la vo-

lantad determinada por los objetos que la conmueven, en razon de nuestro modo de estar.

Todas las facultades intelectuales que se atribuyen al alma, no son mas que unas modificaciones debidas á los objetos qne chocan nuestros sentidos. De aquí provienen los temblores que agitan nuestros nervios, cuando el cerebro está afectado por el movimiento que llamamos *temor*.

CAPITULO IX.

De la diversidad de las Facultades intelectuales. Todas dependen de las causas físicas. Principios naturales de la sociabilidad, de la moral y de la política.

El temperamento decide de las calidades intelectuales, y estas las recibimos de nuestros parientes. Los alimentos, la calidad del aire, el clima, la educacion y las ideas que nos presenta determinan de su especie.

Como creen el alma espiritual, los remedios que se la administran son ineficaces. El temperamento es el que nos debe ocupar, porque puede ser corregido, alterado, y modificado.

El entendimiento es una consecuencia de la sensibilidad física; como tambien la facili-

dad que algunos seres tienen para conocer las relaciones de los objetos.

La experiencia es la sola que puede hacernos preveer los efectos que no conocemos. De aquí dimana la prudencia.

La razon es la naturaleza modificada por la experiencia.

El objeto del hombre, es el de conservarse y hacer su existencia dichosa. La experiencia nos enseña que los otros nos son necesarios. Vé lo que puede ser aprobado ú condenado; la virtud y el vicio no están fundados sobre las convenciones, sino sobre las relaciones que hay entre los seres de la especie humana.

Los deberes de los hombres derivan de la necesidad de emplear los medios que pueden conducirles al término que se proponen. Solo trabajando en la felicidad de los demas, podemos hacer que se ocupen de la nuestra.

El hombre para ser feliz debe ser avaro de sus placeres, y rehusarse todos los que le podrian dañar.

La política deberia ser el arte de dirigir las pasiones de los hombres hácia el bien de la sociedad. La ley debe tener el mismo objeto.

Las pasiones no tienen nunca otra mira que la felicidad, y no pueden ser denominadas buenas ó malas mas que segun los

efectos que producen. Para dirigirlas á la verdad, seria preciso enseñar á los hombres las ventajas que trae el ejercicio de la virtud.

CAPITULO X.

Nuestra alma no saca sus ideas de sí misma. No hay ideas innatas.

Pues que todas nuestras ideas provienen de las substancias materiales, ¿como se puede decir que no son ellas mismas materialies?

A esto nos oponen los sueños; pero es evidente que durante nuestro sueño, el cerebro está lleno de una infinidad de ideas que ha recibido la vispera. La memoria produce siempre la imaginacion. La causa de los sueños es talmente física, que son muy á menudo producidos por los alimentos, los humores y las fermentaciones poco análogas al estado salubre del hombre.

Las ideas que se creen innatas son las que nos son familiares; pero nunca provienen mas que de nuestros sentidos, y son el efecto de la educacion, del ejemplo y de la costumbre. Las ideas de Dios no son visiblemente debidas mas que á las pinturas que nos fuéron hechas de él.

Nuestras ideas de moral son el fruto de la experiencia. El sentimiento de amor de los

padres, madres é hijos, son los efectos de la reflexion y de la costumbre.

Todas las ideas de los hombres son adquiridas. Las palabras de hermosura, inteligencia, orden, virtud, dolor y placer, son para mí sin ningun sentido, á menos que pueda hacer la comparacion con otros objetos. Es preciso sentir antes de juzgar, y el juicio es el fruto da la comparacion.

CAPITULO XI.

Del sistema de la Libertad del hombre.

El hombre es un ser fisico, sometido á la naturaleza, y por consiguiente á la necesidad. Nacidos sin nuestra permision, nuestra organizacion es involuntaria. Nuestra accion es una consecuencia de una impulsion ó de un motivo cualquiera.

Si tengo sed, y veo una fuente, no puedo menos de desear el beber. Me dicen que el agua está envenenada, y al instante me abstengo de beber de ella. ¿Ahora me dirán que soy libre? La sed me determinaba necesariamente á beber; el segundo motivo me parece mas poderoso que el primero; por consiguiente, no bebo. Me dirán que un imprudente beberia. Entonces la primera impulsion será la mas fuerte. En uno y otro caso las

acciones son igualmente necesarias. El que beba será un insensato; pero nos debemos acordar de que las acciones de los insensatos son tan necesarias como las de los demas.

Es verdad que se puede hacer que un libertino reforme su conducta. Pero esto no significa que es libre, sino que se han encontrado algunos motivos mas poderosos que los que habia tenido antes.

La libertad de escoger no prueba la libertad del hombre; sus zozobras no acaban hasta que su voluntad se determina por algun motivo poderoso, y no puede impedir nunca, el que estos motivos obren sobre su voluntad, porque no es dueño de no desear lo que parece deseable. Pero dicen que puede resistir á su deseo, si reflexiona en las consecuencias; es verdad; pero no es siempre dueño de reflexionar. Las acciones de los hombres no son nunca libres; todo al contrario, dependen de su temperamento, de las ideas que han recibido, del ejemplo, y de la experiencia.

A pesar de este sistema de libertad, todas las instituciones de los hombres están fundadas sobre la necesidad. Si no se supusiesen los motivos capaces de determinar su voluntad, ¿para que servirian, la educacion, la moral y aun la misma religion? Esta es la que regula todos los movimientos del mundo físico, como tambien

los del mundo moral, en que todo está por consiguiente sometido á su influencia.

CAPITULO XII.

Exámen de la opinion que quiere que el sistema del Fatalismo sea nocivo.

Si todas los acciones del hombre son necesarias, ¿ que derecho tenemos para castigar las malas ? Nunca se castigan los delitos involuntarios.

A esto responderemos, que la sociedad es una reunion de seres sensibles, que desean lo bueno y temen lo malo. Esto basta para hacerles desear el bien general. Esta inclinacion es de naturaleza á hacer impresion sobre todos los hombres. Los malos son unos insensatos de quien todos los demas tienen el derecho de apartarse. La locura es un estado involuntario y necesario. No obstante, se priva de la libertad á los locos. Ademas que á la sociedad toca el no dar nacimiento á las inclinaciones que castiga. Los ladrones son muy á menudo hombres á quien ella misma ha privado de subsistencia.

El someterlo todo á la necesidad dicen, es destruir las nociones recibidas del bien y del mal; pero no es así : aunque el hombre obra necesariamente, sus acciones son justas

y buenas cuando convienen al bien estar de la sociedad. Todo hombre conoce que hay un modo de obrar en sus semejantes, que no puede menos de amar. Las ideas que tenemos del placer y del dolor, del vicio y de la virtud, están fundadas sobre nuestra misma esencia.

Luego el fatálismo no inclina al vicio, ni á quitar los remordimientos ; los pícaros los tienen siempre : aunque se hayan escapado de los castigos, no por eso son mas dichosos, no están mas satisfechos de sí mismos, ni pueden eximirse de agitaciones continuas. Cada crimen les cuesta las mayores inquietudes, agitaciones y combates. El sistema del fatálismo, está establecido sobre la moral, y demuestra la necesidad que hay de ella.

Dicen que el fatálismo desanima al hombre, y rompe los lazos que le unen á la sociedad. ¿Pero acaso pende en mí, el ser sensible ó no: Mis sentimientos son necesarios, y dependen de mi naturaleza. A pesar de que sé que la muerte es el término comun de todos los seres, ¿como puedo menos de sentir la perdida de una esposa, de un hijo, ó de un amigo ?

El fatálismo debe inspirar al hombre una sumision util, y una resignacion razonable á los decretos del hado. Cuanto mas persuadido esté de que todo es necesario, mas tolerante será, mas compadecerá á sus semejantes ; será

tambien humilde y modesto, porque sabrá que nada posee que no haya recibido.

La fatalidad, me dirán, degrada al hombre, y le hace una mera mecánica. Pero este es un lenguage inventado por la ignorancia de lo que constituye la dignidad del hombre. Toda máquina que cumple con las funciones á que fué destinada es preciosa; la naturaleza misma no es mas que una máquina. Que el alma sea mortal ó inmortal, no por eso admiraremos menos la del súblime Sócrates.

La opinion del fatálismo es muy ventajosa para el hombre que la sigue; su entendimiento no será turbado por ninguna inquietud; gozará con medida, porque el dolor acompaña todo exceso; enfin seguirá la virtud, porque todo le prueba que es necesaria para hacerse amar de los demas, y estimarse á sí mismo.

CAPITULO XIII.

De la inmortalidad del Alma; del dogma de la Vida futura, y del temor de la muerte.

El alma sigue siempre paso á paso los diferentes periodos del cuerpo; nace con él, es debil en su infancia, sufre las mismas penas y placeres, está activa ó languida, adormecida ó despierta, todo lo mismo que él; ¡y á pesar de todo esto la suponen inmortal!

Como la naturaleza inspiró á los hombres el amor de su existencia, el deseo de perseverar en ella les hizo creer que el alma era inmortal, y aunque este deseo sea natural, ¿ que prueba es esta de la realidad de la vida futura? Todos desean la eternidad de la vida; pero sus deseos son frustrados; luego ¿ porque el deseo de la eternidad del alma no lo será tambien?

El alma no es mas que el principio de la sensibilidad; pensar, gozar, y sufrir, es sentir. Luego, cuando el cuerpo cesa de vivir, la sensibilidad no puede ejercitarse. Cuando no hay sentidos, no hay ideas. El alma sin ellas no puede sentir: luego ¿ como lo hará sin los órganos?

A esto nos opondrán el poder divino; pero este no puede hacer que una cosa exista ó no. Tampoco puede hacer que el alma piense, sin los intermedios necesarios para tener pensamientos.

A pesar de la opinion de la existencia eterna, siempre nos alarmamos de la destruccion del cuerpo; prueba que lo presente nos conmueve mas que lo futuro.

La sola idea de la muerte, espanta á todos los hombres, y, no obstante, no tratan mas que de hacerla mas terrible, haciéndonosla considerar como un movimiento que nos en-

trega sin defensa á los rigores inauditos de un déspota. — Hé aquí dicen, el dique mas fuerte que se puede oponer á los desarreglos de los hombres.—Pero ¿cuales son los efectos que estas nociones producen sobre los que las creen? El mayor número no se acuerda de ello, mas que rara vez, y nunca mientras que las pasiones le poseen. Si estos temores obran, es solo sobre los que no tienen necesidad de ellos para evitar el mal. Y enfin hacen temblar los corazones honrados, sin tener ningun poder sobre los corrompidos.

En cuanto á los incrédulos, no hay duda que puede haber algunos malvados entre ellos; pero la incredulidad no supone siempre la maldad. Al contrario, el hombre que piensa y que medita, conoce los motivos que tiene para ser bueno, mucho mas que aquel que se deja conducir ciegamente por los motivos de los demas. El hombre que no espera nada en la otra vida, no está por eso menos interesado en prolongar su existencia. El dogma de una vida futura nos impide el ser dichosos en esta; nos acostumbramos al error y al infortunio, porque esperamos una vida mas dichosa.

La idea de lo venidero ha nacido de lo presente. Tenemos placeres y penas en esta vida, por consiguiente, nos hemos formado la idea de un paraiso y de un infierno. Mas un cuerpo

es necesario para gozar de estos placeres; por consiguiente una resurreccion es necesaria.

¿Pero como han podido los hombres determinarse á creer en el infierno? Porque del mismo modo que un enfermo no abandona nunca la esperanza de prolongar su existencia, por desgraciada que sea, el hombre prefiere una existencia desdichada, al dejar enteramente de existir. Ademas que esta nocion fué mucho menos terrible por la de la misericordia de Dios.

Los terrores de la otra vida son tan fuertes que si por una inconsecuencia dichosa, las naciones no derogasen en su conducta de estas ideas insolentes, caerian en la brutalidad, y el mundo entero se haria un desierto.

Aunque este dogma sea un freno para reprimir las pasiones, ¡cuan poco esta idea mejora los pueblos que creen en ella! Los que se creen retenidos por estos temores, les atribuyen falsamente, lo que no deben mas que á unos motivos mas poderosos, su temperamento, su timidez, y el temor de las consecuencias de una mala accion. ¿Puede el malvado ser retenido por unos temores tan lejanos, cuando no lo es por los castigos presentes?

La misma religion destruye el efecto de estos temores. La remision de los crímenes consuela los malvados hasta en el último instante

de su vida, lo que es un dógma opuesto al primero.

El efecto de estos temores es insuficiente. Los mismos que los inspiran, confiesan que es así, y se quejan de que á pesar de ellos los hombres no dejan de llevarse de las inclinaciones viciosas. Enfin, para un hombre tímido que estos temores contienen, hay millones que se hacen insensatos, inútiles y malos, y otros tantos que se apartan de sus deberes para con la sociedad, que afligen y que turban.

CAPÍTULO XIV.

La educacion, la moral y las leyes bastan para contener á los hombres. Del deseo de la Inmortalidad. Del Suicidio.

No busquemos pues en un mundo ideal los motivos que se necesitan para obrar en este. La naturaleza, la experiencia y la verdad son las que deben darnos el remedio para los males de nuestra especie, como tambien los móviles que pueden obrar sobre el corazon humano.

La educacion, sobre todo, es la que debe sembrar buenos principios en nuestros corazones ; entonces los hombres no tendrán necesidad de recompensas ni de castigos celestes.

El gobierno no tiene necesidad de fábulas.

Los castigos presentes y recompensas actuales son suficientes. Estos son los que debe emplear. Pero el hombre es en todas partes esclavo. Es pues preciso que sea bajo, interesado, disimulado y sin honor. Este es el vicio del gobierno, que le engaña y trata de impedirle el cultivar su razon; por consiguiente no puede menos de ser estúpido y desrazonable. El vicio y el crimen son honrados en todas partes; por consiguiente el vicio le parece un bien, y la virtud un sacrificio desagradable. En todas partes es desgraciado, y daña á sus semejantes, creyendo de este modo aliviar sus males. Le preséntan el cielo; pero sus miradas no pueden apartarse de la tierra, y, por consiguiente, quiere en ella ser dichoso, cueste lo que cueste. Si el pueblo fuese mas instruido, no tendria necesidad de ser engañado para ser regido.

Hagámosle considerar su estado actual como solo que puede hacerle dichoso. En igual de hablarle de otro mundo, hágamosle fijar toda su felicidad en este; enseñarle que sus acciones pueden influir sobre sus semejantes, recompensar su talento, hacerle activo, laborioso, benéfico y virtuoso; enseñarle á conocer el precio, la afeccion de sus asociados y enfin, hacerle conocer las consecuencias de su aborrecimiento.

Por grande que sea el temor de la muerte, los sentimientos y las desgracias nos la hacen mirar como un puerto seguro, ó como el abrigo de las injusticias de nuestros semejantes.

Muchos han sido los modos con que el suicidio ha sido mirado. Unos han creido que no era permitido al hombre el romper el pacto que habia hecho con la sociedad. Pero, si exâminamos sus relaciones con la naturaleza, veremos que ninguno de sus pactos ha sido enteramente voluntario. La voluntad del hombre no tiene parte ninguna en su nacimiento; tampoco la tiene en su fin. Todas sus acciones son forzadas. Pero no puede amar su ser, mas que á condicion de ser dichoso.

Si consideramos el pacto que une el hombre á la sociedad, conoceremos que es condicional y recíproco, y que supone alguna ventaja entre los contratantes. ¿Podriamos condenar un hombre que, hallándose sin recursos en una ciudad, se retirase á la mas profunda soledad? El hombre que muere no hace mas que retirarse.

La diversidad de opiniones es necesaria. El suicida os dirá que en su lugar hubierais hecho otro tanto; pero, para ponerse exáctamente en el lugar de otro, seria preciso tener la misma organizacion, el mismo temperamento y las mismas pasiones, ser el mismo,

estar en las mismas circunstancias, y ser movido por las mismas causas. No hay duda que se nos dirá que estas maximas son dañosas; pero una simple maxima no es capaz de hacer tomar á los hombres una resolucion tan violenta. Para esto es necesario que su temperamento este muy agriado, su organizacion muy viciada, su máquina muy desarreglada. La muerte es un recurso que no se debe quitar á la virtud oprimida.

CAPÍTULO XV.

De los intereses del hombre, y de las ideas que se hacen de la felicidad. El hombre no puede ser dichoso sin la virtud.

El interes es el objeto á que cada hombre, segun su temperamento, atribuye su bien estar. La misma felicidad no puede convenir á todos. La felicidad de cada hombre, es una razon compuesta de su organizacion. Entre unos seres tan variados, es claro que lo que forma el objeto de los deseos del uno, debe ser indiferente y aun desagradable para otro. Ninguno puede ser un buen juez de lo que puede contribuir á la felicidad de sus semejantes.

No obstante, forzados á juzgar de las acciones de los hombres por sus efectos, aprobamos el interes que les anima, segun la ventaja

que de ello resulta para la especie humana. Por eso admiramos tanto el valor, la generosidad, el talento, la virtud, etc.

Es de la esencia del hombre el amarse, buscar su conservacion, y hacer su existencia dichosa. Por este interes, el hombre conoce pronto, con la ayuda de la experiencia y de la razon, que no puede por sí solo procurarse la felicidad de su existencia. Vive con unos seres ocupados como él de su felicidad, pero capaces de ayudarle á obtener los objetos que desea por sí mismo. Conoce que no le serán favorables mas que cuando su bien estar esté interesado en ello. De esto infiere que es preciso, que para su felicidad, se concilie la aprobacion y la asistencia de sus semejantes, y que debe hacerles encontrar su ventaja en segundar sus proyectos. El procurar estas ventajas á los seres de la especie humana es ser virtuoso. Luego el hombre razonable conoce que debe serlo. La virtud no es mas que el arte de ser dichoso haciendo la felicidad de los demas. Este es el fundamento de toda moral. El merito y la virtud están fundados sobre la naturaleza del hombre y sus necesidades.

El hombre virtuoso goza á cada momento, porque lee en los ojos de los demas, los derechos que se ha adquirido sobre sus corazones. El vicio no puede menos de ceder á la

virtud, de quien reconoce la superioridad. Si el hombre de bien es algunas veces despreciado y mal recompensado, se consuela con la justicia de su causa. Este apoyo no puede servir para los malvados, que no encuentran en sus corazones mas que pesares y remordimientos.

CAPÍTULO XVI.

Los errores de los hombres sobre lo que constituye la felicidad, son la verdadera causa de todos sus males. De los vanos remedios que se les ha querido aplicar.

No hay cosa mas frívola que las declamaciones de la filosofia contra la ambicion del poder, de la grandeza, de las riquezas y de los placeres. No hay cosa mas natural que la de amar todo lo que promete alguna ventaja.

Estas son las ventajas sobre que está fundada la autoridad de un padre de familia. Lo mismo sucede con los rangos, las riquezas, el ingenio, el talento y las ciencias, que no tienen otro derecho sobre nosotros, mas que el de las ventajas que procuran : los ricos y los grandes pueden muy bien alucinarnos, pero no tienen ningun derecho sobre las causas mas que por medio de sus mercedes.

La experiencia nos enseña que las opiniones

sagradas fueron la margen verdadera de los males del género humano. La ignorancia de las causas naturales creó los dioses; la impostura los hizo terribles, y esta idea impidió los progresos de la razon. Esto es lo que hace que el hombre viva en el infortunio, porque le dicen que estos dioses le condenan á ser miserable. Por consiguiente no piensa en romper sus cadenas, porque le hacen creer que la estupidez, el renuncio de su razon y la abjeccion de su alma, son los únicos medios de obtener una felicidad eterna. Los soberanos, transformados por él en dioses, le parecen recibir al nacer el derecho de mandarle. Su política consiste en el arte fatal de sacrificar la felicidad de todos, al capricho de uno solo.

La misma ceguedad hay en la ciencia de las costumbres. La religion funda la moral, no sobre la naturaleza del hombre, ni sobre los deberes que resultan de ella, sino sobre las relaciones imaginarias entre el hombre y los poderes invisibles. Estos dioses, pintados siempre como tiranos, fueron los módelos de la conducta de los hombres. Cuando el hombre hizo mal á sus semejantes, creyó haber ofendido á su dios. Pero creyó poderse limpiar de esta culpa con humillarse, y hacerle regalos. La religion corrompió la moral, y sus

expiaciones dieron la última mano á su ruina. La virtud pareció aborrecible á los humanos, porque les fué representada como enemiga de todo placer. La observacion de sus deberes se les hizo ver como un puro sacrificio. Lo presente es siempre preferido á lo venidero, lo visible á lo invisible; y el hombre fué perverso porque todo le decia que esto era preciso para obtener la felicidad.

Creyendo los supersticiosos, que los objetos que deseamos no son capaces de llenar nuestro corazon, los han denominado dañosos, odiosos y abominables. Han querido que el hombre renuncie á todo placer, y en una palabra, que se desnaturalize; ¡que medicos tan ciegos que han tomado por enfermedad el estado natural del hombre! El imponerle el deber de no amarse, y de no desear nada, es quitarle su propio ser. El decirnos que nos aborrezcamos y despreciamos á nosotros mismos, es quitarnos el mejor medio de atener á la virtud.

A pesar de nuestras quejas, aun hay dichosos sobre la tierra; aun se pueden encontrar algunos soberanos que ponen su ambicion en hacer dichosas á sus naciones; algunas almas ilustres que sostienen la virtud y socorren la indigencia.

El pobre es dichoso aun por sus mismos deseos, que el rico no puede formar. Acos-

tumbrado á trabajar, goza del reposo; recibe pocas ideas, conoce pocos objetos, tiene pocos deseos, etc.

La suma de bienes sobrepuja la de los males. No hay ninguno que sea dichoso en general, pero hay muchos que lo son en particular. Pocos son los dias enteramente desgraciados de nuestra vida. La costumbre algunas veces hace nuestras penas mas ligeras. Cada necesidad es un placer cuando se satisface. La ausencia de la enfermedad es un estado dichoso del que gozamos con demasiada indiferencia, y sin percibirnos de él. La experiencia nos ayuda á sobrellevar nuestros males. Enfin el hombre que se dice desdichado, no puede ver llegar la muerte con indiferencia, ni aun con tranquilidad, á menos que no esté lleno de desesperacion. Cuando la naturaleza nos priva de toda felicidad, nos abre una puerta para salir de la vida; si rehusamos el pasar por ella, es porque la existencia nos es aun agradable.

CAPÍTULO XVII.

Origen de nuestras ideas sobre la Divinidad.

El mal es necesario al hombre, porque sin él no conoceria el bien, y no tendria ni voluntad, ni pasiones, ni deseos, ni aun motivos

para amar ó temer ; seria un automata, y no un hombre. Solo el mal que vé en el mundo, le ha podido hacer pensar en la divinidad : sus temores fueron excitados por una infinidad de males, de enfermedades, de desastres, de temblores, de alteraciones, de inundaciones y de incendios. ¿Que ideas podia formarse de la causa irresistible que producia unos efectos tan extensos ? ¿ Como habia de sospechar que la naturaleza era el autor de los males que ella misma se hacia? No viendo pues sobre la tierra ningun agente bastante poderoso, para operar semejantes efectos, levantó los ojos al cielo, en que suponia que residian los agentes desconocidos cuya cólera destruía su felicidad terrestre.

La idea de estos agentes tan poderosos fué siempre asociada á la del terror.

Nunca juzgamos de los objetos que ignoramos, mas que por los que conocemos. El hombre atribuye pues una voluntad, inteligencia, un designio, unos proyectos, unas pasiones, etc., á toda causa desconocida que siente obrar sobre sí. Sensible él mismo á los regalos, los emplea para ganar la divinidad.

El cuidado de las ofrendas fué confiado á los ancianos ; estas ofrendas se hacian con el mayor aparato; el aparato se conservó y se

hizo una costumbre, y de aquí provinó el sacerdocio.

Estos sistemas han sido modificados por el entendimiento humano, cuya esencia es de trabajar sin relaja sobre los objetos desconocidos, á los que empieza á dar la mayor importancia, y que despues no puede exâminar á sangre fria.

Por una consecuencia de estas ideas, la naturaleza ha sido despojada de todo poder. El hombre no puede concebir que esta naturaleza le hiciese sufrir, si no hubiese sido movida por un poder enemigo de su felicidad.

CAPITULO XVIII.

De la Mitología y de la Teología.

La naturaleza obtuvo las primeras adoraciones de los hombres. Pero, habiendo personificado todas sus partes, se inventaron un *Saturno*, un *Jupiter*, un *Apolo*, etc. El vulgo no pudo nunca imaginar, el como la naturaleza, sus partes y sus operaciones, eran todas denominadas bajo estas alegorías. En breve el origen de estos dioses fué desconocido. Esto hizo que en breve se la distinguiese de sí misma, y no fuese mirada mas que como una masa incapaz de obrar.

Pero era preciso revestir esta fuerza motriz

de calidades. Los hombres no podian adaptar á este ser, mas que unas ideas sacadas de ellos mismos. Todo lo que llaman perfecciones fué el módelo en pequeño de las perfecciones divinas, á las que atribuyeron una bondad, una sabiduría, un poder sin límites, segun el orden que se cree ver reynar en la naturaleza, por los efectos maravillosos que produce.

Pero, por otra parte, ¿como hemos de poder menos de atribuirla la malicia, la imprudencia y el capricho, viendo los desórdenes y los males que se representan en este mundo? Para apartar esta dificultad, se la crearon enemigos. Tal es el origen de los ángeles rebeldes. A pesar de todo su poder, no pudo vencerlos, suponiéndola en el mismo caso en que están los hombres que la ofenden.

No obstante, creyendo de este modo indicar la causa de las miserias humanas, no se pudieron disimular que muy á menudo los hombres mas justos sufrian los mayores castigos de Dios.

Para quitar esta dificultad, se dijo que el hombre habiendo pecado, la divinidad podia vengarse sobre los inocentes; todo esto al ejemplo de los soberanos inicuos, cuyos castigos son mas proporcionados á la grandeza y al poder del ofendido, que á la enormidad de la ofensa. Luego los mas perversos de to-

dos los hombres han servido de modelo á este Dios, y el mas injusto de todos los gobiernos fué el modelo de su administracion.

CAPÍTULO XIX.

Ideas confusas y extraordinarias de la Teología.

Dicen que Dios es bueno, pero tambien que es el autor de todas las cosas; luego todo mal se le debe atribuir. El bien y el mal suponen dos principios, ó bien es preciso confesar que si no hay mas que uno, este será alternativamente bueno y malo.

Dicesenos que es justo, y que los males son los castigos que dá por las injurias que ha recibido; luego el hombre puede injuriarle. Pero, para ofender á alguno es necesario que haya algunas relaciones entre el ofendido y el que ofende; ¿y como una débil criatura, que ha recibido de él su ser, puede obrar contra una fuerza irresistible, que no consiente nunca ni en el pecado ni en el desórden?

La justicia supone una disposicion de dar á cada cual lo que le es debido; y nos dicen que Dios no debe nada á nadie, y que puede, sin ir contra la equidad, echar la obra de sus manos en un abismo de miseria. Dicen que es por el bien, que envia estos castigos pasageros á sus amigos; pero, pues que es tan

bueno, ¿como puede hacerles sufrir, aun que sea por corto tiempo? y, si es todo poderoso, ¿porque se inquieta de las vanas conjuraciones que se forman contra él?

¿Cual es el hombre bueno que no desea el poder hacer sus semejantes dichosos? ¿y porque Dios que lo puede, no lo hace con los hombres? Ninguno está satisfecho con su suerte, y para esto nos dicen que sus decretos son impenetrables. En este caso, ¿que derecho tenemos para atribuirle una virtud que no conocemos? ¿y que idea nos podemos formar de una justicia, que no es en nada parecida á la del hombre?

Su justicia es mitigada por su clemencia, su misericordia y su bondad; luego es bien claro que no es invariable.

Dios dicen, ha criado el mundo para su gloria. Pero siendo superior á todo, ¿que necesidad tenia de ello? El amor de la gloria, no tiene otro objeto mas que el de hacerse amar de sus semejantes. Pues que es tan amigo de la gloria, ¿porque sufre que le ofendan? Dicen para castigarnos por haber abusado de sus gracias. ¿mas porque estas, no me hacen obrar como debo? ¿porque me ha hecho libre, sabiendo que abusaría de mi libertad?

Esta es la causa por que la mayor parte de los hombres, serán castigados por las faltas que

habrán cometido en este mundo. Pero ¿que mayor atrocidad que la de un castigo eterno por una falta pasagera? ¿Que diriamos de un rey que castigase toda su vida un vasallo que, en medio de una embriaguez, hubiese ofendido su vanidad sin causarle ningun perjuicio, sobre todo, si él mismo le habia emborrachado? ¿Mirariamos como poderoso, un monarca que á excepcion de unos pocos amigos, se dejase insultar y ofender por todo el resto de sus vasallos?

A esto nos dicen que las calidades de Dios son tan eminentes y tan poco parecidas á las nuestras, que no tienen comparacion con ellas. Pero entonces, ¿para que la teología pretende darnos una idea de él?

Dios se ha hecho conocer verbalmente á los hombres. ¿Cuando y á quien? ¿á donde están sus divinos oráculos? En unas copilaciones absurdas y disonantes. En ellas veo que Dios ha sido cruel y sanguinario, injusto y parcial, y ha destinado las víctimas de su cólera á la mas terrible venganza.

Las relaciones entre los hombres y Dios no pueden ser fundadas mas que sobre las calidades morales. Si estas no son conocidas, ¿como nos han de servir de ejemplo?

Ninguna proporcion hay entre Dios y los hombres; no obstante, sin ella no puede ha-

ber relaciones. Si Dios es incorporal, ¿como puede obrar sobre ellos? ¿y estos como pueden ofenderle é irritarle? Si un obrero se irrita contra la pieza que él mismo ha hecho, ¿que se puede decir de él?

Si Dios no nos debe nada, tampoco nosotros le debemos. No hay relacion sin reciprocidad. Todo deber está fundado sobre una necesidad mutua. El hombre no puede ofenderle pues que Dios nada le debe, ni tiene necesidad de él. Su autoridad no está fundada mas que sobre la felicidad que les puede procurar; si no la procura, toda relacion cesa.

Las virtudes humanas que se atribuyen á la divinidad, no pueden aliarse con sus atributos metafísicos; siendo un espíritu, ¿como puede obrar como el hombre, que es un ser corporal? Un espíritu puro no oye, ni entiende, ni puede compadecer nuestras miserias, porque no tiene órganos, que son los solos que pueden dar la sensacion de la piedad. No siendo él mismo la naturaleza, no es infinito, pues que esta existe con él. No es todo-poderoso, pues que no impide el pecado, y no está en todas partes, si no está en el hombre que peca, ó si se retira en el momento en que comete un pecado.

La revelacion no prueba mas que malicia, y supone que Dios ha dejado, durante un

largo espacio de tiempo, el mundo entero sin los conocimientos que son necesarios para su felicidad. La revelacion destruye tambien su inmutabilidad, pues que supone que ha hecho en un tiempo, lo que no hizo en otro. Ademas, ¿que es una revelacion misteriosa que no ha sido hecha para ser entendida? Aun que no hubiese habido mas que un solo hombre que no hubiese podido entenderla, esto hubiera bastado para establecer su injusticia.

CAPÍTULO XX

Exámen de las pruebas de la existencia de Dios, dadas por Clarke

Todos los hombres, nos dice, están acordes sobre la existencia de Dios, y el grito de la naturaleza basta para convencernos de ella: luego es una idea innata.

Lo que prueba que la idea de un dios es adquirida, es el ver que varia todos los siglos, en todos los pueblos, y en todos los hombres. La prueba que es un error, es que los hombres han llegado á perfeccionar todas las ciencias que tenian un objeto real, y que la de la teología se ha quedado siempre en el mismo lugar, y es en la que ningun hombre está acorde. Aunque sea verdad que cada nacion tiene su culto, no por eso prueba que la exis-

tencia de este dios sea una realidad. Todo el mundo ha creido en la mágica y en los duendes. Antes que Copérnico lo explicase, todo el mundo creia que la tierra era inmóvil, y que el sol daba vueltas al rededor.

La idea de Dios y de sus calidades, no tiene otro fundamento mas que la opinion de nuestros antepasados, que nos ha sido infusa por la educacion, ó por una costumbre contraida desde nuestra infancia, y fortificada por el ejemplo y la autoridad. Por ella creemos que la idea de la divinidad es innata.

Guardamos estas ideas sin habernos nunca dado el trabajo de reflexionar sobre ellas. El doctor Clarke pasa por haber hablado de la existencia de Dios del modo mas convincente.

Sus proposiciones son como sigue:

1° Algo debe de haber existido siempre.

Sí, ¿pero que es lo que ha existido? ¿Porque no ha de ser la materia en igual de un espíritu puro? Lo que existe supone que la existencia le es necesaria. Lo que no puede deshacerse existe necesariamente; tal es la materia; luego ella es la que ha existido siempre.

2° Un ser independiente é inmutable ha existido de toda eternidad.

Sepamos primero que ser es este. ¿Si es independiente de su misma esencia? no; por

que no puede hacer que los seres que produce, obren de otro modo que segun sus propiedades; ademas que un cuerpo no depende de otro mas que cuando le debe su existencia y su modo de obrar. Solo así puede la materia depender de él. Mas si existe de toda eternidad, no puede deber su existencia á ningun ser; si es eterna, es claro que encierra en su seno todo aquello que necesita para obrar. Luego siendo la materia eterna, ¿ que necesidad tiene de un motor?

¿Es inmutable? no; porque si lo fuese no tendria ninguna voluntad ni produciria acciones succesivas. Ahora bien, si este ser creó la materia y el universo, es claro que hubo un tiempo en que quiso que existiesen, y otro en que no lo quiso; luego no es inmutable.

3º Este ser eterno, inmutable é independiente, existe por sí mismo. ¿Mas porque la materia, que es indestructible, no puede existir por si misma?

4º La esencia de un ser que existe por si mismo es incomprehensible. Sí; pero lo mismo es la de la materia. A lo menos la vemos mejor que la divinidad, de la que no nos podemos formar ninguna idea.

5º Un ser que existe por sí mismo no puede menos de ser eterno. Pero la materia lo seria

lo mismo; ¿luego para que distinguirle del universo?

6° Este ser debe ser infinito y estar presente en todas partes. Pase en cuanto á infinito; pero ¿quien nos dice que la materia no lo es tambien? En cuanto á estar presente, no, la materia no puede menos de excluir la divinidad de una parte de él.

7° El ser que existe necesariamente no puede menos de ser util. Lo que no puede menos de ser así, pues que es único; pero ¿quien puede negar la existencia del universo?

8° El ser existente por sí mismo es necesariamente inteligente. Para tener inteligencia es preciso tener algun sentido. Cuando se tiene sentidos, se es material, y cuando se es material, no se es un puro espíritu. Pero ¿acaso tiene este ser una inteligencia particular que le mueva? ¿Porque no acordar esta inteligencia á la naturaleza, pues que encierra unos seres inteligentes?

9° Un ser existente es un agente libre.

Pero ¿no encuentra los mayores obstáculos en la ejecucion de sus proyectos? ¿Quiere que el mal se haga, ó no puede impedirlo? Ademas que no puede obrar mas que en consecuencia de las leyes de su existencia, su voluntad es dirigida por su sabiduría. Luego no es libre.

10° La causa suprema de todas las cosas posee un poder infinito. Pero, pues que el hombre es libre en pecar, ¿para que sirve el poder infinito de Dios?

11° El autor de todas las cosas debe necesariamente ser sabio. Pero si es así, ¿debe de ser el autor de todas las cosas?

12° La causa suprema debe necesariamente poseer todas las perfecciones morales. La idea de perfeccion es abstracta. ¿Como puede parecernos bueno, cuando sus obras nos oprimen, y nos obligan á quejarnos de los males que sentimos? ¿Como se le puede llamar bueno, cuando vemos el orden junto el desorden?

Si dicen que Dios no es nada de lo que el hombre puede conocer, si no podemos decir nada de positivo, á lo menos nos es permitido el dudar de su existencia. Si es incomprehensible, ¿como se nos puede reprochar el no concebirle?

Se nos dice que el buen sentido y la razon, bastan para convencernos de su existencia. Pero tambien nos dicen que la razon es un guia infiel. Por otra parte la conviccion no es nunca mas que el efecto de la evidencia y de la demostracion.

CAPÍTULO XXI.

Exámen de algunas pruebas dadas de la exîstencia de Dios.

Se supone que una necesidad física, y siempre la misma, no puede hacer que haya ninguna variedad en los seres, y por consiguiente que la diversidad que vemos no puede dimanar mas que de la voluntad de un ser que existe necesariamente. ¿Porque no ha de poder dimanar esta diversidad de las causas naturales de una materia obrando siempre por sí misma, y cuyo movimiento combina los elementos variados y análogos? El pan ¿de que dimana, sino de la combinacion de la arina y el agua? En cuanto á la necesidad ciega, esta es justamente la energía que ignoramos.

Pero, dicen que estos movimientos regulados que vemos reynar en el universo, anuncian una sabiduria, una inteligencia, etc... Estos movimientos son la consecuencia de las leyes de la naturaleza, buenas, segun nosotros, cuando nos son útiles, y malas, cuando no lo son.

Tambien dicen que los animales son una prueba poderosa de la existencia. Nadie puede dudar del poder de su naturaleza. Si este dios

no puede hacer observar mejor orden, no es ni libre, ni poderoso; si muda de voluntad, no es inmutable; si permite que sus criaturas sufran, no es bondadoso; y enfin, si no ha podido hacer sus obras mas sólidas, no ha tenido bastante habilidad.

El hombre, que se cree la obra-maestra de la naturaleza, conoce la incapacidad de su pretendido autor. Su máquina está mas expuesta á todo desarreglo que la de los seres mas groseros. ¿Quien no desearia ser un animal ó una piedra, cuando pierde un objeto amado? ¿No valdria más ser una masa inanimada que un supersticioso, que tiembla de su dios, y que prevee los mayores tormentos en su vida futura?

¿Como es posible, dicen, el concebir el universo sin un obrero que le haya formado, y cuide de su obra? Si se presenta un relox á un salvage, no podrá menos de reconocer en él la obra de un artista habil.

1° La naturaleza es muy poderosa é industriosa; pero nos es imposible el concebir como ha podido producir una piedra, un metal, y una cabeza organizada como la de Newton. La naturaleza lo puede todo, y de que una cosa existe, es claro que la ha podido hacer. Por esto, no debemos inferir que las obras que mas nos asombran en ella, no han

sido hechas por ella. El salvage á quien se enseña un relox tendrá ó no, algunas ideas de la industria humana; si las tiene, conocerá que puede haber sido producido por uno de sus semejantes; sino, creerá que no lo es, y lo atribuirá á un espíritu, un genio, ó una fuerza desconocida, á quien supone un poder que no tienen los seres de su especie; esto solo probará que no sabe lo que un hombre es capaz de producir.

2° Si el salvage abre un relox y le exâmina, verá que es la obra de un hombre, y que difiere de las producciones inmediatas de la naturaleza, á la que no ha visto nunca producir unas ruedas hechas de un metal pulido. Nunca podrá imaginarse que una obra material pueda ser producida por una cosa inmaterial. Considerando el mundo reconocemos una causa material de los fenómenos que se operan en él, y esta causa es la naturaleza, cuya energía se muestra á los que la estudian.

Que no se nos diga que esto es atribuirlo todo á una causa ciega, y al concurso fortuito de los átomos. Llamamos causas ciegas las que no conocemos; atribuimos á la casualidad, los efectos de que no vemos la union necesaria con las causas. La naturaleza no es ciega, ni obra por casualidad; todo lo que produce es necesario, y no es nunca mas que la con-

secuencia de sus leyes inmutables. Si estamos en la ignorancia, las palabras de la divinidad é inteligencia, lejos de remediarla no harán mas que redoblarla.

Esta es la mejor respuesta que se puede dar á la objecion eterna que se hace á los partidarios de la naturaleza. La casualidad es una palabra sin sentido, y que no indica mas que la ignorancia de los que la emplean. Una obra regular no puede, dicen, ser debida á las combinaciones de la casualidad; nunca se volverá hacer un poema como el de la Iliada, con unas letras sacadas de un saco á ojos cerrados. Todo es el efecto de las combinaciones de la naturaleza, que combina por sus mismas leyes invariables, una cabeza organizada del modo que se necesita para hacer un poema. Una imaginacion como la de Homero, con las mismas circunstancias, producirá otra Iliada. A menos que se niegue que las causas semejantes producen efectos idénticos. Lo que vemos de mas admirable en sus producciones, no es mas que un efecto natural de sus partes diversamente compuestas.

CAPÍTULO XXII.

Del Deismo, sistema del Optimismo, y de las Causas finales.

Aun cuando Dios existiese, ¿que puede resultar de ello para la especie humana, aun suponiéndole una inteligencia? ¿Que relacion puede haber entre semejante ser y nosotros? ¿Los buenos ó malos efectos que creemos salir de su todo poder y providencia, serán por eso menos los efectos de su sabiduría, de su justicia y de sus decretos eternos? ¿Podemos suponer que cambiará su plan por nosotros? Vencido por nuestros ruegos, ¿como puede hacer que el fuego cese de quemar, que un edificio que cae en ruinas no nos haga pedazos con su caida, si pasamos debajo? Si se vé en la precision de dar libre curso á los acontecimientos que su sabiduría ha preparado, ¿que podemos pedir de mas? ¿Seriamos unos insensatos en querernos oponer á ellos?

El entusiasta me dirá: ¿porque arrebatarme un dios que veo bajo los rasgos de un soberano lleno de bondad, del que soy un favórito, y que se ocupa de mi bien estar? Dejadme darle gracias por sus beneficios. ¿Porque, dirá este desgraciado, quitarme un dios, cuya idea consolante seca mis lagrimas?

Pero yo les preguntaré ¿sobre que fundan la bondad que le atribuyen? ¿Es acaso bondadoso para todos los hombres? Para un dichoso, ¡cuantos desgraciados hay! ¡cuantas calamidades que no quiere remediar! Será pues preciso que cada hombre juzgue de él, segun el modo particular con que está afectado y segun las circunstancias.

Los entusiastas del optimismo parecen haber renunciado al testimonio de sus sentidos, para no ver mas que el bien, en un mundo en que todo está acompañado del mal. Esto, dicen, es el objeto del todo. Pero el todo no puede tener objeto, porque si lo tuviese no seria un todo.

Dios, añaden, saca ventaja de los males que nos envia. Pero ¿quien sabe esto? ¿Como creer que Dios, habiéndonos maltratado tanto en este mundo, nos tratará mejor en el otro? ¿Que bien puede resultar de estas esterilidades y escaseces que asolan la tierra?

Para disculpar la divinidad de los males que nos envia en esta vida, ha sido necesario inventar otra.

Los unos suponen que Dios, despues de haber sacado el mundo de la nada, le abandonó para siempre al movimiento que le fué impreso. Si no necesitan de Dios mas que para crear la naturaleza, hecho esto, viven en la

mas completa indiferencia. Luego este dios es un ser inutil para los hombres.

Otros suponen que el hombre tiene sus deberes para con su criador. Algunos imaginan que siendo justo, debe recompensar y castigar; de manera que hacen un mero hombre de su dios. Pero estos atributos morales se desmienten á cada instante de que se le supone el autor de todas las cosas, y por consiguiente del bien y del mal.

A esto nos dirán si preferimos el recibir de una naturaleza ciega los beneficios que nos vienen de un ser bueno, sabio, é inteligente.

Pero, 1º nuestro interes no decide de la realidad de las cosas; 2º este dios tan bueno y tan sabio, nos es representado como un tirano: luego cuanto mas valdria el que el hombre dependiese de una naturaleza ciega. 3º La naturaleza bien estudiada nos presenta lo que necesitamos para ser tan dichosos, cuanto nuestra esencia lo permite, y nos indica los medios que nos pueden conducir á la felicidad.

CAPÍTULO XXIII.

Exámen de las ventajas que resultan de la nocion de la Divinidad, ó de su influencia sobre la Moral, la Politica y la felicidad de las naciones y los individuos.

En primer lugar, la moral que no tiene otro objeto mas que el hombre, no tiene nada que hacer con sus sistemas. El mismo, encuentra motivos suficientes para moderar sus pasiones, resistir á sus inclinaciones viciosas, y hacerse util y querido de los seres de quien necesita.

Por otra parte, si Dios es un tirano no puede ser un buen ejemplo para nuestra conducta; sus zelos y su venganza, no hacen mas que dividir á los hombres, que se disputan y persiguen sin tener ningun remordimiento de los crímenes que la causa de Dios les hace cometer. Lo mismo sucede en todos los cultos, sobre todo en el cristiano, que pide que se sacrifique nuestro propio hijo para apaciguar su colera.

Los hombres necesitan de una moral humana, fundada sobre la experiencia y la razon.

¿Vemos acaso que la conducta de los curas, y de los que están mas persuadidos de la existencia de Dios, sea mejor? Todo al contrario, ninguno parece menos convencido de ella.

¿Que impone la idea de un dios vengativo, á los tiranos que fundan su poder sobre la divinidad misma? Son ateos, esos monarcas injustos que llenan el mundo de desolacion, y no obstante, atestan su nombre, y rompen sus juramentos así que su interes lo exige.

¿Las costumbres de los pueblos se han hecho acaso mejores? No, la religion lo cubre todo; sus ministros tienen su interes en que la multitud traspase sus leyes, para aprovecharse de los errores mismos de sus esclavos; esto es lo que constituye en el dia la religion. Las palabras, sin sentido, de *impiedad*, de *sacrilegio* y de *blasfemias*, fueron inventadas para poder ejercer los castigos mas atroces.

¿Que puede ser la juventud educada por semejantes preceptores? Lo que hace, es perder todo entendimiento, ingenio, razon y verdad.

¿Cuando la religion ha formado ciudadanos, padres de familia y esposos? nunca. Al fanatico se le ha hecho creer que vale mas obedecer á Dios que á los hombres, y que cuando lo exige, debe de abandonar su príncipe, su muger y sus hijos. Cuantas mas ventajas hubieran resultado para los hombres, si su educacion hubiese sido dirigida hácia objetos mas útiles. A pesar de todas las atrocidades que resultan de la educacion reli-

giosa, no hay hombre que no retrocediese lleno de orror, si oyese negar la existencia de Dios; y no obstante, al salir del templo en que le han estado adorando, cada cual vuelve apresuradamente á sus vicios.

Y los asesinos y ladrones que la ley castiga, ¿son ateos ó incrédulos? Estos desgraciados creen en Dios; siempre han oido hablar de él y de los castigos que destina al crimen. Pero unos castigos lejanos no pueden impedir los excesos que los castigos presentes son apénas capaces de contener.

Un hombre que temeria el cometer un crimen delante del mas mínimo de los hombres, le cometerá sin remordimiento cuando se cree á solas con su dios; lo que prueba la poca eficacidad de la idea de Dios.

Los consejos del padre mas virtuoso, no se fundan sobre Dios, sino sobre la perdida de su fortuna, de su salud y de los castigos que la sociedad le puede imponer.

El arte de gobernar á los hombres no es el de tiranizarles. Que consulten la razon, y sabrán que deben hacerse dichosos, como tambien á los demas. Esto es lo que constituye la virtud.

Luego las ideas de la divinidad son tan inútiles como contrarias para la moral. Los que no se ocupan mas que de fantasmas no

pueden vivir tranquilos; abandonarán los objetos mas dignos de interes, pasarán su vida entera, en gemir y expiar sus pecados por cometer, y creerán apaciguar la cólera de Dios haciendose todos los males que pueden inventar. ¿Que fruto saca la sociedad de las nociones lugubres de estos piadosos insensatos? Todos ellos son ó misántropos, fastidiosos para sí mismos, ó fanatícos que turbarán las naciones. Si hay algunos entusiastas que encuentren consuelo en sus ideas religiosas, hay millares que sus principios hacen desgraciados toda su vida. Bajo un Dios terrible, un devoto tranquilo es un hombre que no ha raciocinado.

CAPÍTULO XXIV.

Las nociones teológicas no pueden ser la base de la Moral. Paralelo de la moral teológica y natural. La Teologia es dañosa á los progresos del entendimiento humano.

Unas opiniones arbitrarias é inconsecuentes no pueden servir de base para la ciencia de las costumbres. Para esto, se necesitan unos principios evidentes, emanados de la experiencia y la razon. La moral no puede menos de ser siempre la misma en todos los paises, y para todos los individuos: debe ser estable é invariable en todas partes y para

todos los individuos. Luego sobre los sentimientos universales debe ser fundada la moral, que no consiste mas que en la ciencia de los deberes del hombre que vive en sociedad. En una palabra, no tiene otra base mas que la de la necesidad de las cosas.

La teología ha hecho pues muy mal, en pensar que la necesidad, el deseo de la felicidad y el interés de la sociedad y de los individuos, no serian unos motivos bastante poderosos. Con hacer dimanar la moral de Dios, que es lo mismo que someterla á las pasiones de los hombres; queriéndola fundar sobre una ilusion, se la fundará sobre nada.

La moral de este dios, por sus variaciones, es diferente en todos los hombres y en todos los paises.

Que se compare la moral religiosa con la natural, y veremos que la contradice á cada momento. La naturaleza dice al hombre que se ame y conserve, para aumentar incesantemente su felicidad: la religion le manda que ame absolutamente su dios terrible, que se aborrezca á sí mismo, y que sacrifique los deseos mas dulces de su corazon á este idolo horrendo. La naturaleza dice al hombre que consulte su razon: la religion le dice que esta es un guia infiel. La naturaleza le dice que busque la verdad; la religion que la tema, y no exâmine nada. La

naturaleza le dice que sea sociable y ame sus semejantes: la religion que huya la sociedad, y aborrezca las criaturas. La naturaleza dice al esposo que sea tierno: la religion le hace mirar sus lazos como un estado de imperfeccion. La naturaleza dice al perverso que huya de sus malas inclinaciones, que influirían sobre su felicidad y la religion, aunque condena el crimen, le dice que le puede expiar prosternándose al pié de sus ministros, y haciendo sacrificios, ofertas y ruegos.

El entendimiento humano, cegado por la teología, no ha hecho ningun adelanto. La lógica se ha empleado siempre en probar absolutas contradicciones. La teología ha servido para dar á los soberanos las ideas mas falsas de su poder. Las leyes fueron siempre sometidas á los caprichos de la religion. La física, la historia natural y la anatomia tubieron que servirse de los ojos de la supersticion. Los hechos mas evidentes fueron desdeñados y proscriptos, de que no los pudieron hacer cuadrar con las hipótesis de la religion.

¿Que modo de resolver una qüestion física, es el de decir que un fenómeno, un volcan y un diluvio son unas señales de la cólera divina? ¿En vez de atribuir á esta cólera divina las guerras y las hambres, cuanto mas hubiera valido atribuirlas todas, á las locuras de los

hombres y á la tirania de sus principes? Entonces el gobierno hubiera buscado en sí mismo el remedio de todos estos males. ¿No deberia la experiencia haber desengañado á los mortales de todo remedio sobrenatural, como son los ruegos, los sacrificios, los ayunos y las procesiones, que de nada les han servido?

CAPÍTULO XXV.

Que los hombres no pueden sacar ninguna consecuencia de las ideas que les dan de la Divinidad. De la inconsecuencia y de la inutilidad de su conducta en en este particular.

Suponiendo una inteligencia como la que nos anuncian los teólogos, será preciso convenir que ningun hombre llena las miras de la divinidad. Dios quiere que le conozcan, y los teólogos no le conocen: pero, aun cuando lo hiciesen, como tambien sus atributos, ¿de que serviria esto si los demas no lo hiciesen?

Pocos hombres son capaces de una meditacion profunda: ¿como puede el pueblo reflexionar, cuando está continuamente ocupado en trabajar? Los grandes, las mugeres y los jóvenes, ocupados de sus negocios, sus pasiones y placeres, piensan tan rara vez, como el vulgo. No hay tal vez dos hombres entre cien mil, que se hayan preguntado seriamente que

quiere decir Dios, mientras que es raro el encontrar uno, que mire su existencia como problemática. No obstante, la conviccion supone la evidencia, que sola puede procurar la certidumbre. ¿Donde hay un hombre convencido de la existencia de Dios? Los pueblos enteros adoran un Dios sin saber porque; la autoridad y la costumbre les sirven de prueba. Todo está fundado sobre la autoridad, y todo está prohibido al razonamiento.

¿Luego solo para los curas é inspirados, está reservada la conviccion de la existencia de un dios que nos dicen, no obstante, ser necesario para el género humano? ¿Pero, que unanimidad hay entre ellos? A lo menos en los objetos menos interesantes, la hay algunas veces, pero en este nunca. Pues que Dios quiere ser conocido y amado, ¿porque no se deja ver de toda la tierra de un modo menos equívoco, y mas capaz de convencernos, que sus revelaciones que le acusan evidentemente de parcialidad? ¿Que, no tiene otro modo de darse á conocer mas que el de las metamórfosis? ¿Porque su nombre, sus atributos y sus voluntades no han sido escritas en carácteres legibles para todos los hombres?

La teología, á fuerza de calidades contradictorias, ha puesto su dios en la imposibili-

dad de obrar. Aun cuando existiesen unos atributos tan discordantes, no pueden hacer nada en favor de la divinidad.

Si es infinitamente bueno, ¿porque temerle? Pues que es infinitamente sabio, ¿porque nos debemos inquietar? Si todo lo sabe, nada tenemos que decirle. Si se halla en todas partes, ¿á que sirven los templos? si es dueño de todo, ¿de que sirven los sacrificios? si es justo, ¿como puede castigar sus criaturas? si es todo-poderoso, ¿como hemos de poder entenderle? si es razonable, ¿como se ha de poder enfadar con unos ciegos que no conocen sus faltas? si es inmutable, ¿como hemos de poder esperar que cambiará sus decretos? si es inconcevible, ¿porque querernos formar una idea de él?

Por otra parte, si es colérico y vindicativo, no debemos dirigirle nuestros ruegos. Si es un tirano, ¿como le hemos de amar? si es todopoderoso, ¿como huir de su cólera? si no puede cambiar, ¿como hemos de escapar de nuestro destino?

De modo que, de cualquier modo que le consideremos, no le debemos ni culto ni ruegos.

Si existiese un dios, si fuese bueno, sabio y razonable, ¿que tendria que temer un ateo virtuoso, que, creyendo en la hora de su

muerte dormirse para siempre, se encontrase de repente, en la presencia de un dios que no hubiese conocido durante su vida?

O Dios, diria, que te has hecho invisible, ser inconcevible que no hé podido descubrir, perdona si mi entendimiento limitado no ha podido conocerte. Como podia yo con mis solos sentidos, descubrir tu esencia espiritual. Mi entendimiento no ha podido plegarse bajo la autoridad de algunos hombres que se reconocen tan ignorantes como yo, y que no se unen mas que para decirme que les sacrifique la razon que me habias dado. Pero, mi Dios, si amas á tus criaturas, yo tambien las hé amado. Si la virtud te agrada, yo tambien la adoro. Hé consolado al afligido; no hé devorado la substancia del pobre; hé sido bueno, justo y sensible.

Algunas veces, á pesar de todo razonamiento, unas disposiciones momentaneas vuelven el hombre á las preocupaciones de su infancia. Esto sucede sobre todo cuando la muerte se acerca. El cerebro entonces es incapaz de llenar sus funciones, y nuestros sistemas tienen las mismas variaciones que nuestro cuerpo.

CAPITULO XXVI.

Apologia de los sentimientos contenidos en esta obra. De la Impiedad. ¿De si existen ateos en el mundo?

Todos tiemblan al solo nombre de ateo; pero ¿que quiere decir ateo? Un hombre que destruye las ilusiones dañosas al género humano, para volver el hombre á la razon; que no tiene necesidad de recurrir á unos poderes ideales, para explicar las operaciones de la naturaleza.

Segun los teólogos no se puede, á menos de demencia, suponer á la naturaleza un movimiento incomprehensible. Luego ¿es un delirio el preferir lo conocido á lo desconocido, el consultar la experiencia, el dirigirse á la razon, y preferir sus oráculos á las decisiones de algunos sófistas, que confiesan ellos mismos no entender nada de lo que dicen?

Viendo los desarreglos que excitan en ellos las opiniones de los ateos, ¿como podemos menos de desconfiarnos de su causa? Tiranizando los espíritus, ellos solos difaman la divinidad, diciendo que es cruel, y se nutre con la sangre de los desgraciados. Ellos son os verdaderos impíos. Ser impío es insultar un dios en quien se cree: el que no le conoce

no puede ofenderle, y por consiguiente no es impío.

Por otra parte, ser piadoso es servir la patria y sus semejantes. Luego un ateo puede ser piadoso y virtuoso, cuando su conducta no se aparta de estas leyes que la naturaleza y la razon le prescriben.

Dicen que nunca se ven caer en el atéismo los hombres que pueden esperar alguna felicidad en la otra vida. Los intereses de las pasiones y el temor de los castigos, son los únicos ateos. Pero el hombre que trata de ilustrarse, y que consulta la razon, no es el que se debe suponer en el caso de renunciar, mas que otro, á la vida futura.

Es verdad que los ateos son raros, porque el entusiasmo alucina todos los entendimientos, y que el error ha hecho tales progresos, que pocos hombres tienen bastante valor para quererse desengañar. No obstante, si por ateos se entiende los hombres guiados por la experiencia y el testimonio de sus sentidos, que no ven en la naturaleza mas que lo que verdaderamente se encuentra en ella; si por ateos se entiende unos físicos, que, sin recurrir á una fuerza quimérica, creen poder explicar por las leyes del movimiento todos los fenómenos; s por ateos se entiende unos hombres que no saben lo que es un espíritu, y

que desechan un fantasma que por sus calidades no puede menos de turbar el género humano ; si esto es así, no hay duda que hay muchos ateos, y que habria aun mas, si las luces de la sana física fuesen mas generales.

Un ateo es un hombre que no cree en la existencia de un dios. Pero nadie puede estar seguro de la existencia de un ser que no puede concebir. En este caso, ¡ cuantos teólogos y cuantos pueblos ignorantes que pasan su vida en rezos, que no entienden mejor que los mismos que se los dictan, que nunca los entendieron, serian ateos !

CAPITULO XXVII.

El Atéismo es incompatible con la Moral.

Aunque el ateo niega la existencia de Dios, no por eso puede negar ni su existencia, ni la de sus semejantes. Tampoco puede negar las relaciones que subsisten entre ellos, ni la necesidad de los deberes que dimanan de estas relaciones. De modo que no puede negar los principios de la moral, que no es mas que la ciencia de las relaciones que subsisten entre los seres que viven en sociedad. Aunque se olvide de los principios de la moral, no por eso se puede decir que esta no existe. Un filósofo incrédulo, no puede ser tan dañoso como

un cura entusiasta. ¿Acaso podemos decir que un ateo, porque no teme la venganza de Dios, se dejará llevar de los excesos mas dignos de castigo?

¿Serian los hombres mas dichosos, si fuesen gobernados por un monarca que creyese en Dios, que llenase sus ministros de regalos, y que los adorase de rodillas, que si lo fuesen por un monarca ateo? A lo menos no tendrian que temer las opresiones religiosas; y el nombre de Dios, de que los monarcas se valen para dar mayor lustre á su persona, no podria servir de excusa para sus persecuciones, tampoco tendrian la esperanza de redimir sus culpas.

El hacer depender la moral de la existencia de Dios tiene muchos inconvenientes. Algunas almas corrompidas, llegando á descubrir la falsedad de estas suposiciones, creyeron que la virtud, como los dioses, no era mas que una ilusion, y por consiguiente que no habia necesidad alguna de seguirla. No obstante, que exista un dios ó no, nuestros deberes serán siempre los mismos.

De modo que si ha habido algunos ateos que hayan negado la distincion del bien y del mal, es solo porque no han raciocinado. Esta distincion está fundada sobre la natura-

leza del hombre, que le obliga á buscar su bien estar, y á huir del dolor. Preguntemos á un hombre bastante insensato para negar la existencia del bien y del mal, ¿si le seria indiferente el ser insultado, calumniado y vendido? Su respuesta nos probará que pone una grande diferencia entre estos casos, y que la que hay entre el vicio y la virtud, no consiste ni en las convenciones de los hombres, ni en las ideas de la divinidad, ni mucho menos en los castigos de la otra vida.

Un ateo que no conoce mas que su existencia actual, debe á lo menos tratar de hacerla dichosa. El atéismo, dice Bacón, hace que el hombre sea mas reflexivo. Los hombres acostumbrados á meditar, y á hacer su felicidad del estudio, no son nunca malos ciudadanos.

Hay muchos hombres que, sin tener preocupaciones en punto á la religion, dicen que es absolutamente necesaria para el pueblo. Pero lo que es preciso saber, es si el efecto que produce es saludable ó dañoso para él. Todo lo que hace es atontarle, y que no conozca otra virtud mas que la de una ciega sumision á las ceremonias mas ridículas, en igual de tenerla por la moral. Unos niños ignorantes pueden apénas ser amedrentados un instante, por unos terrores imaginarios. Solo

la verdad puede darnos á conocer el precio de la virtud y los motivos de seguirla.

Los ateos no son comunes mas que en las naciones en que la supersticion, segundada por la autoridad soberana, hace sentir el peso de su yugo y el abuso de su poder ilimitado. La opresion dá el resorte al alma, y la desgracia es la que nos puede hacer conocer mejor la verdad.

CAPÍTULO XXVIII.

De los motivos que conducen al Atéismo. De si puede este sistema ser peligroso. De si puede el vulgo abrazarle.

Muchos preguntan, que interes tienen los hombres en no admitir un dios. Pero las tiranías y persecuciones exercitadas en su nombre, y la esclavitud en que nos tienen los curas, ¿no son unos motivos bastante fuertes para determinarnos á exâminar los títulos de un ser que tanto daño hace á los hombres? ¿Puede haber un motivo mas poderoso que este temor importuno que hace nacer la idea de un dios, que se irrita de nuestros pensamientos mas secretos, á quien nadie está seguro de agradar, y que nos ha dado unas inclinaciones muy nocivas, solo para tener el gusto de castigarnos eternamente?

El deista nos dirá que Dios no es como la supersticion le pinta; pero esto no prueba su existencia. Por otra parte, si el Dios de los supersticiosos es desagradable, el del deista será siempre contradictorio é imposible.

El supersticioso depravado tiene en su misma religion mil motivos mas que los demas hombres para dañar á la sociedad. Un ateo no puede nunca creer que las acciones crueles causadas por la religion, puedan ser justificadas. Si el ateo es perverso, sabe á lo menos que lo es, y no puede prevalerse ni de su dios, ni de sus ministros.

A esto se nos dice que la conducta indecente y criminal de los curas no prueba nada contra la religion. ¿Pero un ateo, no puede decir lo mismo? Se nos dice tambien que el atéismo hace desaparecer la santidad de un juramento; pero el perjuro es muy comun en las naciones mas religiosas. ¿Como observan sus juramentos los monarcas mas religiosos? La religion misma les dispensa de ellos, sobre todo cuando se trata de sus intereses sagrados. ¿Hay un pícaro que titubee en atestar el nombre de Dios? ¡Para que sirven pues los juramentos, que no son mas que una formalidad vana é inutil!

Muchas veces se ha preguntado, si habia una nacion que no tuviese ninguna idea de

Dios, y si podria existir un pueblo de ateos.

El hombre, en calidad de animal tímido é ignorante, es neeesariamente supersticioso en sus desgracias. Pero el salvage no saca de la existencia de Dios las mismas ideas que el hombre razonable. Un pueblo salvage se contenta con un culto grosero; solo en las naciones civilizadas se hallan hombres que sutilizen sus nociones.

No hay duda que una sociedad numerosa, sin religion, moral, gobierno, leyes ni principios, no podria sostenerse, y no haria mas que reunir unos seres dispuestos á dañarse. Pero, á pesar de todas las religiones del mundo, las sociedades humanas se hallan en el mismo caso. Una sociedad de ateos, regida por buenas leyes, en que la virtud fuese recompensada, y el crimen castigado, seria mas virtuosa que las sociedades religiosas en que todo conspira á corromper el corazon.

No se puede esperar el quitar á un pueblo entero sus preocupaciones religiosas, porque las ha embebido desde su niñez. Pero el vulgo puede algun dia sacar fruto de un trabajo que él mismo no conoce. El atéismo, con la ayuda de la verdad, puede tal vez algun dia insinuarse en su espíritu.

CAPÍTULO XXXII.

Compendio del Código de la Naturaleza.

O vosotros, dice la naturaleza, que, por el impulso que os doy, buscais la felicidad en cada instante de vuestra vida, no resistais á mi ley soberana, trabajad en vuestra felicidad, gozad y sed dichosos.

O tú, supersticioso, vuelve á la naturaleza, que sacará de tu corazon los temores que te oprimen. Cesa de contemplar lo venidero; vive para tí y para tus semejantes. Apruebo tus placeres cuando, sin dañarte á tí mismo, no son tan poco funestos para tus hermanos, que hé hecho necesarios á tu felicidad.

Interésate en la suerte de tus semejantes; piensa que la adversidad puede llegar á tí tambien. Seca las lagrimas de la inocencia oprimida y de la virtud ultrajada; y enfin haz que la amistad y la estima de una compañera tierna, te hagan olvidar las penas de la vida.

Sé justo, porque la equidad es el sustento del género humano; sé bueno, porque la bondad atrae todos los corazones; sé indulgente, porque, debil tú mismo, debes saber que los demas lo son tambien; sé agradecido, porque el agradecimiento alimenta la bondad; sé moderado, porque el orgullo incomoda; per-

dona las injurias, porque si no, eternizarás los aborrecimientos. Haz el bien al que te ultraja, para hacerte mas grande que él ; sé sobrio y casto, porque los excesos destruyen tu ser y te hacen despreciable.

Se ciudadano, porque tu patria es necesaria para tu bien estar. Está seguro que el hombre que hace dichosos no puede ser él mismo desgraciado. Si te conduces así, siempre entrará satisfaccion dentro de tí mismo, y tu corazon no será el albergue de la vergüenza, el temor y el remordimiento. Si el cielo se ocupa de tí, no puede menos de estar contento con tu conducta, con tal que la tierra lo esté.

Yo soy, y no los dioses, la que castigo los crímenes que se cometen sobre la tierra : el malo puede escapar á las leyes de los hombres, pero no á las mias. Si te entregas á la intemperancia, los hombres no te castigarán, pero yo sí, y abreviaré tus dias ; si eres vicioso, tus costumbres funestas recaerán sobre tu cabeza. Los príncipes, que por su poder son superiores á las leyes humanas, no le son de ningun modo á las mias : yo soy quien les castigo. Introducete en el corazon del criminal, y le verás despedazado, aunque su rostro está sereno. Vé el avaro gemir extenuado sobre el inutil tesoro que ha acumulado á costa de

sí mismo; vé el voluptuoso llorar secretamente sobre su salud prodigada; vé la division y el aborrecimiento entre esos esposos adúlteros; vé el embustero privado de toda confianza, el impostor temblar al solo nombre de la verdad; el corazon de yerro, del monstruo que ningun suspiro puede ablandar; el vengativo, que se alimenta de serpientes, y que se devora á sí mismo. Envidia, si puedes, el sueño del homicida, del juez inicuo, y del opresor, cuyo lecho está rodeado de furias. Pero no; la humanidad te hace simpatizar en sus bien merecidos tormentos. Si te comparas con ellos, te aplaudiras de encontrar siempre la paz en tu corazon; enfin, vé los decretos del destino cumplidos sobre él y sobre tí, que quiere que el vicio sea castigado y la virtud premiada.

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO TOMO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL CUARTO Y ÚLTIMO TOMO.

Pag.

CAP. VIII. *Exámen de las ventajas que resultan para los hombres de sus nociones sobre la divinidad, ó de su influencia sobre la moral, la politica, las ciencias y la felicidad de las naciones y de los individuos.* 1

CAP. IX. *Las nociones teológicas no pueden servir de base á la moral. Paralelo de la moral teológica y de la moral natural. La teologia es enteramente contraria á los progresos del entendimiento humano.* 33

CAP. X. *Los hombres no pueden sacar ninguno fruto de las ideas que les dan de la divinidad. De la inconsecuencia, inutilidad de su conducta con respeto á ella.* 64

CAP. XI. *Apologia de los sentimientos expresados en esta obra. De la impiedad. Si hay ateos.* 108

Pag.

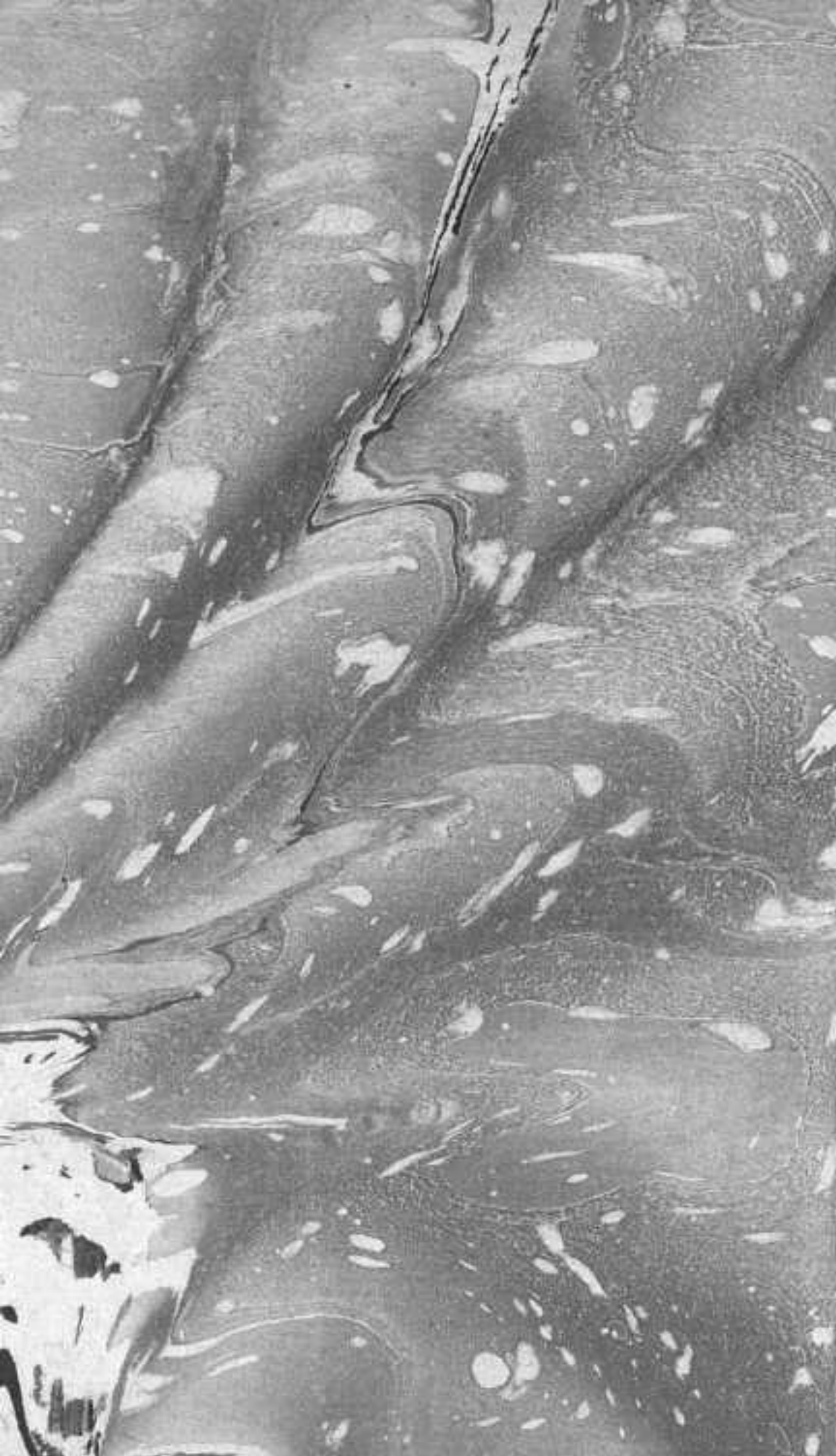
CAP. XII. *De si el atéismo es incompatible con la moral.* 138

CAP. XIII. *De los motivos que conducen al atéismo. De si puede este sistema ser peligroso, y de si puede ser seguido por el vulgo.* 160

CAP. XIV. *Compendio del código de la naturaleza.* 212

VERDADERO SENTIDO DEL SISTEMA DE LA NATURALEZA. 231

FIN DEL INDICE DEL CUARTO Y ÚLTIMO TOMO.



71665593 DR 10114 (V.4)

SISTEMA
DELA
ATURALI

DR
10114